

1991
AGOSTO

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

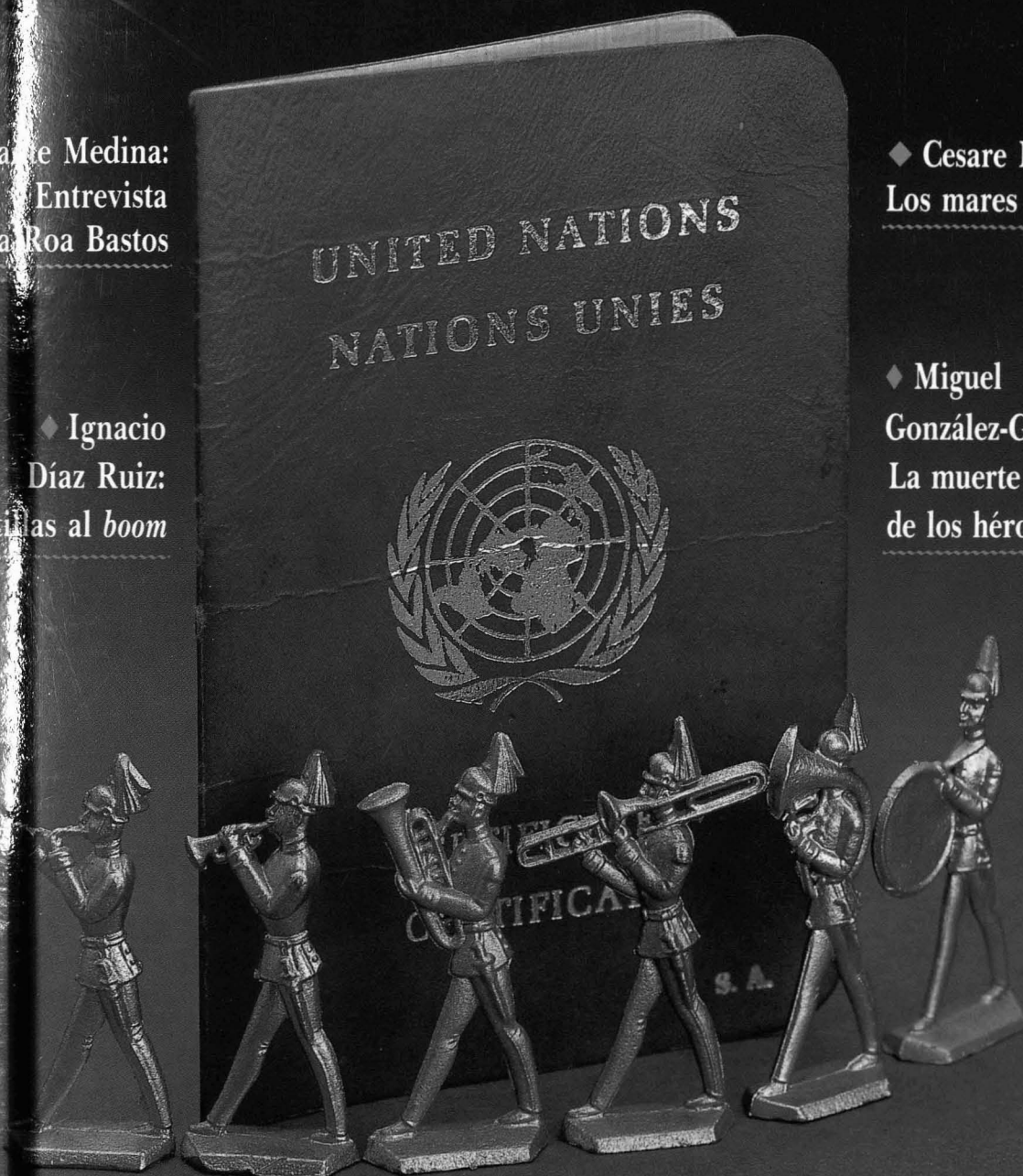
487

♦ Darío Medina:
Entrevista
a Roa Bastos

♦ Ignacio
Díaz Ruiz:
Apostillas al boom

♦ Cesare Pavese:
Los mares del sur

♦ Miguel
González-Gerth:
La muerte
de los héroes



♦ C. Rosas González ♦ M. Ojeda ♦ M. Seara Vázquez ♦ E. Hernández-Vela
♦ F. Solana ♦ M. H. Zamorano ♦ O. Pellicer ♦ R. Méndez Silva

LAS NACIONES UNIDAS

Biblioteca del estudiante universitario

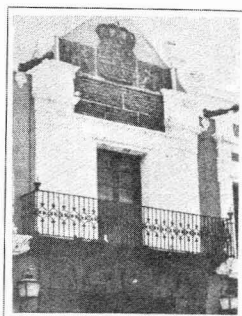
Coordinación de Humanidades

AUTOS Y COLOQUIOS
DEL SIGLO XVI



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

TEATRO DIECIOCHESCO
DE NUEVA ESPAÑA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

LORENZO DE ZAVALA

PÁGINAS
ESCOGIDAS



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

VICTORIANO SALADO ALVAREZ

MÉXICO EN TIERRA
YANQUI



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



Universidad de México

Director: Fernando Curiel *Editor en Humanidades:* León Olivé *Editor en Ciencias:* Miguel José Yacamán

Consejo Editorial: José Luis Ceceña, Beatriz de la Fuente, Margo Glantz, Ruy Pérez Tamayo, Sergio Pitol, Arcadio Poveda, Vicente Quirarte, Luis Villoro.

Secretario de Redacción: Armando Pereira *Edición:* Adriana Pacheco *Corrección:* Adriana Gutiérrez y Eloy Urroz *Publicidad y Relaciones Públicas:* Carmina Estrada *Administración:* Humberto Rodríguez *Asistente Editorial:* Natalia Henríquez Lombardo

Diseño: Bernardo Recamier / *Fotografía de portada:* Jorge Pablo de Aguinaco

Coordinación de Humanidades

Oficinas: Insurgentes Sur Núm. 3744, Tlalpan, D. F., C. P. 14000. Apartado Postal 70288, C. P. 04510 México, D. F.
Tel. 606 13 91 Correspondencia de Segunda Clase. Registro DGC. Núm. 061 1286. Características 22 866 11212

Fotocomposición, formación e impresión: Imprenta Madero, S. A. de C. V. Avena 102 Col. Granjas Esmeralda C. P. 09810

Precio del ejemplar \$ 10 000 00 Suscripción anual: \$ 100 000 00 (U S \$ 90 00 en el extranjero) Periodicidad mensual. Tiraje de cinco mil ejemplares
Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto.

1991
AGOSTO

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

487

Índice

- 
- 
- | | | |
|-------------------------------|----|--|
| | 2 | <i>Presentación</i> |
| Cesare Pavese | 3 | <i>Los mares del sur</i> |
| Miguel González-Gerth | 5 | <i>La muerte de los héroes</i> |
| María Cristina Rosas González | 15 | <i>Evolución histórica de la Organización de las Naciones Unidas</i> |
| Mario Ojeda | 17 | <i>El orden internacional a fines del siglo XX</i> |
| Modesto Seara Vázquez | 19 | <i>La ONU: rejuvenecimiento o senilidad</i> |
| Edmundo Hernández-Vela S. | 21 | <i>Las Naciones Unidas en la encrucijada: cambio o regresión</i> |
| Fernando Solana | 27 | <i>Las Naciones Unidas de fin de siglo: oportunidades y retos</i> |
| Mario H. Zamorano | 29 | <i>Las Naciones Unidas y América Latina</i> |
| Olga Pellicer | 31 | <i>El papel de la ONU en el mantenimiento de la paz. Perspectivas para los noventa</i> |
| Luis Roberto Vera | 33 | <i>Reflexiones a partir de la pintura de Jorge Alzaga</i> |
| Ricardo Méndez Silva | 37 | <i>Los derechos humanos al inicio del tercer milenio</i> |
| Dante Medina | 42 | <i>Entrevista a Augusto Roa Bastos, novelista y teórico de la novela</i> |
| Ignacio Díaz Ruiz | 47 | <i>Apostillas al boom novelístico de América Latina</i> |
| Eloy Urroz | 52 | <i>Dos sonetos contemporáneos</i> |
| Julio Hubbard | 53 | <i>Dos homenajes pasados por agua</i> |
| Ignacio Díaz de la Serna | 54 | <i>La mandíbula del tiempo</i> |
| Daniel E. Herrendorf | 58 | <i>La guerra como historia. Esa rara costumbre de amar lo muerto</i> |

Miscelánea

- | | | |
|------------------------------|----|---|
| Ruy Pérez Tamayo | 61 | <i>Carlos Montemayor y la guerrilla en México</i> |
| Leonardo Martínez Carrizales | 62 | <i>La parodia de Sergio Pitlor</i> |

Presentación

La Organización de Naciones Unidas, fundada en 1945, al término de la Segunda Guerra Mundial, tuvo como finalidad abrir los cauces legales, con base en el derecho internacional, que permitieran dirimir cualquier conflicto entre naciones y evitar así que una nueva conflagración mundial volviera a producirse. Es verdad que, desde entonces, el planeta no ha vuelto a vivir una guerra como la del 40. Pero eso no quiere decir que, durante estos últimos cincuenta años, los conflictos internacionales hayan desaparecido. Sencillamente, adoptaron otras formas: la guerra fría, por una parte, entre las dos grandes potencias (URSS-USA), que nos hicieron vivir esos años bajo la permanente amenaza de una guerra nuclear. Y, por otra parte, el desplazamiento de esa guerra hacia las zonas periféricas, hacia el tercer mundo. No está de más recordar aquí la célebre frase de Vinicio Cerezo, a la sazón presidente de Guatemala, en un evento continental: "Ellos (las potencias) ponen las armas y nosotros (los países dependientes) ponemos los muertos". No nos parece incurrir en una exageración al señalar que, desde su creación, la Organización de Naciones Unidas ha vivido en un estado de incesante precariedad: desde 1945, no ha pasado un lustro sin que los acontecimientos internacionales hayan puesto en duda la validez y la pertinencia de esa organización.

En este mes se conmemora precisamente un año de uno de esos acontecimientos que hicieron bascular el prestigio de la ONU. De ahí la necesidad de reflexionar, a través de los ensayos que conforman la sección monográfica de este número, tanto sobre el presente como sobre las perspectivas futuras de ese organismo internacional. ◇

Agradecemos al doctor Ricardo Méndez Silva su colaboración para elaborar el presente número.

Los Mares del Sur

A Monti

Una tarde caminamos por la falda de un cerro, silenciosos. En la sombra del tardo crepúsculo mi primo es un gigante vestido de blanco, que se mueve tranquilo, con la cara bronceada, taciturno. Callar es nuestra virtud.

Algún antepasado nuestro debió estar muy solo —un gran hombre entre idiotas o un pobre loco— para enseñar a los suyos tanto silencio.

Mi primo habló esta tarde. Me preguntó si subía con él: desde la cumbre se divisa, en las noches, serenas, el reflejo del distante faro de Turín. “Tú que vives en Turín...” me ha dicho “...pero tienes razón. La vida se vive lejos del pueblo: se aprovecha y se goza y luego, al volver, como yo, de cuarenta años, se encuentra todo nuevo. *Le Langhe* no se pierden.” Todo esto me ha dicho y no habla italiano pero emplea lentamente el dialecto, que, como las piedras de este mismo cerro, es tan escabroso que veinte años de idiomas y océanos distintos no han podido mellárselo. Y sube por la cuesta con la misma mirada abstraída que he visto, de niño, en los labriegos un poco cansados.

Veinte años anduvo viajando por el mundo. Se fue cuando yo era todavía un niño cuidado por mujeres y lo dieron por muerto. Después oí hablar de él a las mujeres, en ocasiones, como en un cuento; pero los hombres, más serios, lo olvidaron. Un invierno a mi padre ya muerto le llegó una postal con una gran estampilla verdosa de barcos en un puerto y deseos de buena vendimia. Causó gran asombro pero el niño ya grandecito explicó con vehemencia

que el mensaje venía de una isla llamada Tasmania rodeada de un mar más azul y feroz de escualos, en el Pacífico, al sur de Australia. Y agregó que sin duda

el tal primo pescaba las perlas. Y arrancó la estampilla.

Cada uno expresó su propio parecer, pero todos estuvieron de acuerdo que, si no había muerto, moriría. Luego todos lo olvidaron y pasó mucho tiempo.

Oh, desde que yo jugaba a los piratas malayos, cuánto tiempo ha transcurrido. Y desde la última vez que bajé a bañarme en un lugar peligroso y seguí a un compañero de juegos en un árbol quebrando bellas ramas y descalabré a un rival y fui golpeado, cuánta vida se ha ido. Otros días, otros juegos, otros sacudimientos de la sangre ante rivales más elusivos: los pensamientos y los sueños. La ciudad me ha enseñado temores infinitos: una multitud, un calle me han hecho temblar, un pensamiento, a veces, espiado en un rostro. Siento aún en los ojos la luz burlona de miles de faroles sobre el tropel de pasos.

Mi primo regresó al terminar la guerra, gigantesco como pocos. Y con dinero. Los parientes murmuraban: “En un año, cuando mucho,

se lo come todo y se larga.

Los desesperados mueren así.”

Mi primo tiene una cara resuelta. Compró una planta baja

en el pueblo y mandó hacer un garage de cemento con su flamante bomba de gasolina afuera y en la curva del puente un gran letrero.

Luego empleó a un mecánico que recibía el dinero

mientras él paseaba por *Le Langhe* fumando.
Entretanto se había casado en el pueblo. Se pescó a
una muchacha
rubia y delgada como las extranjeras
que de cierto encontró alguna vez por el mundo.
Pero siguió saliendo solo. Vestido de blanco,
con las manos a la espalda y el rostro bronceado,
en las mañanas iba a las ferias y con aire de sorna
contrataba caballos. Después me explicó,
al fallarle los planes, que su proyecto
había sido el de suprimir a todas las bestias del valle
y obligar a la gente a comprarle motores.
“Pero la bestia”, decía, “más grande que existe
soy yo por haberlo pensado. Debía saber
que aquí bueyes y hombres son una misma especie”.

Llevamos caminando más de media hora. La cumbre
está cercana,
alrededor aumenta el rumor y el silbido del viento.

Mi primo se detiene de pronto y se vuelve: “Este año
escribo en el letrero: *Santo Stefano*
siempre ha sido el primero en las fiestas
del Valle del Belbo— y que los de Canelli
digan lo que quieran”. Y retoma la cuesta.
Un perfume de tierra y de viento nos envuelve en la
sombra,
hay luces a lo lejos: granjas, automóviles
que se oyen apenas; y pienso en la fuerza
que me ha dado este hombre, arrancándolo al mar,
a las tierras lejanas, al silencio que dura.
Mi primo no habla nunca de los viajes de los viajes
que ha hecho.

Dice a secas que ha estado en algunos lugares
y piensa en sus motores.

Sólo un sueño
le ha quedado en la sangre: una vez, siendo fogonero,
contempló a las ballenas en un barco de pesca
holandés,
él ha visto volar los pesados arpones al sol,
ha mirado escapar las ballenas entre espumas de
sangre
y seguirlas y alzarse las colas y luchar con la lanza.
A veces me habla de esto.

Pero cuando le digo
que él es de los afortunados que han visto la aurora
en las islas más bellas de la tierra,
sonríe al recordarlo y responde que el sol
se alzaba cuando el día ya era viejo para ellos.◇

La muerte de los héroes

Este ensayo se relaciona con la controvertida polémica biográfica y literaria que precedió y siguió a la publicación de *Lawrence de Arabia: una búsqueda biográfica*, escrita por Richard Aldington en 1955. La biografía apareció veinte años después de la muerte de Lawrence y la controversia puede verse como el resultado fatídico de la coalición que enfrentó a dos hombres en su opuesta forma de ser. Las consecuencias del choque han perdurado hasta hoy, y han dejado una importante huella en la reputación póstuma de ambos hombres.

En este ensayo sólo haré referencia a Lawrence por medio de Aldington, o bien lo haré de un modo superficial. Lawrence no es mi tema principal, pero diré de paso que la bibliografía que existe sobre él alcanza proporciones oceánicas. Dividiré mi tópico en tres partes. La primera, relativa al contexto de Aldington como escritor. La segunda, a la manera en la que éste aborda la vida y la carrera de Lawrence; y en la tercera, hablaré de los conflictos personales que surgieron de la manera en la que trató el tema, así como de las consecuencias de ese conflicto.

Subyacen al tema algunos problemas, tal vez insolubles –aunque filosóficamente importantes– que se relacionan con la naturaleza y el propósito del género biográfico. Recientemente, en una conferencia sobre autobiografía, uno de los participantes con mayor experiencia en el tema, propuso la teoría de que es el género básico que permea a toda la literatura. Argumentaba que cualquier cosa que uno escribe, aun si se trata de un artículo científico, es proyección de la propia personalidad, la cual no es sino la suma total de los actos que conforman una vida. Si esta postura puede parecer extrema en algunos casos, en otros, en cambio, no lo es. En cualquier discusión en torno a la polémica Aldington-Lawrence, encontraremos que nos enfrentamos a géneros en apariencia tan diversos como la biografía, la autobiografía, los libros de viaje, las memorias, el diario, el ensayo y la ficción.

Richard Aldington, cuyo verdadero nombre era Edward Godfree, nació el 8 de julio de 1892 en Portsmouth, Hampshire. Fue educado en el Dover College y asistió al University College en Londres, aunque se vio forzado, por razones financieras, a interrumpir sus estudios antes de obtener el grado. Comenzó ganándose la vida como cronista deportivo, pero convencido de que su talento estaba por encima de ese oficio, decidió iniciar una carrera literaria. Conoció a Yeats, a Harold

Monro, a Ford Madox Ford (entonces Heuffer), a Ezra Pound y se convirtió en el miembro más joven del grupo de poetas llamados Imaginistas, entre quienes se encontraba Hilda Doolittle, la talentosa poeta norteamericana, publicada por primera vez por Pound bajo las iniciales H.D., y con quien Aldington se casó en 1913. Posteriormente, Aldington conoció y fue amigo de otros escritores: D.H. Lawrence, James Joyce, T.S. Eliot y Wyndham Lewis. Satirizó a muchos de ellos en sus artículos, lo que le valió, a cambio, ser duramente criticado. Así suele ser la orgullosa e incesante lucha entre escritores. Un ejemplo de esto último anticipa una asombrosa coincidencia: se trata de una carta de Pound, enviada desde Londres (sin fecha, que sus biógrafos creen de 1920). En ella dice: "Aldington está cada vez peor (se refiere al hecho de producir algo valioso) porque escribe semanalmente en el *Times*. Qué se puede esperar". Siguen diecisiete signos de exclamación, que muestran la excentricidad de la escritura de Pound. La carta está dirigida nada menos que a T.E. Lawrence. Existe, por cierto, otra carta de Pound dirigida a Lawrence, ésta enviada desde Londres con fecha del 20 de abril de 1920, y en la que habla del deseo de Lawrence por escribir y publicar; Pound, incluso, le dice: "si quiere escribir sobre Arabia..."

Los poemas imaginistas que Aldington escribió entre 1910 y 1915 fueron publicados en Londres ese año. La colección tuvo tres ediciones (1915, 1916 y 1919). Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, Aldington se enlistó. Se cree que esperaba ser eventualmente enviado a Mesopotamia, hoy Irak. Después del entrenamiento apropiado, durante el cual la pasó muy mal, fue nombrado oficial no-comisionado y enviado en 1917 a Francia con el sexto regimiento de Leicestershire. Durante los dos años siguientes tuvo varios permisos, los cuales pasó en Inglaterra envuelto en una complejísima red de relaciones maritales y extramaritales por parte de ambos esposos. Al mismo tiempo, llevaba una enorme correspondencia, personal y profesional, tocante al logro de publicar sus escritos. Mientras servía al ejército con distinción, aunque con amargura, sufrió severamente el efecto de los bombardeos y del uso de gases. Había sido comisionado como segundo teniente, posteriormente fue ascendido a primer teniente y cuando en 1919 fue liberado, se le otorgó el grado de capitán.

No cabe duda de que las experiencias vividas durante la

guerra impresionaron profundamente la psique de Aldington. Escribió un número sustancial de poemas y fragmentos en prosa que lo prueban. Conforme pasó el tiempo, parece que le causó una impresión aún mayor el contacto con el ambiente social inglés, sobre todo después de la guerra. Fue tan fuerte ese sentimiento que lo persuadió de dejar su patria, primero por el continente y después por los Estados Unidos, para posteriormente volver a Francia.

Los ingleses habían viajado por el mundo desde el siglo anterior, pero siempre volviendo a casa. Sin embargo, después de la Primera Guerra Mundial, como observa Paul Fussell, "algo nuevo, reconociblemente 'postguerra' aparece en la vida intelectual e imaginativa británica". Escritores ingleses, como D.H. Lawrence, Norman Douglas, Aldous Huxley, Robert Graves, y posteriormente Auden, Isherwood y Durrell, se expatrian ellos mismos, llevados, dice Fussell, "por la convicción de que Inglaterra es inhabitable porque no es como el extranjero". Esto es exactamente lo que le ocurrió a Aldington, aunque Fussell no lo mencione (este es un punto que más adelante volveré a tocar).

Los poemas de Aldington escritos durante la guerra muestran —comprensiblemente— un importante aunque no radical rompimiento con los principios del imaginismo. El imaginismo, como J.B. Harmer ha mostrado, fue un momento importante en la literatura inglesa de vanguardia, pero no estaba destinado a perdurar. No son tan entendibles, en cambio, las razones por las cuales los versos de Aldington no han sido analizados con suficiente cuidado, y que por lo tanto no sea más que reconocido como poeta de guerra.

En tanto creo que el trabajo de un escritor representa las principales tendencias en su personalidad, revisaré algunos ejemplos, claves en la escritura de Aldington, con el fin de acercarnos a su carácter y a sus preocupaciones.

Después de dos volúmenes de poemas escritos durante la guerra, titulado uno *Imágenes de guerra* y el otro *Imágenes del deseo* (ambos de 1919), Aldington publicó un largo poema satírico al que tituló *Un idiota en el bosque* (1925). El título, por supuesto, surge de la escena VII acto 11 de la obra de Shakespeare, *As you like it*, y marca tanto la intención revolucionaria como el tono burlón propuesto en el poema de Aldington. Allí aparecen tres personajes que no son sino tres aspectos de uno mismo: el "yo" o narrador; Mezzetin, una especie de arlequín tomado de la *Commedia italiana dell'arte* y el ilusionista. La narración los lleva de la antigua Grecia a Milán, y posteriormente a Francia durante la Primera Guerra. El narrador y Mezzetin trabajan como investigadores privados del ejército británico y el ilusionista es su superior. A Mezzetin lo matan en acción y el ilusionista se alegra, pues en adelante tendrá la voz narrativa para él solo. Sin embargo, su canto se limita a llorar la muerte de Mezzetin:

Who should remember you if we forget?
Those who lift top-hats and lay down wreaths?
Or those who buried you, dry-eyed and lousy?

(¿Quién debiera recordarte si nosotros olvidamos?



Lawrence de Arabia



Aquellos que, levantan sus sombreros y recuestan las
guirnalda
o quienes te enterraron, revulsivos sus ojos sin
lágrimas?)

Existen ecos de Eliot, Wyndham Lewis y otros, en versos
como los siguientes:

Mechanics have devoured our art-
our poets are all journalists, clerks or
schoolmasters-...
Glory, glory be to banking...
All angels drove to work in tanks.
Holy, Blessed, Glorious Mass Production.

(Mecanicismos han devorado nuestro arte-
son nuestros poetas periodistas, oficinistas, maestros
de escuela...

Gloria, gloria sea a la banca...
los ángeles en tanque se conducen al trabajo
Sagrada, Bendecida, Glorificada Producción en Masa.)

El "yo" dice, en un eco que nos recuerda, sobre todo al
principio, a Eliot:

We grow old...
Life becomes an autumn twilight...
When the flame goes, man's a husk, a ghost...
Sunk in the apathy or shrieking at the memories.
That is Dante's 'Maggior dolore.'
What to do then?
Most unbecoming men who strove with Haig...

(Envejecemos...
la vida es entonces luz desvaneciéndose en otoño...
cuando la flama se acaba, el hombre es una cáscara, un
fantasma...
sumido en la apatía o convulso en las memorias
Es de Dante el 'Maggior dolore'
¿Qué hacer?
si lamentarse es vergonzoso,
los indecorosos hombres que pelearon con Haig...)

Haig es el general Douglas Haig, 1er conde de Haig, coman-
dante en jefe de las fuerzas británicas después de 1915.
No deja de llamar la atención que Aldington, siempre tan crí-
tico respecto al propio ejército y resentido por haber tenido
que ir a la guerra, se muestre tan orgulloso de su
desempeño en el frente.

Los críticos han juzgado de manera diversa el talento
poético de Aldington. De hecho, él mismo lo disminuyó al no
incluir sus propios versos dentro de su excelente *Viking Book of
Poetry of the English-speaking World* (1941).

Calidad aparte, el tono característico de su poesía, como lo
ha señalado Harmer, es iracundo. Aldington, de hecho, fue
un joven agresivo antes de que Kinsley Amis, Alan Sillitoe y
John Osborne nacieran.

Algún tiempo después de la guerra, Aldington se embarcó

en una nueva aventura literaria. Sus biógrafos no ofrecen con precisión la fecha del inicio de la composición de su novela *La muerte de un héroe*, obra que el autor denominó como una novela "jazz", ya que fue escrita bajo la influencia de esa época. Apareció en Inglaterra en una edición expurgada de 1929 y en Francia al año siguiente, no censurada, pero en una edición limitada a 300 ejemplares. Tuvo buena compañía entre las obras censuradas de su tiempo: *Ulises* (1922- 1923) y *El amante de Lady Chatterley* (1928). Tanto la censura como la edición limitada atrajeron la atención del público y la novela se convirtió de la noche a la mañana en un éxito, haciendo de Aldington una de las mayores celebridades literarias británicas. *La muerte de un héroe* no sólo es el pronunciamiento irónico antibélico hecho por un hombre que vio la guerra desde el frente; también es una sátira del orden social inglés (c.1914): tanto de costumbres como de su estética victoriana. Aunque aquí no voy a hacer un análisis detallado de la obra, basta con decir que desde las páginas iniciales, al lector se le advierte de lo que trata: la muerte de un hombre joven. Como en el caso del famoso cuarteto de Byron sobre la muerte de Keats, sabemos quién murió; posteriormente se nos dirá a quién hay que culpar. Esta técnica es exactamente opuesta a la que se emplea en el caso de una obra muy admira, *Memorias de un cazador de zorros*, escrita por Siegfried Sasson, en la que se exalta la guerra desde el punto de vista de los ingleses. En esta obra al lector no se le dice el nombre completo del protagonista hasta la página 97 (en la primera edición).

En *La muerte de un héroe* hay un narrador en primera persona que se desdobra en una tercera para narrar sobre el "héroe": George Winterbourne. El lector alerta advertirá, eventualmente, que el narrador es el doble de Winterbourne. Asimismo, muchas pistas nos sugieren que ambos personajes son partes alternadas de la personalidad del propio autor, y que las dos mujeres que compiten por el amor del "héroe" tienen su contraparte histórica en la vida de Aldington cuando era joven. Pero el hacer una novela enclave no es el fin último de la narración. Se trataba, obviamente, tanto de protestar contra las secuelas que la guerra deja irremediadamente en los jóvenes, como de ir también contra el clima social que prevaleció antes y durante la guerra. Se hace un retrato de la escisión que existe entre los soldados que van a la guerra, muchos de ellos por fuerza, y otros, la mayoría, por voluntad propia; también de la gente que, desde su casa, veía su partida o bien con indiferencia o bien con orgullo.

El riesgo que corre George Winterbourne en el frente no parece concernir ni a sus padres ni a las dos mujeres -su esposa y su amante, rivales casi amistosas- a las que abandona. Al final, incapaz de solucionar sus conflictos emocionales, de enfrentar sus expectativas en el futuro, de superar la depresión en la que lo ha sumido la guerra y de tolerar la incertidumbre de la batalla, Winterbourne se expone al fuego enemigo y lo matan. Por casualidad es un candidato a ocupar el lugar irónico del héroe. Comenta el narrador:

¿Fue suicidio? No lo sé. Sólo tengo una evidencia circunstancial y mi propia corazonada, una especie de intuición, un algo que me persigue en mi recuerdo del hombre, el

sentimiento orestiano de alguna culpa sin expiar. ¿Quién puede decir si en un campo de batalla un hombre se suicida? La desesperada imprudencia y el buscarse problemas explican el deseo de escapar a través de la muerte, que encuentra al prudente cobarde acurrucado en su trinchera...

Representando, para George, a lo más querido que se extraña desde el frente, están Elizabeth y Fanny, la mujer y la amante, quienes

resentían y deploraban la guerra, pero estaban admirablemente alejadas de ella... no percibían el abismo que separaba a los hombres de su generación de mujeres.

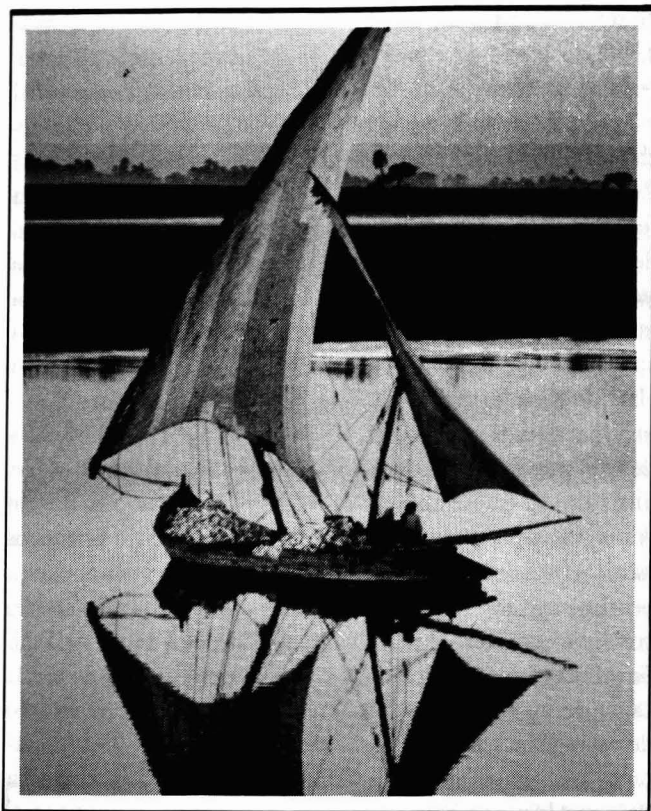
No lejos de la tercera parte de la novela, que describe la acción en el frente, encontramos el siguiente pasaje que contiene el resultado de lo que Aldington piensa con respecto de la guerra. En palabras del narrador:

Fue el régimen de la Hipocresía antes de la guerra lo que hizo que la Hipocresía durante la guerra fuera tan miserablemente posible y fácil... Un solo cerebro humano no puede contener, una sola memoria no puede retener, una sola pluma no puede describir la ilimitada Hipocresía, Falsedad y Delirio que el mundo dejó emerger durante esos cuatro años... Fue el supremo y trágico clímax de La Hipocresía Victoriana, porque después de todo los Victorianos estaban todavía en apogeo en 1914... Dijeron que no querían perdernos, pero pensaron que NOSOTROS debíamos ir; nos dijeron que nuestro Rey y nuestra Patria nos necesitaban; nos dijeron que nos besarían cuando regresáramos a casa...

Existe un eco sorprendente de este pasaje en la novela de John Fowles *El mago*, en donde los recuerdos, convincentemente narrados por el personaje del viejo inglés-griego Colchis, incluyen los siguientes párrafos y cuentan las experiencias vividas durante la Gran Guerra:

Un día... Lily y yo vimos un contingente de tropas desfilando por las calles... Iban a Francia, y alguien junto a nosotros nos dijo que eran voluntarios... Todo el camino de vuelta ella canturreó, ahora lo sé -pero no entonces- sin malicia, una canción de esos días: "Los extrañaremos, los besaremos, pero creemos que deben ir..." Al día siguiente vi a Lily y le dije que me iba de voluntario. La sangre abandonó sus mejillas. Entonces rompió a llorar y se lanzó a mis brazos. También lo hizo mi madre cuando se lo dije, pero la de ella sí era una pena auténtica... Me tocó el 13avo Regimiento de Tiro en Londres... Ahí me volví dos personas -una que miraba y la otra que trataba de olvidar que la otra miraba. Nos entrenaban menos para matar que para que nos mataran... nos dijeron que el enorme costo de la guerra no permitiría que durara otro mes.

Citaré sólo dos párrafos más de la novela de Aldington que



parecen estar directamente relacionados con el narrador y en los que abunda respecto a su fobia a la guerra:

Tengo... un no apaciguado deseo de venganza... una conciencia poco apacible... ¿Qué derecho tengo a vivir?... Cuando me encuentro con un hombre de mi generación no lisiado, tengo ganas de gritarle: "¿Cómo escapaste? ¿Qué hiciste? ¿Qué clase de truco sucio jugaste? ¿Por qué no estás muerto, tramposo?"... Y tú, el que murió en la guerra, moriste para nada, por un pedazo de viento, por un embuste, por una mentira periodística, para el ascenso rápido de un político. Pero al menos te moriste. No rechazaste el agudo, dulce golpe de las balas, el repentino estallido de una granada, la insinuada agonía del gas venenoso...

Sobre los hombres de esa generación cayó una condena, admirable aunque rudamente expresada por un oficial británico cuando se dirigía a sus subalternos en Francia:

"Ustedes son la generación de la guerra. Nacieron para pelearla, y tienen que ganar... En lo que concierne a ustedes como individuos, importa un comino si los matan o no..."

En su *Vida por el bien de la vida: un cuaderno de reminiscencias*, publicado en 1941, Aldington dice que "todo o casi todo" lo que él tenía "que decir sobre la guerra de 1914-1918 lo he dicho en *La muerte de un héroe* y en *Caminos de gloria*", una colección de relatos cortos que aparecieron también en 1941. Esto es cierto si nos atenemos al "casi", ya que, como lo he dicho antes, hay significativas alusiones a la guerra en su poesía, y también aparecen en algunas de sus novelas posteriores, que aunque no son propiamente novelas bélicas, hablan

de la generación de la postguerra, jóvenes con metas culturales y valores que existían previos al conflicto, y cómo fueron éstos afectados por las enfermedades morales ocasionadas por la guerra.

Me siento obligado a hacer la siguiente digresión: aunque excelente, el libro de Paul Fussell *La gran guerra y la memoria moderna*, es curiosamente renuente cuando se trata de reconocer los escritos de guerra de Richard Aldington. Digo "curiosamente" porque el autor menciona una sola obra de Aldington, titulada "A cualquier precio" (de *Caminos de gloria*), y lo hace simplemente de pasada. Incluye, sin embargo, los nombres obligados y hace un tratamiento minucioso de las obras de Rupert Brooke, Wilfred Owen e Isaac Rosenberg entre los poetas, y de Robert Graves, Edmund Blunden y Siegfried Sasson (su coto privado), entre los poetas y escritores de memorias. Puede ser que Fussell haya encontrado *La muerte de un héroe* demasiado "estridente", en tanto, en palabras de Graves, "denuncia la hipocresía del amor y de la guerra con la necesaria violencia continental", lo que convierte a la novela en una obra, para él, inaceptable. Es interesante que la estridencia de la novela, si hay alguna, no molestó en un principio a Lytton Strachey. Michael Holroyd cita a Strachey: "Recibí *La muerte de un héroe* del *Times*, y la estoy disfrutando muchísimo. Me gusta la brillantez del escritor, que me sorprendió..." Noel Annan nos dice que fue de "Richard Aldington, C.E. Montague y Robert Graves, quienes escribieron sobre la muerte de los héroes, que aprendimos del desinflamiento y el desencanto con el mundo que la guerra ha creado".

Antes de enfocar el tratamiento que Aldington hace de la vida y la carrera de T.E. Lawrence, sería de cierta ayuda recordar brevemente lo que se conoce comúnmente sobre la vida del legendario héroe: Lawrence nació en el norte de Gales en 1888 y asistió al Oxford High School y al Jesus College, en Oxford, en donde estudió historia. Ahí, estuvo bajo el tutelaje de David George Hogarth, experto en el Cercano Oriente y en ese entonces a cargo del museo Ashmolean. Lawrence se interesó en el Medio Oriente, leyó de Charles Montagu Doughty los *Viajes por Arabia Desierta* (1888), estudió la lengua árabe y, en 1909, se marchó a Siria buscando material para su tesis (que fue publicada en forma póstuma, en 1936, bajo el título *Castillos de Cruzados*). Gracias a Hogarth, se le permitió participar en la excavación de un sitio arqueológico en Carchemish, a la orilla del Éufrates, entre 1910 y 1914. En enero de 1914 fue encargado de hacer un reconocimiento territorial para los ingleses en la península del Sinaí y cuando estalló la Primera Guerra Mundial Lawrence entró, nuevamente gracias a Hogarth, al servicio de inteligencia británico. Fue enviado a El Cairo. Cuando comenzó la revuelta árabe contra la dominación turca, los ingleses se dieron cuenta de la conveniencia de apoyar la causa árabe: la intención era debilitar la alianza entre los alemanes y el Imperio Otomano para así distraer a las tropas germanas del frente occidental. Tanto por su conocimiento del territorio como de la lengua árabe así como por los valiosos contactos que durante esos años había establecido, Lawrence se convirtió en el enlace oficial con el príncipe árabe Feisal. Sus misio-

nes militares fueron siempre locales y temporales y nunca fue un oficial regular, aunque conservó toda la vida el rango de teniente coronel, otorgado por el General Edmund Allenby en señal del respeto y la alta estima que siempre se le tuvo. Después de que Damasco fue tomada por los ingleses en 1918, Lawrence recibió mucho del crédito por el éxito de la revuelta árabe. Se presentó en la convención por la paz en París defendiendo los intereses árabes pero fracasó, ya que los franceses tenían a Siria bajo su control. Posteriormente pasó algún tiempo en la oficina colonial, bajo el mando de Winston Churchill, en donde fue dimitido en 1922. Al dejar Medio Oriente se enlistó en la Real Fuerza Aérea como piloto bajo el nombre de John Hume Ross; sin embargo, su verdadera identidad fue descubierta y se le dio de baja honorablemente. Ingresó posteriormente en el cuerpo de tanques con el nombre de T.E. Shaw, nombre que adoptó por política electoral en 1927.

Cuando se descubrió que Lawrence era infeliz al punto de contemplar la posibilidad del suicidio, sus influyentes amigos intercedieron por él para que reingresara en la Real Fuerza Aérea, de la cual se retiró poco antes de su muerte, ocurrida en un accidente de motocicleta. Los últimos diez años de su vida los pasó escribiendo, en compañía de otros autores y sirviendo como técnico y asesor personal del servicio militar británico. Su libro más conocido es, por supuesto, *Siete pilares de sabiduría*, que tiene una complicada trama y que apareció en forma abreviada en 1927 con el título de *Revolución en el desierto*.

Aventuro una hipótesis al suponer que fue hacia la mitad de la década de los cuarenta cuando surgió en Richard Aldington la idea de escribir un libro sobre Lawrence. En ese momento ya existían, según mis cuentas, trece libros y numerosos artículos sobre el tema. De esos libros el primero y el que tuvo más amplia circulación fue *Con Lawrence de Arabia* (1924) de Lowell Thomas, un periodista norteamericano que conoció a Lawrence en Jerusalén poco antes de que terminara la guerra en Medio Oriente, a donde Thomas había ido a buscar material de aventuras para difundirlo entre el público norteamericano.

En 1919, Thomas decidió debutar con su documental filmado en Londres. Así, lo que él había titulado como "El reconocimiento norteamericano al valor británico" se estrenó en el Royal Opera House en Covent Garden el 14 de agosto bajo el título "Con Allenby en Palestina y la conquista de la sagrada Arabia". Como el documental se centraba sobre todo en la figura del coronel Lawrence, el título fue cambiado: "Con Allenby en Palestina y Lawrence de Arabia". Tuvo tanto éxito que el documental pasó a exhibirse en el Albert Hall, en donde se mantuvo hasta enero de 1920. Para cuando Thomas llevó su show al Madison Square Garden en Nueva York si vamos a creerle a Alan Jenkins en su libro *Los veintes*, el título de la película documental había sido nuevamente cambiado, ahora por el más simple de "Con Lawrence de Arabia". Nada podía ser más encomiable: la glorificación popular, la coronación del "Príncipe de la Mecca" estaba asegurada. Podemos reconocer claramente que Lowell Thomas fue el responsable de haber difundido, aunque no fabricado, la leyenda Lawrence. El mismo Lawrence sintió la necesidad de dejar

de ser el centro de atención; además consideraba que su vida y la participación que había tenido en las revueltas árabes merecían una atención de tipo más serio y menos popular. Su primer anhelo —el de no ser el foco de atención— se vio satisfecho al "escondarse" tras un nombre falso cuando ingresó a la Real Fuerza Aérea, aunque esta maniobra fue vista como una forma de evasión, y lejos de sumir a Lawrence en el olvido despertó sobre su figura una mayor curiosidad. El segundo de sus deseos (esto es: que su vida y sus actos fueran tratados con interés y seriedad) fue ampliamente satisfecho por dos de sus amigos y biógrafos: Robert Graves (1927) y el capitán Liddell Hart, historiador militar (1934).

Una década más tarde, el proyecto sobre la biografía de Lawrence fue sugerido a Aldington por Alister Kershaw, un australiano que había conocido en Francia (en donde Aldington vivía) y quien llegó a ser uno de sus mejores amigos hasta el final de su vida, en 1962. Aldington no era un neófito en el género de la biografía. Para ese momento había escrito con éxito las vidas de Wellington, Charles Waterton, D.H. Lawrence y Norman Douglas, cuya biografía llegó a ser la causa de un escándalo considerable. Es cierto que el estudio de estas vidas constituye una extraña mezcla pero es importante mencionarlas porque su existencia evita la sospecha de que Aldington haya escogido a T.E. Lawrence más con el motivo de exponerlo (por razones que discutiré más adelante), que de hacer una biografía.

En la "Carta introductoria a Alister Kershaw" que abre la biografía de Lawrence, Aldington escribe que en un principio él rechazó la sugerencia de su amigo argumentando, entre otras razones, su "falta de entusiasmo por los héroes militares", pero que pesó más un argumento de Kershaw: "después de las sorprendentes y mal recibidas revoluciones en los últimos quince años, una nueva evaluación de la figura de Lawrence sería de mucha utilidad". Esta conversación debe haber ocurrido hacia 1945, pero no se menciona la fecha exacta. Otro de los argumentos de Kershaw, aceptados y citados por Aldington, fue que después de todo, él (Aldington) había escrito una biografía del Duque de Wellington y había descubierto que era un personaje más interesante de lo que había imaginado en un principio. En el siguiente párrafo, sin embargo, Aldington menciona que en el curso de su investigación descubrió que la afirmación de Lawrence sobre el reiterado ofrecimiento, hecho en 1922 y posteriormente en 1925, de ser nombrado Alto Comisionado en Egipto... era falsa. Desde un principio, pues, el biógrafo impuso un tono negativo a su búsqueda.

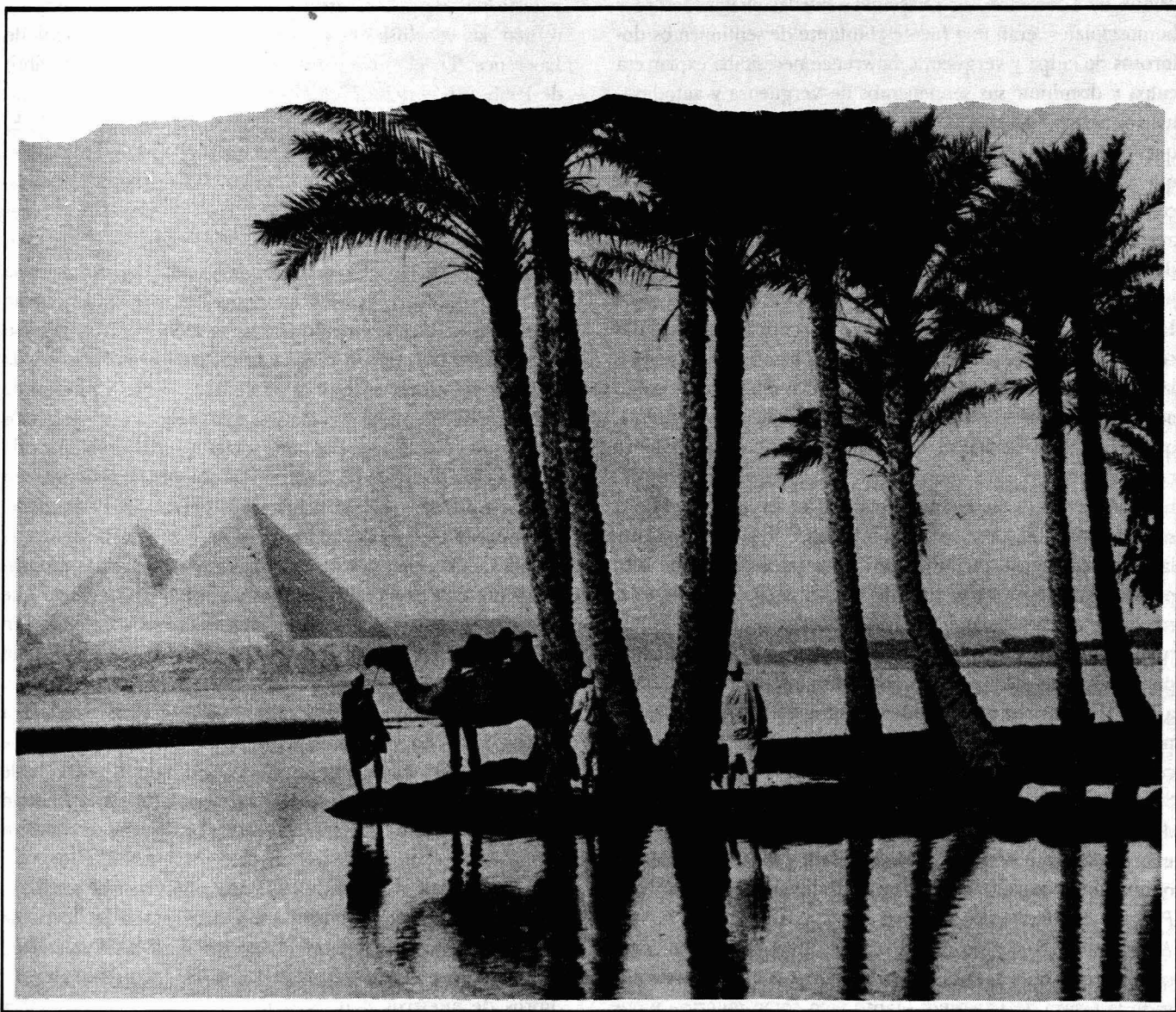
Lawrence de Arabia: una búsqueda biográfica fue publicada en Inglaterra el 31 de enero de 1955. En realidad, el texto había sido terminado desde 1950, pero se corrió el rumor sobre su tendencia y tanto los editores británicos como estadounidenses prefirieron no publicarla. La "Agencia Lawrence", como Aldington llegó a llamar a los amigos y simpatizantes poderosos e influyentes de Lawrence, era demasiado fuerte. Muchos de ellos se habían negado, incluso, a contestar las cartas que Aldington les envió preguntando sobre diversos puntos oscuros en la vida de Lawrence. Así

puestas las cosas, en 1954 Aldington aceptó la publicación de la traducción francesa que apareció bajo un título que él no había ni escogido ni autorizado pero que, típicamente francés, estaba dispuesto para vender ejemplares: *Lawrence, el impostor*. Su publicación obviamente enfureció a la "Agencia Lawrence", pero al mismo tiempo los dejó sin argumentos: si existía una versión en cualquier idioma, ¿por qué no había ninguna en inglés? Antes aún de que existiera la edición, aparecieron artículos en torno a ella. El 19 de enero de 1955, por sólo citar un ejemplo, el *Evening Standard*, en Londres, anunció que la reputación y la integridad de Lawrence de Arabia estaban a punto de ser devastadas.

No tengo la posibilidad de saber cuál fue el orden en el que Aldington obtuvo y ordenó sus datos, pero es lógico que su biografía comenzara por el principio. El recuento de la vida de Lawrence se inicia con el resultado de una investigación genealógica que arroja las siguientes conclusiones: Lawrence fue el segundo hijo de Thomas Robert Thighe Chapman, un barón irlandés que abandonó a su primera esposa para irse a vivir con la institutriz de sus cuatro hijas. Se estableció en Gales, en donde adoptó el nombre de Thomas Robert Lawrence. El

resultado es que, sin tomar en cuenta la estabilidad y la respetabilidad del nuevo hogar, Lawrence y sus cuatro hermanos eran ilegítimos. Según Aldington, esta situación irregular nos da la clave tanto de la "carrera trunca de Lawrence y de su carácter tortuoso. Por supuesto —advierte con cautela— no debemos exagerar al respecto: este incidente no lo explica todo. Lawrence tenía cualidades notables, y si en algunos aspectos se dejaba influir poderosamente por su entorno, en otros en cambio, reaccionó violentamente contra su medio. Sin embargo, el conocimiento de su origen nos permite disipar parte del mito del 'hombre misterioso', entender muchas cosas que de otra manera se vuelven enigmáticas y poder sentir compasión en lugar de repulsión por algunos de sus actos más cuestionables." Sobre el origen de Lawrence, resulta interesante citar lo que, al respecto, nos dice Wyndham Lewis —quien conoció tanto a Lawrence como a Aldington— en una reseña de la biografía para la *Hudson Review*:

El que un hombre renuncie a su nombre para poder vivir con una mujer a la que descubre que ama más que a su esposa (de la que no se puede divorciar), no me parece de



ninguna manera una desgracia. Este sentimiento existiría en el caso del bastardo tradicional, tal y como se le representa en las tragedias de Shakespeare, pero me parece exagerado pensar que un joven de la clase media en el norte de Oxford, sufriera, al menos de la manera sugerida por Aldington, al saber que de no haber nacido fuera del matrimonio, tendría a un padre perteneciente a la nobleza menor.

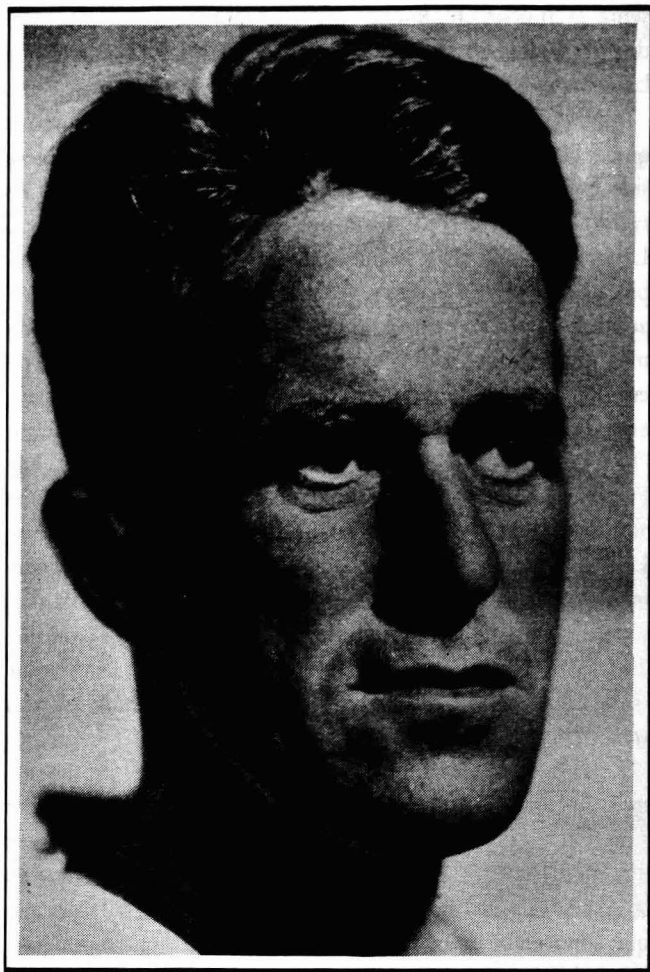
La revelación que hace Aldington se repite actualmente con toda libertad en los diccionarios biográficos y las obras de consulta. Ese es el Secreto Lawrence (con mayúscula) número uno. El número dos, dice Aldington, lo hubiera descubierto cualquier lector atento de *Siete pilares de sabiduría*: se trata del ambiguo relato (páginas 434 a la 448 en la edición de 1935, suprimidas en *Revolución en el desierto*) de la violación homosexual que sufrió Lawrence por un oficial turco en Daraa en 1917.

Aunque Aldington no desdeña ni las múltiples habilidades ni el encanto personal de Lawrence, concluye que la experiencia de la violación funcionó a manera de arco voltaico en la psique de Lawrence: sus relaciones sexuales ilícitas, hetero y homosexuales, eran una fuente constante de sentimientos dolorosos de culpa y vergüenza. Lawrence necesitaba expiar esa culpa y disminuir sus sentimientos de vergüenza y autodevaluación; para compensar, debía no sólo sobresalir en todo lo que hiciera, sino incluso comprometerse en acciones peligrosas que lo ayudaran a promover su imagen hasta el grado de convertirla en una leyenda. Estas ambiciones, por sí solas, son aceptables, y de hecho pueden constituir el sueño y el deseo de cualquier persona. Sin embargo, Aldington descubrió que mucho, si no es que *todo* lo que subyace a la leyenda Lawrence, estaba fundado en datos oscuros y falsos, tales como ciertas afirmaciones que Lawrence hizo a sus amigos y a la prensa; por otro lado, existían conductas enigmáticas, como actitudes reticentes y autodevaluatorias después de la guerra, que mostraban su auténtica personalidad. Para un hombre como Aldington, que quiso ver el mundo con transparencia, no existía otro camino para acercarse a la verdad que el de la simplificación. Partiendo de esta premisa y de su sospecha ante la supuesta oferta que tuvo Lawrence para ocupar un alto puesto en Egipto, Aldington trató de dismantelar la leyenda mediante el minuciosísimo análisis de todas las evidencias que tuvo a la mano. Subrayo "las evidencias que tuvo a la mano" porque aunque suene exagerado, Aldington no tenía acceso ni a los documentos controlados por el Fideicomiso Lawrence ni a la correspondencia, que posteriormente se permitió consultar a investigadores como Phillip Knightley y Colin Simpson. Los hallazgos de estos dos estudiosos fueron publicados en cuatro números del *Sunday Times* en junio de 1968 y más adelante se hizo un libro con ellos. John Mack también obtuvo autorización para utilizar esos documentos en su libro *Príncipe de nuestro desorden*, en 1976. Las pruebas a las que Aldington tuvo acceso eran insuficientes y él lo sabía, pero también que era excesiva la idealización a la que se había elevado la figura de Lawrence —tanto vivo como muerto— y que

este endiosamiento impedía al público ver los hechos que Aldington percibió con claridad. Nunca dudó de la valentía, la fuerza y las cualidades de líder que Lawrence poseía, pero había que decir algo sobre lo que se fundaban tan heroicos sentimientos sin importar qué tan atrevida y herética pudiera resultar su evaluación. Recordemos que había hecho ya algo similar en *La muerte de un héroe*.

Veamos por un momento las consecuencias de su biografía en Inglaterra y en Estados Unidos. Fuertes sentimientos de hostilidad y enojo surgieron a partir de lo que se consideró como una afrenta a la memoria del héroe nacional. Además de una gran cantidad de reseñas negativas escritas por plumas de todos los pedigrees, no pasó mucho tiempo antes de que la "Agencia Lawrence" lanzara su contraofensiva. Las tropas de choque eran ni más ni menos que dos de los mejores amigos de Lawrence y de los más prestigiosos biógrafos del momento: Graves y Hart. En el *Nueva república* del 21 de marzo de 1955 (no he podido localizar la versión inglesa), aparece un artículo de Graves titulado "Lawrence reivindicado", en donde sostiene que el libro de Aldington "es el resultado de un entrometido en la vida de los demás, amargado, acomplejado y asmático. Es el perro vivo que piensa que es superior al león muerto porque puede rascarse y gruñir". Graves se dedica a refutar las conclusiones de Aldington sobre el carácter de Lawrence. En el suplemento del *London Magazine* de abril de 1955 y en el del *Atlantic Monthly* de noviembre del mismo año, Liddell Hart publicó dos artículos titulados "T. E. Lawrence, Aldington y la verdad" y "T. E. Lawrence: ¿hombre o mito?", en los que, utilizando un tono más civilizado que el de Graves, se las arregla para llegar a conclusiones similares. En el primer párrafo nos dice lo siguiente: "Richard Aldington es un distinguido novelista y poeta que escribió una magnífica novela, *La muerte de un héroe*, hace 25 años y que no ha tenido el reconocimiento que su talento merece. Regresó recientemente —algo tarde— a la historia. Ahora busca la 'muerte del héroe' en este campo". Aunque la refutación de Hart es más mesurada y cuidadosa que la de Graves, debemos decir que Hart siempre estuvo sometido a la influencia de Lawrence. En el capítulo final de su obra *T. E. Lawrence. En Arabia y después*, entre muchos otros halagos, Hart sostiene: "La verdad es que Lawrence sabía más de guerra que cualquiera de los generales de la última guerra". Esta es indudablemente una exageración; podemos imaginar el efecto que una aseveración así hizo en un hombre como Aldington, quien "peleó con Haig" en las trincheras del frente occidental. John J. Mearsheimer, en su libro *Liddell Hart y el peso de la Historia*, escribe: "No mentimos si decimos que protegía y defendía a Lawrence". En efecto, Hart termina su biografía sobre Lawrence con las siguientes palabras: "Su figura florece desde la sabiduría de los tiempos... Él es el espíritu de la libertad encarnado en este mundo". Hart era, claramente, un ministro de ese evangelio.

Algún tiempo después de 1955 apareció una nueva edición del libro de Lowell Thomas sobre Lawrence, sin fecha de publicación pero todavía con el *copyright* de 1924. Esta edición contiene un prefacio que dice: "Uno de los más amargos... libros de nuestros días es el de Richard Aldington sobre



Lawrence de Arabia

Lawrence de Arabia" y cita una reseña aparecida en el *Harwick Standard* que dice: "Hemos oído hablar a los amigos de T. E. Lawrence durante treinta años. El libro de Aldington está escrito por un enemigo que nunca lo conoció pero que por una extraña compulsión ha producido un libro que hasta ahora sólo ha sido reseñado con muchísima severidad..." Thomas no menciona al reseñista, aunque puede ser una alusión a Graves. Al final, la "Agencia Lawrence" se impuso e hizo valer su influencia en el mundo editorial británico para que se suprimiera cualquier libro de Aldington. Sólo los libros de otros autores, traducidos por Aldington o con un prefacio suyo se salvaron de ser retirados del mercado. Por supuesto, esto tuvo consecuencias económicas muy serias para Aldington y si no hubiera sido por sus amigos y compatriotas en Francia, su crisis financiera hubiera sido mucho peor.

Tengo pocas dudas respecto a que Aldington siempre estuvo predispuesto negativamente hacia la leyenda Lawrence. Hemos visto en sus obras manifestaciones de rencor asociadas a las experiencias y al clima de la guerra. Es cierto que Aldington hizo un recuento cálido y positivo de la vida de Wellington, pero el Duque de Hierro resultaba una figura lejana en el tiempo mientras que Lawrence era su contemporáneo. Además, veía en él al hombre que había obtenido de la guerra el beneficio de alcanzar en vida una estatura mítica. Para el público, Lawrence representaba una imagen ideal, vestido con sus ropas blancas ondeando en el desierto bajo un trasfondo de arena y estrellas. Mientras, en la realidad, los

hombres de infantería difícilmente sobrevivían a una terrible y desesperanzada guerra en Occidente, y si se salvaban salían de ahí irreconocibles. Esta es una explicación tentativa de la actitud de Aldington, sobre todo si caemos en la tentación de los biógrafos y de los críticos literarios: la de obtener indulgencia mediante el psicoanálisis. Esta sería, en todo caso, una explicación incompleta. En parte por intuición, en parte por las pruebas con las que contó, Aldington sabía que se ocultaban muchas cosas detrás de la leyenda Lawrence. Si el lector del libro de Aldington sobre Lawrence lo percibe como la expresión de un escritor torturado, patológicamente mentiroso, el cual lanza una avalancha de inconsistencias y contradicciones, se sentirá pisando un terreno mucho más firme y seguro al final de la biografía, en donde el autor discute los méritos de Lawrence como escritor. Debemos tener presente que Lawrence tomaba muy en serio su quehacer literario. En una carta a Edward Garnett, fechada el 26 de agosto de 1922, escribió: "¿Recuerdas que un día te conté que separé en un estante los libros que considero como 'Titanes'? ...Eran *Los Karamazov*, *Zaratustra* y *Moby Dick*. Bueno, pues mi ambición era hacer de la cuarta en la lista una obra inglesa". La dedicatoria a Edward Garnett en *La mente*, también habla de la autoconciencia de su propio talento. Aunque Aldington se detiene en el estudio de otros textos de Lawrence, el análisis más agudo es el de *Siete pilares de sabiduría*:

Ciertamente aquí hay talento... Sólo un hombre ampliamente inmerso dentro de la literatura y en posesión de un genuino don para expresar en palabras exactas su experiencia y pensamiento, podría haber escrito en ese estilo alto, preciso, y al mismo tiempo mantenerlo a lo largo de todo el libro...

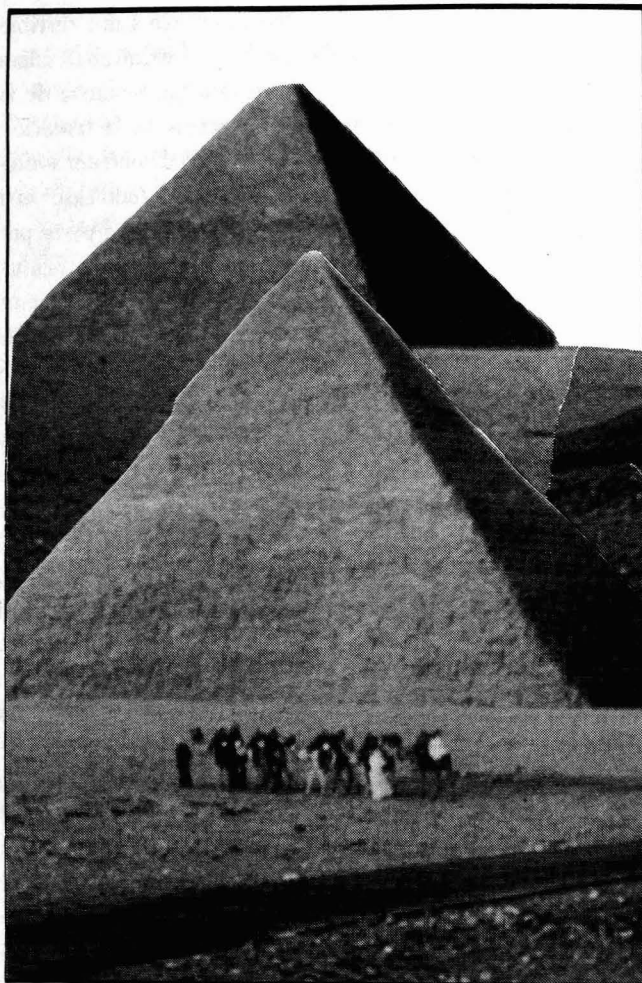
Y posteriormente la siguiente advertencia:

Como escritor, Lawrence es tan hábil en el arte de manejar las palabras como en el de sugerir o implicar algo más o algo menos de lo que dice. El más difícil y con frecuencia el menos logrado triunfo del arte de la palabra es el saber utilizarla de tal forma que signifique para el lector lo mismo que para el escritor. Sugerir es muy fácil...

Y Aldington vuelve a su tema:

Podemos preguntarnos si un estilo tan cuidado, tan literario y tan inexacto es el más adecuado para una honesta obra de guerra. Ciertamente que una obra de guerra es siempre autobiográfica, empero la guerra es acción, por más que incorpore planes y estrategias y por más que el intelectual neurótico que escribe se halle acosado por conflictos y sentimientos ambivalentes...

Quizá Aldington pensaba en sus propias obras de guerra, complejas en muchos aspectos pero no "cuidadas", y a las que concibió como novelas y cuentos pero a las que nunca se le ocurrió proponer como historia. Y termina diciendo de Lawrence:



La acción no pide un estilo sofisticado sino un lenguaje vigoroso, directo, poco afectado, en el que la existencia del personaje se olvide a cambio de la viveza y el sentido de lo que se dice. ¿Hay acaso alguna página en *Siete pilares* en la que podamos olvidarnos de Lawrence de Arabia? Hubiera escrito mucho mejor si no se hubiera esforzado tanto por escribir tan bien.

¿Qué diremos del libro de Aldington sobre Lawrence? Información reciente puede llevarnos a desaprobarnos algunas de sus conclusiones y a corroborar otras. Pero ni las rectificaciones ni las verificaciones son tan importantes como la controversia misma. La investigación es un constante proceso que implica la corrección de errores y malinterpretaciones. Sobre la biografía de Aldington sobre Lawrence, Christopher Sykes ha dicho: "era un libro necesario... porque la leyenda es enemiga de la historia... No quedan dudas respecto a que la historia de Lawrence fue cubierta por un montón de exageraciones ficticias que sólo podían impedir la comprensión, tanto de Lawrence como del Medio Oriente..."

Jeremy Wilson, quien el año pasado publicó la monumental biografía "autorizada" de Lawrence, nos dice: "En retrospectiva, la biografía devastadora de Richard Aldington fue la reacción inevitable a 20 años de adulación acrítica acumulada después de la muerte de Lawrence". Y más adelante Wilson señala: "El libro, sin embargo, sería más valioso si no hubiera sido escrito en un tono tan venenoso. Hoy, el interés que pre-

senta es fundamentalmente literario, puesto que las fuentes documentales actualmente disponibles desmienten muchas de las cosas que Aldington discute..."

Estas afirmaciones nos dejan con ciertas preguntas: ¿cómo es que el libro de Aldington sería más valioso y exitoso si hubiera sido escrito en un tono más suave? Fue precisamente por los resultados que arrojó, y no por el tono, que la "Agencia Lawrence" se opuso a su publicación. ¿Un tono más suave hubiera fomentado mejores reseñas? Y en cuanto a la adulación acrítica que se dio entre la muerte de Lawrence y 1950, diremos que cuando Aldington terminó el manuscrito ésta no era más exagerada que la que la precedió, incluyendo, claro, el volumen titulado *T. E. Lawrence visto por sus amigos* (1937), en donde el líder adulatorio era Winston Churchill. Finalmente, por lo que respecta a las "fuentes documentales actualmente disponibles", ¿cuáles son éstas? El Fideicomiso Lawrence impuso restricciones al acceso de papeles y documentos personales (que se conservan en la Librería Británica) y determinó que éstos no pueden ser leídos sino hasta el año 2000. Aún si esta imposición ha sido quebrantada, habría que ver si la información que arrojan esos documentos basta para rebatir lo que dice Aldington.

En el prefacio a *Eminentes victorianos*, Strachey argumenta que la historia de la época victoriana no podía ser escrita por sus contemporáneos porque éstos la conocían demasiado bien y no podrían ser objetivos. Igualmente, podemos decir que no se puede escribir una biografía objetiva de una persona a la que conocemos de cerca y sobre la cual tenemos una opinión inevitablemente parcial. Aldington puede haber tenido sus antipatías y resentimientos, pero no poseía la intolerancia e inflexibilidad de Graves y de Hart, que eran amigos de Lawrence y estaban dispuestos a defender a cualquier costo su reputación. Aldington presenta, pues, dos ventajas sobre ellos: no era una gente del sistema y nada lo vinculaba a Lawrence. Si cometió una injusticia al evaluar la vida de Lawrence, mucho más grave fue la que se perpetró contra él cuando se impidió la publicación de sus libros.

Resulta una gran ironía que la falsedad y mojigatería de una sociedad a la que Aldington desenmascaró y satirizó en su poesía y en sus novelas lo haya perseguido toda la vida hasta casi causarle la ruina financiera y literaria. Hablamos de un hombre cuya bibliografía cuenta con setenta títulos que incluyen poesía, ensayo, narrativa, teatro, crítica literaria y traducción. Al que no sólo se le impidió el acceso a la industria editorial, sino que también le fue negada en Inglaterra la posibilidad de contestar en la prensa las cartas de los editores.

John Anthony Morris analiza, en el *Diccionario de biografías nacionales*, el talento de Aldington y concluye:

Tenía dos grandes aciertos. Uno era su pasión por la verdad, lo que lo llevó a estallar frente a la hipocresía y el ocultamiento. El otro era su sensibilidad frente a la belleza. Fue la combinación de ambos talentos la que creó primero al poeta imaginista y después al furioso novelista y biógrafo. Cuando vio que la belleza y la verdad eran atacadas, echó mano de todos sus recursos para crear sus mejores obras. ◇

Evolución Histórica de la Organización de las Naciones Unidas



Aquellos que abogan por un gobierno mundial y una u otra forma particular de federalismo universal, a menudo presentan teorías e ideas desafiantes, pero nosotros, al igual que nuestros antecesores, podemos presionar solamente contra el lejano muro que oculta el futuro. Es por medio de esos esfuerzos, seguidos de lo mejor de nuestras habilidades, más que en la construcción de modelos ideales para imponer a la sociedad, que sentamos las bases y pavimentamos el camino para la sociedad del futuro.

Dag Hammarskjöld, Secretario General de las Naciones Unidas, 1o. de mayo de 1960.

La Organización de las Naciones Unidas cumple en 1991 cuarenta y seis años desde su fundación. A lo largo de su existencia, la ONU ha sido actor y testigo de diferentes acontecimientos, que incluyen guerras y conflictos armados; el desarrollo de la confrontación Este-Oeste (así como su desvanecimiento gradual en los últimos meses); los movimientos de liberación nacional (que culminaron con la independencia de un gran número de países del llamado Tercer Mundo); etcétera.

El organismo tuvo su antecedente inmediato en la Declaración de las Naciones Unidas, firmada el 1o. de enero de 1942 por veintiséis países que se encontraban en guerra contra las potencias del Eje en la Segunda Guerra Mundial.

En octubre de 1943, en la Conferencia de Moscú, los aliados hablaban de una organización internacional fundada en la igualdad soberana de todos los Estados pacíficos y abiertos a todos los Estados grandes o pequeños.¹

En el otoño de 1944 se reunieron especialistas de Estados Unidos, Gran Bretaña, China y la Unión Soviética en Dumbarton Oaks, donde se elaboraron, sin mayor imaginación, los principios de lo que sería la ONU tomando como base la estructura de la Sociedad de Naciones.²

En la Conferencia de Yalta, celebrada del 4 al 11 de febrero de 1945 acontecieron discusiones candentes sobre el carácter del organismo, mismo que debería ser una instancia neutral capaz de ayudar al arreglo pacífico de las controversias entre las naciones. Pero había varios problemas, entre otros, el que se incluyera a China como miembro permanente del Consejo de Seguridad, el que la composición de la Asamblea General favoreciera a Estados Unidos; la postura provisional de los estadounidenses con respecto a su propio bloque regional del hemisferio occidental y las bases militares en el Pacífico, que son pruebas de que Estados Unidos consideraba en 1945 que la ONU sería un foro en cuyo interior se iba a poder lograr con mayor facilidad un acuerdo político internacional. Dicho en otras palabras: las Naciones Unidas iban a constituir un instrumento para una paz justa, un lugar donde desarmar las conductas belicosas y regular la paz de una forma aceptable para Estados Unidos.³

La URSS pedía que las Repúblicas Soviéticas de Lituania, Ucrania y Bielorrusia ingresaran como miembros de pleno derecho, ya que en las votaciones de la Asamblea General de la ONU, la desventaja Soviética con relación a Estados Unidos

¹ Colliard, Claude-Albert. *Instituciones de Relaciones Internacionales*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1977, p. 367.

² *Ibidem*.

³ Kolko, Gabriel. *Políticas de guerra*, México, Grijalbo, 1974, p. 648-682.

sería abrumadora. Se aceptó, entonces, a Ucrania y Bielorrusia como miembros fundadores.⁴

En cuanto al poder de veto de las grandes potencias, las discusiones eran largas y tediosas. Stalin entendía que el veto se aplicaría a aquellas materias bajo la discusión donde nada pudiera ser resuelto pacíficamente. En esto estuvieron de acuerdo los estadounidenses. Pero después ocurrió que el documento final de Yalta era tan breve que dejaba muchas cosas sin aclarar, por lo que la URSS entendió que podía vetar la discusión de las disputas de otras naciones representadas ante el Consejo de Seguridad. Al final se aceptó la propuesta estadounidense, donde habría cinco países con capacidad de veto: la URSS, China, Francia, Gran Bretaña y los mismos Estados Unidos.⁵



Quizá lo más relevante de Yalta, en relación a la creación de la ONU, radicó en que se convocó a los países signatarios de la declaración del 1.º de enero de 1942 a que se reunieran el 25 de abril de 1945 en Estados Unidos.

La conferencia prevista en Yalta se celebró en San Francisco precedida por una reunión preliminar del 9 al 20 de abril donde se hizo la redacción preliminar de la Carta de la ONU. El 25 de abril se inició formalmente la Conferencia de San Francisco y culminó el 26 de junio de ese mismo año con la firma de la Carta de la Organización de las Naciones Unidas. El preámbulo de la Carta es idéntico al de la Constitución de Estados Unidos. Con todo, la Carta entró en vigor el 24 de octubre de 1945, con lo que nació la ONU, sucesora de la Sociedad de Naciones, disuelta oficialmente el 31 de julio de 1947.⁶

Uno de los méritos de la nueva organización, es que no incurrió en los errores de la Sociedad de Naciones, de donde fueron excluidas las potencias —Estados Unidos no formaba parte de la misma y la URSS fue expulsada el 14 de diciembre de 1939.⁷ Es verdad que en el seno del Consejo de Seguridad, las cinco naciones que poseen el poder de veto pueden impedir que se emprendan acciones contra sus intereses. Sin embargo, se prefirió esta opción a la paralización del orga-

nismo, que eventualmente podría llevar a una nueva conflagración de magnitudes insospechadas.

Características de la ONU

Los seis órganos principales de la Organización de las Naciones Unidas son: el Consejo de Seguridad, la Corte Internacional de Justicia, el Consejo de Administración Fiduciaria, el Consejo Económico y Social, la Secretaría y la Asamblea General. Todos ellos a excepción de la Corte residen en la sede de la ONU, en Nueva York, en la *United Nations Plaza* construida por la donación que para este fin efectuó Rockefeller. La sede de la Corte se encuentra en La Haya, Países Bajos.

Los idiomas oficiales de la ONU son: inglés, francés, ruso, chino y español.

Hay además, una serie de países que no son miembros de la ONU, ya sea por voluntad propia o por sanciones internacionales. En el primer caso se encuentra Suiza, que dada su conformación multiétnica y su *status* de neutralidad considera inadmisibles la membresía en el organismo. A pesar de ello, Suiza es sede de organismos complementarios o subsidiarios del Sistema de Naciones Unidas, entre los que cabe destacar al Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (UNHCR), la Conferencia de Comercio y Desarrollo de las Naciones Unidas (UNCTAD); la Oficina del Coordinador de las Naciones Unidas para la Ayuda en casos de Desastre (UNDRO); el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT); la Organización Internacional del Trabajo (OIT); la Organización Mundial de la Salud (OMS); la Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT); la Organización Meteorológica Mundial (OMM); la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual (OMPI) y la Comisión Económica para Europa (CE).⁸

Entre los países que no son miembros de la ONU figuran los creados por la República de Sudáfrica como Sudafrica, Transkei y Bophuthatswana, ya que las Naciones Unidas no los reconocen como Estados. Tampoco son miembros de la ONU la Santa Sede, Tonga, Tuvalu, Andorra, Taiwán, Kiribati, Corea del Norte, Corea del Sur, Liechtenstein, Mónaco, Nauru y San Marino.

El presupuesto bianual de la ONU para 1988-89 fue de \$ 1,788,746,300 dólares. Los principales contribuyentes de la ONU son 18 países que aportan el 83.19% de su presupuesto y destacan Estados Unidos con el 25%, la URSS con el 11.57%, Japón con el 11.38%, Alemania con el 8.08%, Francia con el 6.25% y el Reino Unido con el 4.86 por ciento. Hacia 1990 se habló de la bancarrota de la ONU, ya que Estados Unidos y la URSS dejaron de aportar sus cuotas a fin de presionar sobre la realización de reformas administrativas y la presentación de un presupuesto aproximado, que sería objeto de veto por los principales contribuyentes.

La ONU emplea a unas 26 278 personas de las cuales 9 046 son funcionarios de alto nivel y 17 232 son responsables de servicios generales. La Secretaría General ocupa a 13 595 individuos de este personal —divididos en 5 001 profesionales de alto nivel y 8 594 para servicios generales. ◇

⁴ *Ibidem*.

⁵ Aguirre de Carcer, Gonzalo. *Los documentos de Yalta*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1956, p. 151.

⁶ Colliard, Claude-Albert, *op. cit.*, p. 368.

⁷ *Ibidem*.

El orden internacional a fines del siglo XX

Introducción

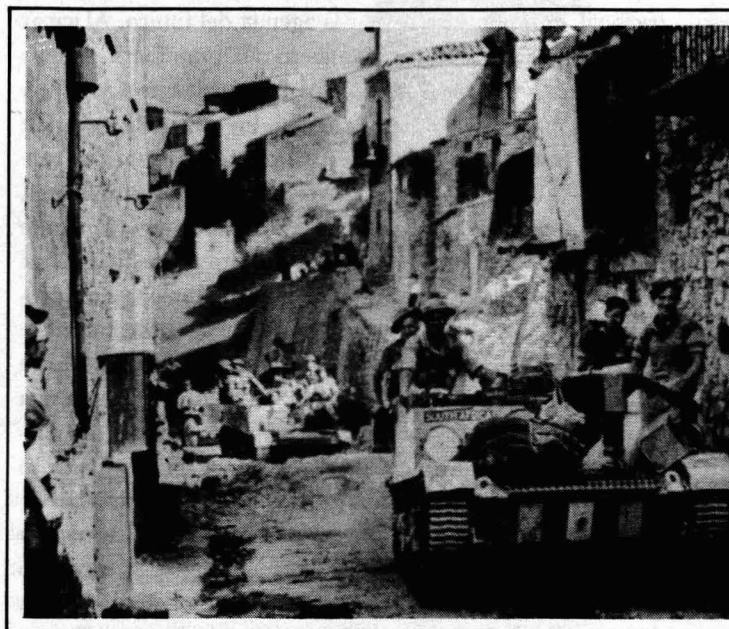
Los grandes cambios ocurridos a nivel internacional, principalmente aquellos relacionados con el mundo socialista, como son la Perestroika soviética y la desintegración del bloque socialista han conducido a muchos analistas a adelantar conclusiones que con el tiempo pueden resultar juicios prematuros o apresurados. Por ejemplo, hoy día se dice con frecuencia que tanto la bipolaridad como la guerra fría han terminado. Algunos han ido tan lejos como para aseverar que estamos asistiendo al fin de la historia, queriendo significar con ello que las confrontaciones político-ideológicas ya no habrán de existir en el futuro.

Habría que empezar por aclarar que guerra fría y bipolaridad son cosas distintas y que si bien la primera ha terminado, la segunda tiene su fundamento en tres tipos de factores: económico, político y militar y que independientemente de lo que haya sucedido con relación a los dos primeros, el mundo sigue siendo bipolar para efectos militares de tipo nuclear.

Otra conclusión que parece apresurada —fundamentalmente para el corto plazo— es la de que terminadas la bipolaridad y la guerra fría, el mundo transitará alegremente hacia un concierto multipolar en el que cada país podrá actuar conforme a su libre albedrío. A juzgar por lo que se ha visto con la guerra del Golfo Pérsico, la bipolaridad ha cedido el paso más bien, al menos para el corto plazo, a una hegemonía norteamericana.

A la luz de los sucesos contradictorios de hoy día, sería más prudente arribar a una conclusión provisional: el mundo político en el que actualmente nos movemos es un mundo en transición hacia un nuevo tipo de estructura que no sabemos todavía con seguridad cómo será.

Por ejemplo, si bien la bipolaridad económica ha terminado, cabe preguntar qué es lo que habrá de sustituirla: ¿una verdadera globalización de la economía o el surgimiento de bloques regionales? Lo que parece cierto y seguro es que una multipolaridad económica basada en países aislados ya no es realista. También es cierto que las tendencias del momento apuntan hacia la creación de bloques comerciales, en detrimento del libre comercio a nivel mundial, como lo predica el Acuerdo General sobre Comercio y Aranceles (GATT). Sin embargo, habrá que aguardar a la Ronda Uruguay para ver si esas tendencias se confirman.



Por otra parte tampoco se puede tener seguridad plena acerca de lo que va a ocurrir a mediano plazo en el terreno político. La Unión Soviética parece haber perdido voluntad de mantenerse en la competencia política a escala global a pesar de su poderío militar. El Japón es hoy día el líder mundial en materia económica, pero no está preparado aún, ni mental ni moralmente, para asumir un liderazgo político a nivel global. La Comunidad Europea empieza apenas, a pesar de su fuerza económica, a desarrollar un mínimo consenso en materia política a nivel comunitario. De aquí que su fuerza como comunidad integrada, o en otras palabras, su peso específico real en materia de política internacional, esté todavía por verse.

En virtud de lo anterior, parece que solamente queda Estados Unidos como único candidato viable al liderazgo mundial de hoy día. Esto es aún más realista a la luz de dos fenómenos recientes: la retirada de la Unión Soviética de la competencia política a nivel mundial y la contundente y rápida victoria de los Estados Unidos en la guerra del Golfo Pérsico. Estos hechos han llevado a concluir a ciertos observadores que asistimos hoy día a una nueva y más contundente hegemonía mundial de los Estados Unidos, algo que algunos observadores han dado en llamar “unipolaridad”.

Esto parece ser totalmente cierto por ahora. No obstante, es probable que esta sea una situación que no logre perdurar por mucho tiempo. Estados Unidos no cuenta con el respaldo económico suficiente que le permita mantener en el futuro el mismo grado de liderazgo que pudo ejercer durante la mayor parte de la posguerra. Sin embargo, es posible concluir que estamos entrando hoy día a un periodo en que la política internacional se habrá de guiar, no exclusivamente, pero sí principalmente por los criterios norteamericanos, o sea una especie de "Pax Americana" ampliada y renovada. Lo que es difícil discernir por ahora, es cuán largo será este nuevo periodo de "Pax Americana" ampliada.

Pero lo que fundamentalmente está en juego hoy día desde el punto de vista de la conformación de un nuevo orden internacional, es quién va a definir la agenda del futuro. Al ganar la guerra fría, Estados Unidos liberó una gran fuerza: fuerza de carácter material e ideológico. Esta fuerza está intacta y lista para emprender nuevas cruzadas. En otras palabras, gran parte del esfuerzo que Estados Unidos empleaba en confrontar a la Unión Soviética en términos económicos, militares, ideológicos y políticos, ha quedado sin enemigo al frente después de la retirada soviética. No tiene ya razón de ser. Casi repentinamente, todo un aparato militar, de espionaje, de propaganda, de cooperación económica, o sea un gran andamiaje diseñado para una política exterior de confrontación con otra gran potencia ha quedado obsoleto. Es natural que ante esta situación aquellos responsables de todo este aparato no quieran resignarse fácilmente a admitir su inutilidad y por lo tanto seguramente estarán dispuestos a apoyar nuevas cruzadas.

Ahora bien, muchos de los problemas de la nueva agenda ya existían. Lo que sucede es que, ante un mundo preocupado fundamentalmente por la seguridad internacional, definida ésta en términos casi estrictamente económicos y militares, estos otros asuntos habían quedado relegados a un segundo plano. Preocupadas las grandes potencias, principalmente Estados Unidos, por los problemas derivados de la confronta-

ción Este-Oeste, de su propia seguridad y de la subversión de los países periféricos, los otros asuntos habían quedado relegados a un segundo plano.

Hoy día la situación es distinta. La agenda internacional se está revisando y cambia de los problemas estratégicos de la guerra fría hacia los llamados asuntos globales. Entre los nuevos puntos de la agenda se cuentan los problemas del medio ambiente, como son el calentamiento del globo terráqueo, la conservación de selvas y bosques, la protección de especies de flora y fauna; los de salud pública, como son las drogas y el Sida; los de derechos humanos y políticos, como son la protección a minorías, reos y disidentes y la limpieza de los procesos electorales.

Dada la actual estructura política internacional, basada en la afirmación del poder de un solo contendiente, el problema principal para los países en desarrollo, y en nuestro caso para los de América Latina, es la de cómo influir en la conformación de la nueva agenda.

Por ejemplo, hay una tendencia a culpar a los países pobres por el calentamiento del globo terráqueo. La asociación entre pobreza y daños a la ecología es casi automática. Se dice con frecuencia que la economía de subsistencia emplea estrategias de producción que crean problemas en el ambiente y que a más de generar mayor pobreza, producen daños a nivel global tales como el efecto invernadero. No cabe duda que esto es verdad, pero también lo es el hecho de que son los países industriales con su enorme planta vehicular y sus grandes fábricas quienes mayores daños han causado al medio ambiente. Por otra parte, la guerra del Golfo Pérsico y el incendio de los pozos petroleros que causó, produjeron en unas cuantas semanas más daños ecológicos de los que todos los países en desarrollo pudieron producir conjuntamente en años.

Un verdadero orden internacional requiere del principio de la corresponsabilidad para obtener la legitimidad que da el consenso. De otra suerte debemos hablar más bien de un sistema internacional hegemónico más que de un nuevo orden internacional.

Se ha generado un consenso, con relación a los problemas ecológicos, en el sentido de que el futuro de la humanidad depende de la posibilidad de encontrar una fórmula práctica para aplicar el nuevo concepto de desarrollo sustentable. En otras palabras, encontrar la fórmula para una estrategia de crecimiento económico que, al tiempo que dé satisfacción a las necesidades de los habitantes del presente, no hipoteque para las futuras generaciones los recursos naturales y la calidad del medio ambiente.

Sin embargo, la aplicación de un proyecto de tal naturaleza, a escala mundial, sólo sería posible con base en la cooperación de todos los países industrializados. Si Estados Unidos cuenta con los requisitos para el liderazgo político y el Japón, por su lado, para el liderazgo económico y si por otra parte no existe ninguna rivalidad profunda que los separe, lo lógico sería que unieran sus fuerzas para la ejecución de este proyecto.

Esta asociación entre el poder político y el poder económico daría formalidad a una realidad presente y sin duda sentaría las bases para un nuevo y verdadero orden internacional. ◇



La ONU: Rejuvenecimiento o senilidad



Medio siglo de existencia puede ser muy poco tiempo en términos cósmicos, pero en relación a los procesos sociales, en esta época de transformaciones rápidas y profundas, cincuenta años equivalen a siglos de otras fases históricas. Para una institución social destinada a enmarcar fenómenos tan complejos como los de la sociedad internacional, ese lapso de tiempo puede significar caer en una irrelevancia total, o en la senilidad, si no hay un tratamiento enérgico que rejuvenezca a la institución.

En ese dilema se encuentra la Organización de Naciones Unidas, encajonada en esquemas de poder o de ignorancia. Unos, las principales potencias, desean mantenerla así, por la simple razón de que no ven necesidad alguna de cambiarla, ya que tienen la fuerza suficiente para hacer lo que quieren, incluyendo manipular a la Organización o inmovilizarla; otros, más débiles, extrapolan las actuales circunstancias a un escenario en donde una Organización con mayor eficacia seguiría siendo rehén del capricho de los fuertes.

En el primer caso, su postura es comprensible hasta cierto punto, si se piensa en términos de corto plazo. En el caso de los segundos, la situación ya resulta de más difícil comprensión si se piensa que, por un lado, los intereses que pretenden conservar ya no pueden defenderse con los actuales instrumentos que facilita la Organización o el mismo derecho internacional, y por otro lado, la futura situación depende del modo en que se lleve a cabo la reforma de la ONU, que muy pocos creen debería de perpetuar las fórmulas actuales.

Sería injusto e inexacto hacer un balance negativo de los años de vida de la Organización. Tal juicio partiría de la

afirmación de que no respondió a lo que se esperaba de ella, lo que sería equivalente a ignorar los supuestos en los que se basa la Organización, y los objetivos que se le fijaron inicialmente en la Carta. Por eso es importante recordar brevemente las circunstancias en las que nace y cuáles fueron las concepciones originales de la Organización.

1944 y 1945 fueron los años de la victoria aliada. Años de venganza (o justicia) e ilusión. Venganza, en el sentido de que la ONU fue una organización de los vencedores, que reflejó el hoy de aquel entonces, sin previsión del mañana, que para ser justos era muy difícil de prever. Ilusión, porque las grandes potencias pusieron en práctica un esquema oligárquico que creyeron iba a funcionar indefinidamente, con la misma ingenuidad con que lo habían creído los que en ocasiones similares, en épocas anteriores, tras las guerras napoleónicas o la Primera Guerra Mundial, intentaron fórmulas semejantes, con el Concierto Europeo o el grupo de las Principales Potencias Aliadas y Asociadas.

Los supuestos de la Carta son que la sociedad internacional es una sociedad de Estados soberanos e iguales, y que a través de ellos se llenan plenamente las necesidades sociales. Por ello a la Organización se le atribuían como fines principales garantizar al máximo la soberanía de los miembros (Art. 2,1 y Art. 2,7), con una serie de medidas para impedir el recurso a la guerra, que se ponía fuera de la ley (Art. 2, 3 y 4) y con algunas disposiciones orientadas al fomento de la cooperación internacional (Capítulo IX), concebida sólo como un instrumento adicional para prevenir la violencia en las relaciones internacionales.

Que desde el comienzo mismo y contra tales principios de soberanía e igualdad, en la Carta se consagrara la desigualdad, en una serie de disposiciones fundamentales, que legalizan la hegemonía de las (entonces todas ellas) grandes potencias, no ha moderado en nada el entusiasmo de los que recitan una parte e ignoran otra parte del documento constitutivo de la Organización.

Con poderes tan limitados como los que se le otorgaron, la ONU ha sido más un foro de discusión que un mecanismo de toma de decisiones. En él, se ventilan los intereses de los países miembros, en discusiones cuyo desenlace nunca refleja intereses comunes ni valores éticos universales, sino que solamente expresa la cambiante balanza del poder.



Por supuesto que la ONU ha sido algo más que un simple foro, y en ella han ido surgiendo ideas y fuerzas que ejercieron influencia en la configuración de nuestra época; pero la definición principal es la de foro, concepto que no entienden muchos, que demandan de ella más de lo que puede dar. A veces se la critica diciendo que ha sido incapaz de impedir algún abuso de la fuerza o que no ha adoptado medidas necesarias en materia de cooperación internacional, cuando lo correcto sería decir que los países miembros son los responsables de la inacción.

Dicho esto, sería necesario añadir que independientemente del texto de la Carta, hay una práctica de la Organización que, por la vía de los hechos, ha ido introduciendo algunas modificaciones que van de la no aplicación (equivalente a derogación) de normas obsoletas, como las de los artículos 53 y 107 (referencias a los Estados ex enemigos) a una interpretación tan elástica que equivale a una violación o una derogación, como ha sucedido con todas las decisiones relativas a la política de *apartheid*, en las que el criterio utilizado, de que tal política ponía en peligro la paz internacional, no puede ocultar el hecho de que las relaciones entre un gobierno y sus nacionales son típicas de lo que se consideraba originariamente como dominio reservado o competencia doméstica. Ello dejando aparte las evidentes razones éticas en contra de las políticas racistas. Pero ese no ha sido el único caso en que

la Organización se saltó la estricta interpretación de la letra de la Carta. Podríamos mencionar también otros casos, en los que de una forma u otra hubo acciones que interfirieron con diversos pretextos en asuntos que sería difícil no calificar como internos: guerra del Congo, asunto de Biafra, etc.

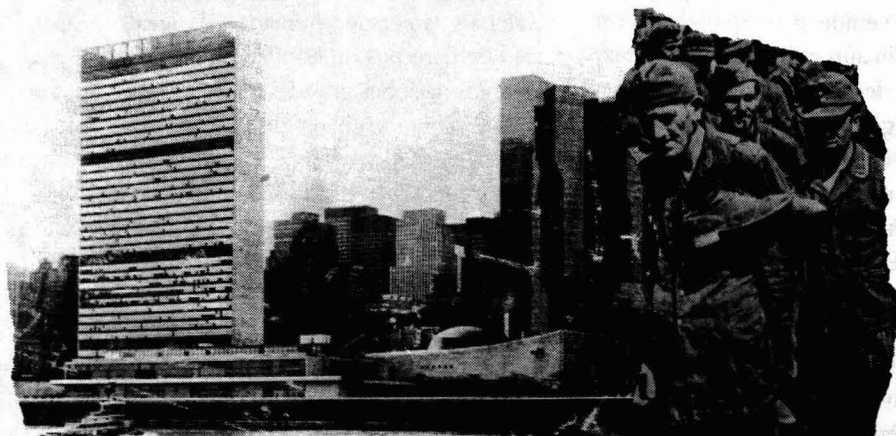
El problema principal que la Organización enfrenta en este momento, sin embargo, no es el del mantenimiento de la paz y seguridad internacionales en el sentido clásico, con todo lo importante que pueda ser. El problema más serio es la incapacidad de la Organización para enfrentarse a los retos del siglo XXI, en el terreno de la cooperación. La creciente globalización, en efecto, ha acelerado el proceso de interdependencia de tal forma que una parte creciente de los problemas sociales (de los del medio ambiente a los económicos, pasando por los culturales derivados del uso de los medios de comunicación de masas) tienen una dimensión universal que impide las soluciones individuales y hace insuficientes las que surgen de la negociación internacional, de las que no sale necesariamente una solución sino la resultante de las fuerzas en presencia.

Ante esta problemática, hay una actitud conservadora, de afirmar la permanente validez de la Carta de Naciones Unidas, aunque se reconozca que la Organización no funciona adecuadamente. Se trataría según esta corriente, de una crisis funcional y no estructural. De modo contrario, algunos creemos que las posibilidades de la Organización están agotadas y un salto cuantitativo sólo sería posible mediante una transformación radical de la Carta, para reflejar los cambios de la sociedad internacional producidos desde hace medio siglo, y para capacitar a la Organización para enfrentarse a los problemas nuevos.

La propuesta de modificaciones requeriría un análisis más amplio que lo que nos permite la longitud de este breve ensayo, pero podríamos enunciar un corto sumario de reformas: el Artículo 2, al menos en sus párrafos 1 y 7, para tomar en cuenta los intereses generales, democráticamente definidos; la eliminación de las disposiciones discriminatorias de los artículos 53 y 107; la supresión de un órgano, el Consejo de Administración Fiduciaria, que no cumple ya una finalidad importante; la transformación de la Asamblea General, para permitir la participación de los pueblos que todavía quedan fuera, introduciendo alguna fórmula de voto ponderado, y elevando sus facultades hasta convertirla en el órgano principal; la transformación del Consejo de Seguridad, modificando el número de miembros, la distribución entre permanentes y elegidos, y el ejercicio del derecho de veto, que quizá fuera conveniente conservar, en asuntos relativos a la paz y seguridad internacionales; la toma en consideración de las organizaciones internacionales de cooperación y muy particularmente las zonas de integración.

Para concluir, bastaría invocar el sentido común, y recordar que las instituciones son productos sociales cuya vigencia depende de la exactitud con la que reflejen la realidad social. ¿Podría decirse que la realidad de 1991 no es radicalmente distinta de la de las cuatro décadas anteriores? De la respuesta que se dé depende la respuesta a la pregunta de si la ONU conserva plena vigencia, medio siglo después de su nacimiento. ◇

Las Naciones Unidas en la encrucijada: cambio o regresión



Los indudablemente trascendentales acontecimientos que al inicio del último decenio del siglo xx se encuentran en pleno desarrollo implican una mayor celeridad en la transformación de la sociedad internacional; sin embargo, estos procesos y sucesos asombrosos e inusuales no han sido analizados y comprendidos cabalmente, ni mucho menos están siendo aprovechados en toda su magnitud y significado para preparar mejor su entrada en el tercer milenio.

La transparencia informativa¹, la reestructuración² y la democratización socialista, como respuesta a las vicisitudes de la Unión Soviética y los demás países de Europa Central y Oriental; el repunte del conservadurismo o neoliberalismo, para enfrentar la recesión económica de Estados Unidos y algunos de sus asociados, y el excesivo vigor relativo alcanzado bajo su protección y apoyo por dos de sus principales "aliados", curiosamente los perdedores y declarados culpables de la Segunda

Guerra Mundial y sus horrores, son los ejes de tales sucesos, que en sus respectivos sistemas ideológico-políticos son convergentes y se entrelazan estrechamente: la reducción de la injerencia del gobierno en la economía, con la consecuente marginación de los sectores público y social; la obsesión privatizadora, así como de protección prioritaria de la propiedad privada; la máxima liberalización de la economía, y la instauración o consolidación, según el caso, de una economía de mercado.

Estos hechos han sido objeto rápidamente de todo tipo de elucubraciones y suposiciones simplistas y descabelladas, como las del "fin de la historia", del "mundo unipolar" y del "nuevo orden mundial", que obviamente sirven intereses políticos del principal país emisor y manipulador, Estados Unidos, y secundariamente de sus allegados y subordinados, con un doble fin: como parte de una masiva campaña propagandística tendiente a soslayar y encubrir sus propios errores e infortunios, y proclamar falsamente la derrota del socialismo por el capitalismo. Los resultados de tales propósitos son evidentes, pues

estas creencias están siendo dócil e irreflexivamente asimiladas y emuladas por doquier; pero si bien esto es concebible que suceda en los países capitalistas industrializados, no lo es de ninguna manera en los países capitalistas en desarrollo que, como el nuestro, han estado subsidiando el progreso y la riqueza de aquéllos, a costa de la pobreza y hasta miseria de sus propios pueblos.

El papel aparentemente protagónico desempeñado por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en relación a la "guerra" del Golfo Pérsico, que opacó una meritoria acción emprendida por la organización unos cuantos meses antes respecto de la independencia de Namibia, la ha puesto nuevamente en la palestra. Las discusiones, recriminaciones y parabienes por su actuación se han sucedido ininterrumpidamente, aunque, como es lógico, vayan disminuyendo en su vigor y pasión. No obstante, está claro que de no responder a las expectativas que han despertado, las Naciones Unidas pasarán a la vida vegetativa en la que casi han estado inmersas al menos en las dos últimas décadas, desperdiciando una excelente

¹ En ruso: Glasnost.

² En ruso: Perestroika.

oportunidad de asumir una posición autónoma activa de vanguardia.

También es indudable que no me refiero a que el organismo propiamente dicho, independientemente de los países que lo componen, decida y efectúe las medidas apropiadas para el caso, ya que éste no es autónomo y, por lo tanto, no puede ser y hacer más que lo que los gobiernos de los Estados miembros quieran y estén dispuestos a acometer. Exactamente como sucedió con su predecesora, la Sociedad de las Naciones (SDN), y acontecerá con cualquier otra institución venidera.

Es por ello aún más importante tomar conciencia de que en la sociedad internacional sigue prevaleciendo el poder³ sobre el derecho, a pesar de los indudables pero muy lentos avances de éste, cuya eficiencia y efectividad son incansablemente rebasadas o utilizadas por aquél, al que no se puede dejar actuar libre e impunemente, ya que siempre será en perjuicio de los países menos fuertes y avanzados.

Ciertamente la sociedad internacional actual requiere de una más vigorosa y dinámica organización mundial, pero que también sea más democrática y plural, en la que puedan realmente participar todos sus miembros por igual, compartiendo las responsabilidades y los beneficios, para encaminarla firmemente, mediante la sinergia de los esfuerzos de todos los países, hacia la construcción de una sociedad más igualitaria, justa y avanzada, en la que no tengan cabida ni el poder y la hegemonía, ni la opulencia o la miseria.

La Organización de las Naciones Unidas ha vivido una etapa en la que sólo se ha podido cumplir con el primer objetivo de su creación por las principales potencias aliadas durante la Segunda Guerra Mundial, tal vez el más importante en aquellos momentos y los inmediatos: evitar el estallido de una nueva guerra mundial a causa del enfrentamiento militar de las superpotencias emergentes. De cualquier manera ésta no ha sido sino una consecución parcial, ya que el "flagelo de la guerra" ha se-

guido rondando por casi todas las latitudes del planeta, causando en más de 150 conflictos militares enormes estragos en vidas y recursos, si bien de manera restringida y desperdigada.

El resto de las finalidades de las Naciones Unidas, claramente enunciadas en el Preámbulo de su Carta constitutiva, siguen esperando su turno de realización, ante la desesperación y el escepticismo de la mayoría de los pueblos del mundo:

- hacer prevalecer los derechos fundamentales del hombre, la dignidad y el valor de la persona humana y la igualdad de derechos de hombres y mujeres y de las naciones grandes y pequeñas;

- crear un régimen de justicia y de respeto por el derecho;

- promover el progreso económico y social y elevar el nivel de vida de todos los pueblos dentro de un concepto más amplio de libertad;

- ejercer la tolerancia y convivir en paz como buenos vecinos;

- mantener unidas la paz y la seguridad internacionales;

- asegurar que no se use la fuerza sino en servicio del interés común.

El nuevo orden mundial a que aspiran los individuos y las naciones, después de sobrevivir, debe forzosamente estar fincado en logros sustanciales, raudos y duraderos, en todos los ámbitos anteriores, para dar sentido y objeto a la humanidad y la vida mismas. La acción de las Naciones Unidas en todos estos campos ha sido importante pero no suficiente, por ello es un clamor general el que para un nuevo orden mundial es vitalmente importante que las Naciones Unidas sean más fuertes y más efectivas.⁴

Al impedir la Tercera Guerra Mundial se ha mantenido la supervivencia de la humanidad, pero de manera muy precaria, ya que el deterioro de la biósfera, causado en gran parte como resultado de lo que consideramos el "progreso" o sus consecuencias: el agujero en la capa de ozono, el efecto de invernadero, la lluvia ácida, las incontables formas de contaminación terrestre, ma-

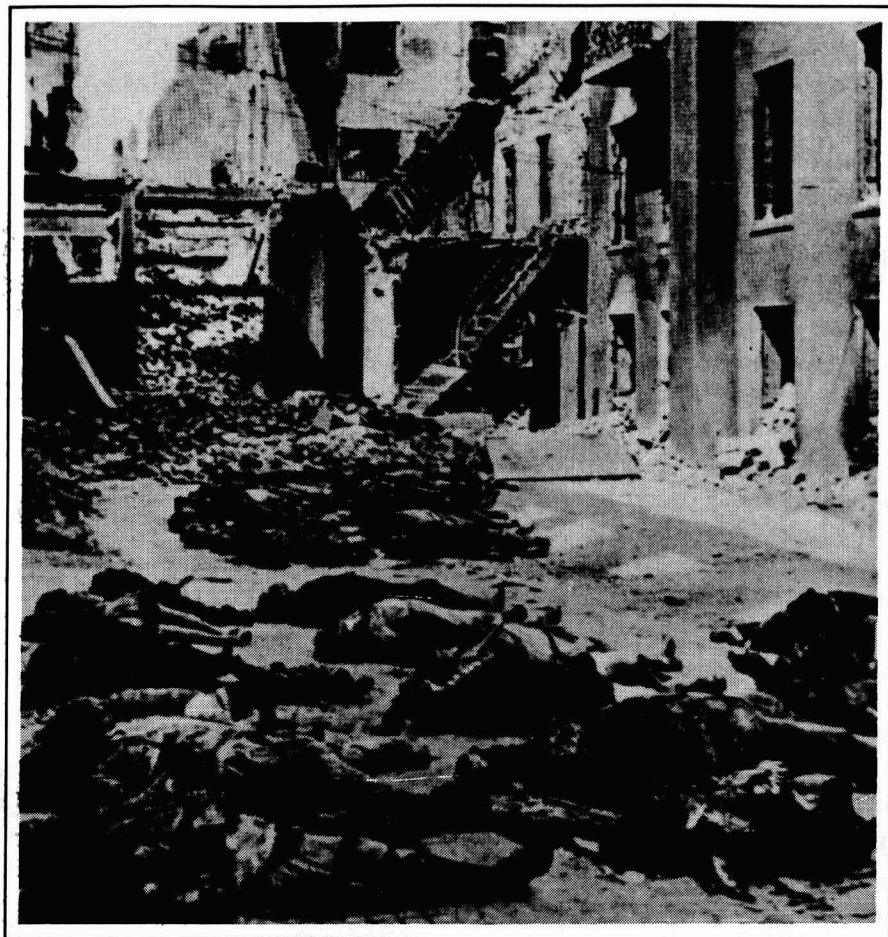
rina y aérea, etcétera, junto con el armamentismo y las nuevas o recurrentes plagas que asolan permanentemente la Tierra, es tan alarmante que significa un altísimo riesgo para toda forma de vida, tanto o más que la equivalente amenaza de aniquilación por armas nucleares u otros artefactos de destrucción masiva.

Las grandes potencias han usado, desdeñado y hasta castigado a la Organización en función del servicio que ha podido prestar a sus particulares intereses. Ha sido tribuna ideológica, terreno para la subversión, la extorsión y el espionaje, así como también campo de lances, escarceos y acuerdos. Desgraciada pero lógicamente se han cuidado de mantener sus principales negociaciones al margen de las Naciones Unidas, actuando primero individualmente y luego en forma colectiva, y dejando en algunas ocasiones que la continuación de cierta parte del trabajo se efectúe en la Organización.

Así, a partir de la Crisis de los cohetes en Cuba, en octubre de 1962, se empezó a desarrollar la *entente* hegemónica o entendimiento norteamericano-soviético, del que se derivaron los primeros acuerdos de control de armas y desarme, como el Tratado de Moscú, de 1963, de proscripción parcial de pruebas nucleares; el Tratado de no Proliferación de armas nucleares, de 1968; el Tratado que prohíbe el emplazamiento de armas nucleares u otras armas de destrucción en masa en el fondo de los mares y océanos, y su subsuelo, de 1971; o los Tratados que establecen la misma prohibición en el espacio exterior, la Luna y demás cuerpos celestes, de 1967 y 1979; para no referirnos sino a los más importantes que fueron convertidos en multilaterales por así convenir a las superpotencias; a diferencia de los producidos también en el plano bilateral, como resultado de las Pláticas sobre la limitación de las armas estratégicas (PLAE I y II), actualmente sustituidas por las Pláticas para la reducción de las armas estratégicas (PRAE), todavía sin resultados formales, de los relativos al desmantelamiento de los cohetes de alcance intermedio y corto en Europa, así como de los derivados de la extensión del proceso de relajamiento

³ Ver Hernández-Vela S., Edmundo; *Diccionario de Política Internacional*, Editorial Porrúa, México, 1988, pp. 194-195.

⁴ PMO; *Common responsibility in the 1990's. The Stockholm Initiative on Global security and governance*. Prime Minister Office, Stockholm, april 22, 1991, p. 12.



de tensiones internacionales a los integrantes de sus respectivas organizaciones militares, conocido como de Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), cuyo punto de partida convencional es el Acta Final de Helsinki, de 1975, pero que no han tenido su continuación dentro de la ONU.

Desde 1971, cuando Estados Unidos perdió el "control" de la Asamblea General y se vio obligado a reconocer al régimen de Pekín, en detrimento del de Taipé, como legítimo representante de China en las Naciones Unidas, la superpotencia se agazapó en el Consejo de Seguridad amparada en la utilidad de su veto y, acicateada también por sus ya crecientes problemas económicos que la llevaron a retirar la convertibilidad del dólar en oro, optó por contraer progresivamente sus aportaciones a la institución, conforme las líneas generales de ésta se apartasen de las suyas, y continuar ejerciendo lo esencial de su política exterior al margen de la ONU, prácticamente hasta que tuvo nuevamente la oportunidad de emplearla como eficaz instrumento en la Guerra

de Iraq y Kuwait, en forma relativamente parecida a como lo había hecho en la Guerra de Corea.

Caso especial es el de la política económica estadounidense, ya que por razones casi naturales los organismos especializados económicos de la ONU: Fondo Monetario Internacional (FMI), Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF) o Banco Mundial, y Acuerdo General de Aranceles Aduaneros y Comercio (AGAAC) han sido neoliberales del hegemon capitalista, tanto directamente como por medio de grupos foráneos, como los de los Siete o los Diez países capitalistas más ricos del mundo, en nítido perjuicio de los países capitalistas de menor desarrollo, extendiendo su influjo hasta los países socialistas.

La Unión Soviética, por su parte, desde 1950, a raíz de su lamentable experiencia sufrida en relación a la referida cuestión coreana, por haberse ausentado temporalmente de su exclusivo asiento en el Consejo de Seguridad como protesta por el no reconocimiento del régimen de Pekín, también se aferró

con desconfianza a su sillón permanente y a su privilegio de vetar cualquier acción de dicho órgano que le pudiera afectar, y siempre se opuso a la existencia de un Secretario General fuerte y poderoso, mientras competía con su archienemigo por obtener el mayor número posible de los más altos puestos de la administración onusiana.

Para los países en desarrollo, en cambio, la ONU sólo ha podido ser un limitado foro de lucha casi siempre desigual, desventajosa y estéril, en el que con escasas excepciones han tratado esperanzadora pero vanamente de hacer valer frente a los países industrializados sus reivindicaciones en todas las esferas, así como una muy tentadora tribuna para la catarsis de sus planideras lamentaciones y tribulaciones. Los países desarrollados los han mediatizado en cumplimiento de sus intereses o, cuando menos, han neutralizado sus tibios y aislados o desordenados esfuerzos por resistir a la subyugación y el dominio; además, con no poca frecuencia se han enfrentado entre ellos mismos, ya sea para atacar y escarnecer, por cuenta de sus antiguas o nuevas metrópolis, a los que digna y valientemente se atreven a oponerse a los poderosos y defender sus derechos, o para obtener los costosos mendrugos que les arrojan de vez en cuando sus antiguas o nuevas metrópolis.

A pesar de sus enormes limitaciones y sus pequeños grandes éxitos, la Organización de las Naciones Unidas sigue siendo la mejor alternativa para todos los Estados, débiles y poderosos, pobres y ricos, para establecer un régimen universal de derecho, justicia social y desarrollo sostenido más favorable y equitativo para todas las naciones. Pero depende de ellas mismas, a través de sus propios gobiernos, el acordar y tomar las medidas pertinentes para que la ONU pueda realizar plenamente ese complicado y arduo cometido. Es un hecho también que cada país o grupo de ellos seguirá tratando de influir para que se siga el rumbo que más les convenga, pero esta labor no la podrán hacer unos sin el concurso de los otros, es una tarea de todos, en la que cada entidad tiene su propia responsabilidad y parte a cumplir.

En ese sentido contrastan las tendencias de los países desarrollados, cuyo interés principal se centra no sólo en la necesidad de no perder su posición de dominio a través de la organización mundial, sino de seguir mejorando su condición y rendimiento, con las de los países en vías de desarrollo, ávidos e impacientes de cambios sustanciales de la institución que le permitan responder pronta y eficientemente a sus inaplazables requerimientos.

Así, los países industriales sólo abogan parcialmente por modificaciones de carácter puramente formal⁵: reducir drásticamente el burocratismo y los gastos; suprimir la mayor parte de las 25 Subsecretarías y los 18 Asistentes del Secretario General, además de algunas Comisiones de la Asamblea General; limitar a 30 o 40 los tópicos de la Agenda anual de la Asamblea General, actualmente elevados a 150; impedir la duplicación de funciones y comisiones de los organismos especializados, incluso entre, *vgr.* el Consejo Económico y Social y la Asamblea General, al remitir a ésta la toma de decisiones sobre los asuntos tan largamente debatidos; revertir algunas enmiendas ya efectuadas, como la concerniente a elevar a 54 los miembros del Consejo Económico y Social; establecer criterios de selección de los funcionarios administrativos de la organización, incluyendo al Secretario General, basados más en ciertos rasgos y características de su preparación profesional, que en su habilidad diplomática y consideraciones de índole política; etcétera.

Otras instituciones⁶ centran sus preocupaciones en la calidad y capacidad de los funcionarios —a todos los niveles— de la única administración pública universal de la humanidad, ya que consideran que en última instancia ésta será un factor determinante en la capacidad del sistema de las Naciones Unidas para aportar al mundo el tipo de conducción y de servicio que va a necesitar para

orientar su problemático periplo hacia el próximo siglo.

Es indudable que estas medidas y muchas otras del mismo carácter podrían ayudar a mejorar el desempeño de una organización que ha crecido enormemente, al grado de contar con aproximadamente 55 000 personas laborando en sus sedes principales en tres ciudades y en una red de dependencias, agencias y oficinas en muchas otras, repartidas en todo el orbe. Pero es innegable que únicamente tienden al eficientismo de lo ya establecido, resguardando y fortaleciendo la posición de privilegio de las potencias, y que de ninguna manera persiguen una transformación institucional global y profunda, que influya amplia y decididamente en la construcción de una verdaderamente nueva y mejor sociedad internacional.

Por nuestra parte, algunos de los principales cambios que consideramos imprescindibles son los siguientes:

1. Asamblea General (AG):

1.1. La ampliación de sus funciones y poderes, principalmente en lo relativo a su capacidad de decisión, en concordancia con la del Consejo de Seguridad.

1.1.1. Es de particular importancia su actuación en el nombramiento del Secretario General de la Organización, ya que la Asamblea General es la que debería elegirlo o, cuando menos podría asumir, llegado el caso, su responsabilidad efectiva de rechazar la asignación recomendada por el Consejo de Seguridad.

1.2. Una mayor capacidad de acción y menos retórica, ya que no sólo debe tratar y discutir los asuntos, ni únicamente recibir y considerar los informes de los demás órganos de la ONU.

1.3. La obligatoriedad del cumplimiento de sus decisiones y una mayor autoridad de sus recomendaciones.

1.4. Hacer efectiva la igualdad de todos los miembros de la organización en cualquier circunstancia, jurídica, política, económica y social, así como en todas sus instancias.

1.5. Abandonar la división de cuestiones importantes o no para el sistema de votación.

2. Consejo de Seguridad (CS):

2.1. Tender a su democratización y despojarlo de su carácter aristocratizante y discriminatorio:

2.1.1. Estableciendo un solo tipo de miembros, elegidos periódicamente sin posibilidad de reelección inmediata, con lo que ya no habría miembros permanentes; y

2.1.2. suprimiendo el derecho de veto; lo que, para vencer la segura y decidida oposición de las grandes potencias, podría efectuarse progresiva y selectivamente, de acuerdo a un programa y un calendario preestablecidos.

2.2. Implantar un solo tipo de votación por mayoría de nueve votos en cualquier tipo de cuestión, ya fuera de procedimiento o no.



⁵ V. gr. SF: *The United Nations: Structure and Leadership for a New Era*. The Stanley Foundation, Iowa, 1991.

⁶ Urquhart, Brian y Childers, Erskine: *Un mundo en necesidad de conducción: las Naciones Unidas del mañana*. Development Dialogue. Fundación Dag Hammarskjöld, Uppsala, 1990.

2.3. Mayor coordinación con la Asamblea General, sobre todo en las cuestiones que requieren obrar pronta y efectivamente.

2.4. Reforzar su obligatoriedad y capacidad de acción en virtud del Capítulo VI de la Carta, relativo al Arreglo pacífico de controversias, imprescindible y con absoluta prioridad, en caso de cualquier controversia o situación que pueda poner en peligro el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales.

2.5 En beneficio de las medidas de solución pacífica de controversias es forzoso establecer con exactitud la naturaleza, características, funciones, atribuciones, líneas de mando, etcétera, de las Fuerzas de mantenimiento de la paz, o de Observación, de las Naciones Uni-

das, ya que si bien es cierto que su actuación desde 1948 ha sido sobresaliente, por lo menos en los casos de Chipre y Líbano no pudieron evitar la comisión de los hechos cuya presencia trataba de impedir.

2.6. Única y exclusivamente en ocasión del fracaso o la insuficiencia de las medidas de solución pacífica deberán poder aplicarse acciones en cumplimiento de lo dispuesto en el Capítulo VII de la Carta, pero sin permitir a un solo país o grupo de ellos tomar la ley en sus manos; para esto último es necesario suprimir la frase final del primer párrafo del Artículo 48 de la Carta.

2.7. En tal caso, es imperioso también que se precise y aclare definitivamente que cualquier acción de las Naciones Unidas que implique el uso o amenaza del uso de la fuerza contra algún país, debe ser aplicada gradual y proporcionadamente y, sobre todo, requiere ser emprendida exclusivamente por una Fuerza de las Naciones Unidas, organizada oportunamente y dirigida por el Comité de Estado Mayor, bajo el comando del Consejo de Seguridad en pleno, a cuyo establecimiento se refiere el Artículo 47 de la Carta.

2.8. Es igualmente de fundamental importancia que se asegure el cumplimiento de lo dispuesto en el Artículo 53 de la Carta, respecto a la autorización que requieren del Consejo de Seguridad los organismos regionales que pretenden aplicar medidas coercitivas bajo su autoridad, con el fin de impedir las acciones punitivas de los países poderosos en contra de aquellos que tratan de resistir a sus presiones y amenazas. V. gr. el caso de la Organización de Estados Americanos en la cuestión cubana.

3. El Consejo Económico y Social (CES):

3.1. Se le debe conferir la capacidad de decisión y de acción, sin menoscabo de la necesaria dirección del Secretario General y la correspondiente coordinación con la Asamblea General y los demás órganos principales de la Organización. Esto se efectuará seguramente a expensas de la actual retórica surgida de la desesperanza y la impotencia, ante

la ineffectividad de la mayoría de sus deliberaciones.

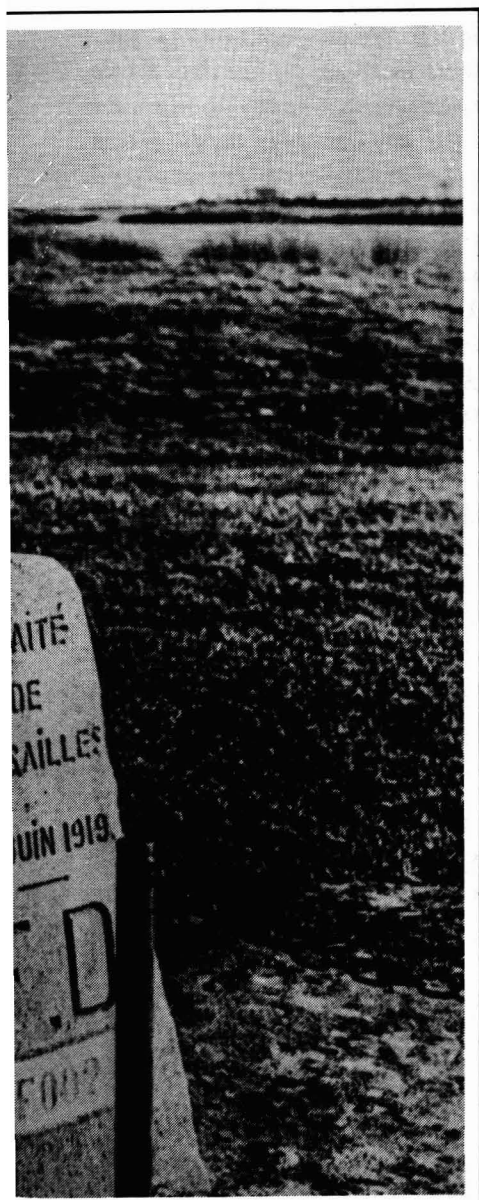
3.2. Los grupos emanados del CES, como el Grupo de los Veinticuatro, deben tener la debida representación y autoridad institucionales ante los organismos especializados que se vinculan con él de acuerdo a lo dispuesto en el Artículo 63 de la Carta, y muy especialmente de los económicos, donde hasta ahora tienen mayor peso e influencia instancias externas como el Grupo de los Diez o el Grupo de los Siete.

3.3. Respetar y consolidar la autonomía de decisión y acción de los organismos especializados, bajo la coordinación del Consejo Económico y Social, dotándolos de los recursos suficientes necesarios para el mejor cumplimiento de sus muy importantes funciones y objetivos.

La labor de estas instituciones ha sido ejemplar en muchos casos, como en el de la Organización Mundial de la Salud, que ha erradicado la viruela del planeta, pero cuya tarea y responsabilidad son gigantescas frente al exiguo presupuesto con que cuenta para luchar contra plagas universales como el Síndrome de inmunodeficiencia adquirida (SIDA) o el cólera; o el de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, cuya acción había llegado a ser tan efectiva en ciertos aspectos que fue "castigada" por Estados Unidos, primero no pagando sus cuotas y después retirándose de la institución.

Gran parte de dichos recursos podrían provenir de los que ahora se dedican al armamentismo, ya que los gastos mundiales en armas alcanzan cifras astronómicas: casi un billón (un millón de millones) de dólares. Este inconcebible despilfarro se ha demostrado al sufragar los apoyadores de Estados Unidos su campaña militar contra Iraq, que les ha significado hasta ahora más de 40,000 millones de dólares, sin considerar los costos de la destrucción y la reconstrucción en Iraq y Kuwait. Los mismos países patrocinadores de tales atrocidades escatiman sin pudicia cualquier cooperación, por mínima que sea, que tenga por fin enfrentar los graves problemas que padece gran parte del mundo en desarrollo.

Asimismo se deberían armonizar los



mecanismos y procedimientos para la elección de los Jefes ejecutivos y principales funcionarios de los quince Organismos Especializados y los de los Fondos y Programas de las Naciones Unidas, al igual que las características de sus mandatos, asimilándolos a los del Secretario General de las Naciones Unidas.

4. La Corte Internacional de Justicia (CIJ):

4.1. Reforzar su apego irrestricto al Derecho Internacional en todas sus corrientes y escuelas.

4.2. Implantar su jurisdicción obligatoria para todos los miembros de la Organización de las Naciones Unidas, incluyendo lo relativo a las opiniones consultivas.

4.3. Asegurar la mejor representatividad de todos los Estados y sistemas jurídicos, mediante un mecanismo de elección de sus integrantes más adecuado.

4.4. Que el Consejo de Seguridad apoye y vigile apropiadamente la ejecución de sus decisiones, para lograr que su acción sea más decisiva en lo concerniente al Arreglo pacífico de controversias, estipulado en el Capítulo VI de la Carta, sin restricción exclusiva a las de orden expresamente jurídico.

4.5. Establecer un sistema coherente de sanciones aplicables a los países que no cumplan los fallos de la Corte.

5. La Secretaría:

5.1. La principal cuestión se refiere al *Secretario General* (SG), y a su papel y desempeño; sobre todo a la luz de la muy controvertida actuación del actual Jefe Ejecutivo de la ONU durante los acontecimientos recientes en el Golfo Pérsico, así como por el ya inminente confuso y difícil proceso de sustitución del mismo.

Es interesante aquí referir las generalizaciones que se pueden hacer sobre el desempeño ideal del cargo de Secretario General⁷, que muestran fielmente cuán complejo y difícil resulta tan

elevado cargo, así como la enorme importancia y trascendencia de que la elección recaiga en la persona más idónea: el Secretario General debería, al mismo tiempo, contar con la confianza de los gobiernos y ser una inspiración para los pueblos del mundo; ser asistido por un equipo brillante, coherente y progresista procedente de diferentes disciplinas; ser un dirigente atrevido, un maestro de la delegación organizada y un diplomático prudente; ser independiente y no tener miedo, cuando fuese necesario, de incomodar a una superpotencia o a un grupo numeroso de Estados miembros; estar profundamente comprometido con la erradicación de la pobreza; saber cuándo adoptar iniciativas y cuándo mantenerse en reserva; generar nuevas ideas y ser receptivo a ellas y capaz de seguirlas; ser el principal mediador e intermediario honesto del mundo en las controversias entre gobiernos; etcétera. Aunque el cargo dispone de muy poco poder real, brinda enormes posibilidades de ejercer influencia.

5.1.1. Por ello, es imprescindible que se respalde su investidura, y se especifique en la Carta de las Naciones Unidas su carácter político y administrativo preeminente, de manera que cuente con la mayor autonomía y libertad posibles y pueda ejercer un papel más dinámico, constructivo y decisivo como director y coordinador de toda la organización, incluyendo a los organismos especializados;

5.1.2. ser elegido por procedimientos claramente definidos, especificados y programados, por medio de una Comisión *ad hoc* de búsqueda de candidatos, u otro mecanismo apropiado, que impidan que la influencia de las potencias comprometa su autonomía e impliquen su igual representatividad de todos los países miembros, grandes y pequeños, desarrollados y en desarrollo;

5.1.3. definir lo relativo a la duración de su encargo; para lo cual sería conveniente retomar la propuesta mexicana hecha en 1945 en San Francisco, de establecer un mandato de 7 a 10 años, no renovable;

5.1.4. tener mayor libertad para elegir a sus principales colaboradores, en quienes pudiera delegar confiada y

eficazmente algunas de sus responsabilidades, para cuyo cumplimiento deberían ser aprobados por la Asamblea General y estar dotados de los poderes necesarios. Probablemente serían útiles otros grupos *ad hoc* de búsqueda, dentro de los parámetros de distribución geográfica equitativa, preparación, capacidad, experiencia y prestigio internacionales.

5.2. De igual manera, sería conveniente establecer la posibilidad de remoción de funcionarios, de todos los rangos, ya sea por incapacidad manifiesta, negligencia grave, o utilización indebida de su cargo.

A sus 46 años de existencia éstos y otros cambios se hacen imprescindibles no sólo para que la Organización de las Naciones Unidas sobreviva, sino para que esté en condiciones óptimas para desempeñar exitosamente el papel que le corresponde en una sociedad internacional cada vez más amplia, compleja, dinámica e interrelacionada, que reclama con creciente angustia e intensidad cambios sustanciales que vayan más allá de las enmiendas de 1963 y 1965, que sólo afectaron levemente su maquillaje.

La maquinaria transformadora, establecida en el Artículo 109 de la Carta, debe ser puesta en marcha lo más pronto posible. Ésta será sin duda una labor muy ardua y compleja que deberá seguramente realizarse por etapas; sin embargo, en lo esencial, lo concerniente a las funciones y los poderes de la Asamblea General, del Consejo de Seguridad y el Secretario General, prioritariamente, su requerimiento es un imperativo que no puede seguirse postergando.

Es por ello que países como México, que gozan de un amplio prestigio mundial como naciones amantes de la paz, respetuosas del derecho internacional y promotoras permanentes de la cooperación en todas sus formas entre los diversos pueblos del mundo, conscientes de la enorme necesidad y el trascendente significado de una radical e inmediata reforma de los aspectos estructurales y políticos fundamentales de las Naciones Unidas, comparten la insoslayable responsabilidad de promoverla e impulsarla decididamente. ♦

⁷ *Ibidem*, pp. 24-25.

Las Naciones Unidas de fin de siglo: oportunidades y retos

Dentro de los cambios notables ocurridos en la política internacional durante los últimos años se encuentra la ampliación de los márgenes de acción para las Naciones Unidas. Después de un periodo de crisis, situado a mediados de los años ochenta, cuando pareció profundizarse el escepticismo ante el papel de las Naciones Unidas en la vida internacional, la Organización ingresó en el decenio de los noventa como un actor destacado, a quien se ofrecen grandes oportunidades para incidir en el curso de los acontecimientos mundiales.

La mayor visibilidad adquirida por la ONU puede tener el efecto contraproducente de invitarnos a olvidar los motivos de cautela. Compartimos la confianza en el fortalecimiento de las Naciones Unidas, pero estamos atentos a los peligros que la acechan, como pudiera ser el deterioro de su vocación democrática o la tentación de caer en tendencias intervencionistas bajo el pretexto de actuar en nombre de los grandes valores de la civilización.

Si las Naciones Unidas ha de aprovechar las oportunidades que le ofrece el fin de la era bipolar, es imprescindible que sus acciones se normen por los principios y objetivos establecidos en su Carta Constitutiva.

Hay cuatro áreas en las que su actividad es particularmente promisoria.

La primera de ellas se encuentra en el terreno de la paz y la seguridad internacionales.

El fin de la guerra fría confirió al Consejo de Seguridad —quizá por vez primera en la historia de la Organización— condiciones para adoptar diversas medidas destinadas a enfrentar los problemas derivados del quebrantamiento de la paz. Las medidas que mayormente han capturado la imaginación de la opinión pública han sido las relativas al conflicto del Golfo Pérsico.

Debemos insistir, sin embargo, que ellas no agotan la intensa labor llevada a cabo por las Naciones Unidas en los últimos años para encontrar solución a conflictos regionales. En efecto, bajo los auspicios de la Organización están funcionando mecanismos de mediación gracias a los cuales se han logrado avances, que hasta hace poco parecían imposibles, en difíciles procesos de reconciliación nacional, como es el caso de El Salvador.

En otro orden de cosas, las Operaciones para el Mantenimiento de la Paz de las Naciones Unidas se han multiplicado,



convirtiéndose en una pieza central para el cumplimiento de los acuerdos de paz. Cerca de nuestras fronteras, en la región de Centroamérica, las Naciones Unidas, a través de tres operativos (ONUCA, ONUVEN Y CIAV) han estado profundamente involucradas en la puesta en práctica del complejo proceso de pacificación establecido en los Acuerdos de Esquipulas. En otras regiones, como Camboya, los negociadores han avanzado al diseñar un importante papel para la Organización durante el periodo de transición hacia el establecimiento de un nuevo gobierno.

La segunda gran oportunidad que se ofrece a las Naciones Unidas es la de contribuir, de manera más eficiente a la lograda hasta ahora, a promover la cooperación internacional.

Es motivo de esperanza que el Consejo Económico y Social, órgano responsable para la acción de las Naciones Unidas en asuntos económicos y sociales, esté en proceso de reforma y revitalización. Los acuerdos recientes sobre su funcionamiento, adoptados en la sesión ampliada de la 45 Asamblea General, buscan fortalecer el papel del Consejo como foro universal en donde se examinen las cuestiones más importantes que atañen la marcha de la economía internacional y como centro coor-

dinador de las tareas de sus órganos subsidiarios y agencias especializadas del sistema de las Naciones Unidas.

El objetivo de esa mejor coordinación es incrementar la cantidad y calidad de las labores que se cumplen en el terreno de la cooperación técnica y financiera para el desarrollo, la protección de los refugiados, la asistencia a los trabajadores migratorios, la situación de la infancia, el avance de la mujer y tantos otros campos en donde el trabajo de las Naciones Unidas ha sido pionero y puede ser aún mejor.

Un tercer campo de acción donde vemos horizontes promisorios para la acción de las Naciones Unidas es el del manejo de los problemas globales; el caso más evidente es el del medio ambiente.

Existe el reconocimiento generalizado de que los Estados de manera individual, no pueden hacer frente adecuadamente a los problemas derivados del deterioro ecológico; por ello la urgencia en definir la contribución de los mecanismos multilaterales para el manejo de tales problemas.

Bajo los auspicios de las Naciones Unidas se celebran los preparativos para la Conferencia Mundial de 1992 sobre Medio Ambiente y Desarrollo. La agenda de esa conferencia es muy amplia y los resultados no son todavía plenamente predecibles. Sea como fuere, dará un impulso a la voluntad política para avanzar hacia el desarrollo sostenible, es decir, aquel que permita el crecimiento que tanto necesitan nuestros pueblos con la debida protección del medio ambiente para las generaciones futuras. Asimismo, se espera lograr en dicha Conferencia la adopción de los marcos jurídicos para manejar temas más acuciantes del medio ambiente, como son la biodiversidad y el cambio climático.

Finalmente, en lo que toca a los Derechos Humanos, la Organización de las Naciones Unidas prosigue con el empeño en la promoción, protección y codificación de los mismos. México ha visto con profundo interés y ha ratificado ya la Convención sobre los Derechos del Niño; muy pronto haremos otro tanto con la de los Trabajadores Migratorios y sus familias, iniciada y promovida por nuestro país. La adhesión universal a esos instrumentos jurídicos y su aplicación y seguimiento a través de sus Comités respectivos fortalecerá, sin duda, el compromiso de las Naciones Unidas con los de Derechos Humanos.

Ahora bien, la participación de las Naciones Unidas en la construcción del orden internacional de finales de siglo no está exenta de peligros y retos a vencer. El éxito de sus labores depende de la legitimidad de sus acciones ante los ojos de todos los miembros de la comunidad internacional. Existe, sin embargo, la tendencia inquietante a fijar los derroteros para su acción en función de los intereses de un círculo limitado de países. De allí la necesidad de tener presentes y defender los principios que dan sustento a las Naciones Unidas y le otorgan legitimidad universal.

Se trata, en primer término, del respeto del Derecho Internacional; las Naciones Unidas es el defensor por excelencia de las normas jurídicas internacionales. Sus acciones no pueden apartarse de los principios establecidos en su Carta Constitutiva, entre los que se encuentran, en el Artículo 2, los relativos a la igualdad soberana de Estados y la obligación de no inter-

venir en los asuntos pertenecientes a la jurisdicción interna de los Estados.

Contemplamos con asombro a quienes opinan que deben modificarse esos principios, que son pilar fundamental de la Carta. Se nos dice que, en el mundo interdependiente de nuestros días, pierde sentido el principio de la soberanía de los Estados y resulta obsoleto el respeto a los asuntos de jurisdicción interna. Quienes así piensan, tergiversan las consecuencias de la interdependencia y no valoran el sentir histórico de los pueblos. Los Acuerdos que en algunas regiones del mundo han conducido a la creación de instancias supranacionales han sido, justamente, resultado de la expresión de la voluntad soberana de los Estados.

Asimismo, poco entenderíamos de los acontecimientos históricos, que recientemente han conmovido el mundo, si no percibimos en ellos la fuerza de los sentimientos nacionales, el deseo de preservar en cada nación y en cada Estado aquello que lo identifica, le da razón de ser y conduce, justamente, a defender la soberanía y rechazar la injerencia externa.

Un segundo principio se refiere a la necesidad de preservar el equilibrio entre los órganos que componen a las Naciones Unidas. La notable participación del Consejo de Seguridad en acontecimientos recientes trae aparejado el problema de concentrar el interés en una sola acción y en uno solo de los órganos.

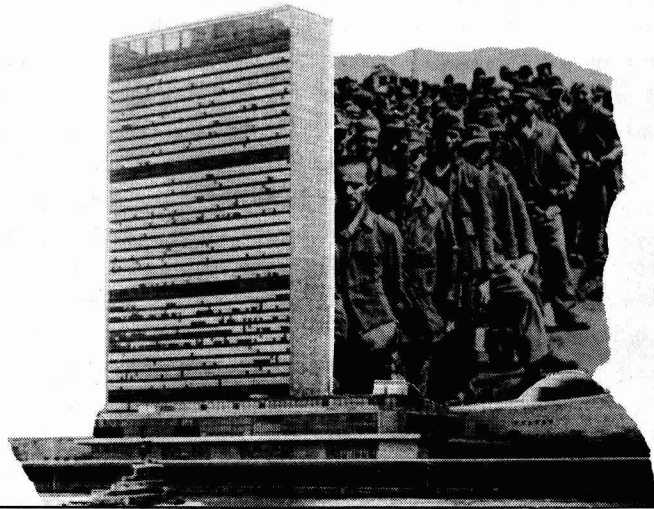
El Consejo de Seguridad constituye, junto con la Asamblea General, la Corte Internacional de Justicia, la Secretaría y el ECOSOC, un cuerpo indivisible en que las funciones de uno y otro de sus órganos se apoyan mutuamente para avanzar hacia el objetivo común que es la preservación de la paz y la seguridad internacionales. Pero no puede haber paz sin la cooperación internacional que, bajo la coordinación del ECOSOC, debe contribuir a superar las diferencias abismales entre la mayoría de la población mundial que aún se encuentra en estado de pobreza y la riqueza de los países industrializados.

No puede haber paz si no ampliamos y fortalecemos las funciones de la Corte Internacional de Justicia, encargada de dirimir las controversias internacionales a través de la aplicación del Derecho Internacional. No podrá haber paz si se debilita la tarea de concertación que se lleva a cabo en la Asamblea General, único foro de carácter universal en donde puede prosperar el diálogo y lograrse el consenso entre países grandes y chicos, poderosos y en vías de desarrollo, bajo el estricto respeto al principio de la igualdad jurídica de los Estados.

Las Naciones Unidas de los años noventa tienen ante sí la oportunidad de ser expresión del mundo democrático y plural que avanza hacia el siglo XXI. Es un mundo que requiere afinar y fortalecer los mecanismos multilaterales para la preservación de la paz, la cooperación internacional para el desarrollo, el manejo de los problemas globales y la defensa de los derechos humanos. El gran reto es cumplir esas tareas preservando, al mismo tiempo, los principios de Derecho Internacional, sin los cuales retrocederíamos a épocas de las relaciones internacionales caracterizadas por el caos y la incertidumbre. ◇

Mario H. Zamorano

Las Naciones Unidas y América Latina



“**E**l hombre de todos los pueblos acaba de adquirir en este momento una Constitución en contra de la violencia, de la injusticia y de la guerra internacional. Debemos defender este Pacto como un tesoro de la humanidad unida en un solo destino.”

Palabras de don Ezequiel Padilla, Secretario de Relaciones Exteriores de México, pronunciadas el 26 de junio de 1945 en San Francisco, California, cuando se firmaba la Carta de las Naciones Unidas. México fue uno de los 17 países latinoamericanos que en esa jornada memorable, donde participaron un total de 50 países, se comprometieron por la paz y por el respeto de los derechos del ser humano. Cuando hace ya 46 años el mundo clamaba por la unidad, tras el terrible flagelo de la Segunda Guerra Mundial, nuestra región contaba con 20 repúblicas independientes y esa gran mayoría puso de relieve el anhelo de nuestros pueblos por vivir en armonía donde haya libertad y justicia, donde impere el derecho y la moral en la conducta de los Estados.

Sin embargo nuestra realidad ha sido diferente: profundos cambios políticos y sociales nos han mostrado gobiernos dictatoriales, regímenes populistas, democracias representativas, revoluciones socialistas, mientras en el plano económico se han producido grandes transformaciones. De una población cercana a los 150 millones de personas en 1945, hoy en día en los umbrales del siglo XXI nos acercamos a los 500 millones, pero los trastornos y la pobreza que aún subsisten, se enmarcan en términos de intercambio negativo, desequilibrio que

agran las desigualdades en la distribución del ingreso y mantiene en situaciones de extrema necesidad a grandes sectores de la población. Conjuguar los ideales de la Carta que hablan de la paz, de respeto a la dignidad de los pueblos con el panorama actual donde dos terceras partes de la población ni siquiera satisfacen sus necesidades básicas, es el reto que enfrentan nuestros países.

Como un reflejo de la actitud y el interés de nuestra región por superar el retraso y la desigualdad, en 1948 se fundó la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, CEPAL, con el objeto de ocuparse de los problemas del desarrollo económico y social. No fue fácil que en la ONU se aceptara la idea, particularmente por parte de varios integrantes del Consejo Económico y Social. Primó sin embargo el empuje de Chile, que propuso la CEPAL, respaldado vigorosamente por los países latinoamericanos y se logró demostrar con la gravedad del atraso económico y los bajos niveles de vida de la región, que la solidaridad regional tenía voz y voto, así como que la CEPAL constituía un reconocimiento al sacrificio de la región a la victoria de los aliados, junto con el consiguiente deterioro económico.

De esta manera, la CEPAL, factor de unidad de los países latinoamericanos dio comienzo a sus tareas: promoviendo el desarrollo económico, manteniendo y reforzando las relaciones regionales y de América Latina a otras áreas del mundo, realizando tareas de investigación y estudio sobre cuestiones económicas y sociales, compilando, evaluando y difundiendo

informaciones económicas, técnicas y estadísticas y estimulando la cooperación con otros organismos especializados en cuestiones de desarrollo en América Latina y dentro del ámbito de las Naciones Unidas.

Como lo dijera Enrique Iglesias, la CEPAL nació para explorar la unidad en la diversidad latinoamericana.

De esta manera se pudo contar con una entidad especializada, independiente y regional para estudiar los problemas de su desarrollo económico y social con la tarea de lograr soluciones definitivas. Hoy en día la CEPAL cuenta con 40 países miembros, 33 de la región y sus múltiples tareas pueden dividirse en investigación, asesoramiento, organización y realización de conferencias y capacitación.

Regresando al panorama de nuestra región, nadie puede negar que en América Latina y el Caribe se ha producido un retroceso en materia económica y social, pero es de justicia señalar que al mismo tiempo que se han evitado serios conflictos entre los países, se ha ido concretando en realidad la tendencia a favor de procesos políticos y democráticos participativos.

La excepción a este panorama positivo lo constituye Centroamérica, donde problemas de carácter interno surgidos de estructuras políticas y sociales injustas, se han agravado debido a injerencias externas. Es de justicia recordar el impulso inicial de cara a la problemática centroamericana que ejerció el grupo de Contadora, donde se puso en evidencia el anhelo de nuestros países por encontrar una solución pacífica a las tensiones que han predominado en la región centroamericana. Más adelante la firma del Procedimiento de Guatemala en 1987, indicó la determinación de los mandatarios del istmo por resolver sus situaciones, libres de injerencias externas y de la presión de conflictos geopolíticos.

Naciones Unidas inició su acción de paz en Centroamérica a petición expresa de los países y contribuyó a la reconciliación nacional de los nicaragüenses, al observar el proceso electoral y, posteriormente, junto con la Organización de Estados Americanos, participó en la desmovilización y repatriación voluntaria de la contrainsurgencia.

Hito notable en el camino hacia la paz fue el acuerdo de Esquipulas II y a través de la Misión ONUCA, observadores militares han verificado el cumplimiento de los compromisos que implican el cese de toda ayuda a las fuerzas irregulares y a los movimientos insurreccionales y el no uso del territorio de un Estado para agredir a otro. Mientras escribo estas líneas, en Querétaro y Cuernavaca se está negociando la paz tanto para el Salvador como para Guatemala. La decisión latinoamericana por impulsar estas pláticas se ha reflejado en el apoyo irrestricto que los países amigos —México, Venezuela, España y Colombia— han brindado al Representante del Secretario General, Álvaro de Soto, en el tema salvadoreño.

Las decenas de miles de víctimas, son argumentos más que suficientes para que el Gobierno y el FMLN logren completar los acuerdos que en el presente y, tras un año de intenso ejercicio diplomático, arrojan un balance positivo con acuerdos en materia de derechos humanos, reforma constitucional, sistema judicial y electoral. Cuando a esta hora se discuten los temas de la fuerza armada y el cese del fuego, todos nos esperanza-

mos en un entendimiento que deparará la tan ansiada paz a los salvadoreños.

Por otra parte el Secretario General, a petición de las partes, ha establecido una Misión de Verificación en El Salvador, ONUSAL, que en las próximas semanas dará comienzo a su primera fase, verificando el cumplimiento de las partes del acuerdo sobre derechos humanos en San José del 20 de julio de 1990. ONUSAL centrará sus trabajos en el seguimiento de la situación de los derechos humanos, luego realizará investigaciones sobre denuncias concretas, efectuará campañas de promoción de los derechos humanos y formulará recomendaciones encaminadas a eliminar las violaciones de tales derechos. La Organización de las Naciones Unidas podrá, así, ayudar en forma efectiva al establecimiento de la paz y la consolidación de la democracia, siempre y cuando las partes respeten los compromisos contraídos y continúe el respaldo irrestricto de las potencias externas.

En el caso de Guatemala, ha dado inicio prometedor el proceso que puede conducir a la reconciliación nacional, para lo cual la ONU actúa como observador en las pláticas que se llevan a cabo entre la Comisión Nacional de reconciliación y la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG).

Estos son dos casos donde se hace patente que Latinoamérica valora la transformación de las Naciones Unidas que trabaja sin pausa por la convivencia pacífica y armónica entre los Estados cuando el planeta registra cambios profundos en las estructuras económicas, políticas y sociales.

El Secretario General, Dr. Javier Pérez de Cuéllar, sin ninguna duda, ha contado con el respaldo de su región latinoamericana para los casi 10 años de labor conciliatoria donde las crisis del multilateralismo han dado paso al fortalecimiento de la ONU, foro indiscutible en esta nueva era de las relaciones internacionales.

La problemática de América Latina y el Caribe es tan variada como la acción de la organización mundial, y no podríamos dejar de mencionar, por ejemplo, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD, que en síntesis está ayudando a los gobiernos de la región a diversificar las exportaciones y buscar nuevos mercados; ha apoyado los esfuerzos oficiales por mejorar la gestión de la deuda y, al mismo tiempo, incrementar la productividad y competitividad del sector privado.

El medio ambiente, particularmente en esta década tan crucial de los 90, cuando se juega el destino de la vida misma, se ha convertido en un desafío sin precedente. El calentamiento del planeta, la destrucción de la capa de ozono, la erosión, la deforestación, etc., son desafíos ambientales locales y globales que, a nivel regional, permiten a la oficina del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente en México, PNUMA, esforzarse al máximo por unir a nuestras naciones para combatir problemas ambientales comunes.

Si Latinoamérica lucha por su bienestar y estabilidad, debe demostrarlo con hechos, con solidaridad. Si el mundo ha regresado al multilateralismo con mayor razón nuestra región debe concretar las esperanzas de nuestros pueblos para que nuestros hijos puedan disfrutar de nuestra lucha común por la paz, el desarrollo y el respeto a nuestros derechos. ◇

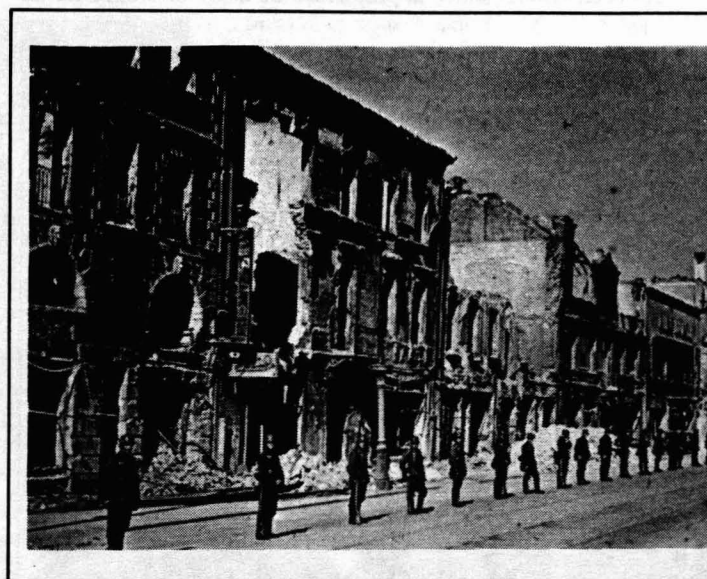
El papel de la ONU en el mantenimiento de la paz

Perspectivas para los noventa

La participación de las Naciones Unidas en las actividades dirigidas a restablecer la paz y la seguridad internacionales ha cobrado un dinamismo notable en el periodo de la posguerra fría. Los Acuerdos de Ginebra para la salida de las tropas soviéticas de Afganistán, celebrados bajo los auspicios y con la activa participación de Naciones Unidas, fueron el primer signo de una época nueva. En los años siguientes tuvo lugar un avance sustantivo en la solución de otros conflictos regionales, en los que el papel de la Organización mundial fue por demás relevante. Entre los principales éxitos pueden citarse la aplicación de la Resolución 435 del Consejo de Seguridad sobre la Independencia de Namibia; la participación de las Naciones Unidas en el proceso de paz centroamericano; los avances en las pláticas para solucionar el problema de Camboya; la organización de un *referendum* en el Sahara Occidental, etc. A todo ello, habría de sumarse la serie de resoluciones sobre el Golfo Pérsico que, por primera vez en la historia del Consejo de Seguridad, hicieron posible el ejercicio de medidas coercitivas, económicas y militares, para responder a la agresión en contra de un Estado miembro de Naciones Unidas.

A pesar de todas esas actividades, las Naciones Unidas no se perfilan en el decenio de los noventa como el aglutinador principal de los esfuerzos para encontrar solución a los problemas que amenazan más seriamente la paz y la seguridad internacionales. Las experiencias recientes indican que la Organización está influyendo únicamente en la solución de ciertos problemas: aquellos cuyo tratamiento por parte de Naciones Unidas es atractivo para las partes en conflicto y/o para los miembros permanentes del Consejo de Seguridad. En contraste, la Organización se encuentra paralizada para intervenir en la solución de otros problemas que están fuera de su influencia, sea por la reticencia de las grandes potencias a llevarlos al seno de la Organización, o por el hecho de haber quedado en el ámbito de acción de los organismos regionales.

En el primer caso encontramos algunos procesos de reconciliación nacional, como los que tienen lugar en Camboya o en El Salvador. La participación de Naciones Unidas para apoyar estos procesos es de enorme interés, no sólo por estar contribuyendo al acercamiento de fuerzas que hasta hace poco parecían irreconciliables, sino por estar incursionando en campos novedosos que, según las nociones tradicionales, pertenecen a la jurisdicción interna de los Estados y no caen, propiamente,



en la categoría de asuntos que afectan la paz y la seguridad internacionales. Un ejemplo de ello es la creación reciente de la Misión de Observadores de las Naciones Unidas para El Salvador (ONUSAL), encargada, durante una primera fase, de verificar los acuerdos sobre Derechos Humanos aceptados por el Gobierno de El Salvador y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) en San José, Costa Rica, el 26 de julio de 1990. Se trata de monitorear la situación de los derechos humanos en El Salvador; investigar sobre los casos en que hay acusaciones sobre su violación; promover el respeto a los derechos humanos; hacer recomendaciones para la eliminación de la violencia, e informar el Secretario General de Naciones Unidas, y a través de él al Consejo de Seguridad y a la Asamblea General, sobre la situación existente.

Es innegable el significado que tiene para la paz en El Salvador el respeto de los derechos humanos. Ahora bien, el hecho de que Naciones Unidas se involucre activamente en las tareas para defenderlos profundiza la tendencia a ampliar sus actividades hacia ámbitos que caen en el terreno de asuntos internos.

Dentro de la misma línea de preocupaciones, se espera un papel más activo para Naciones Unidas en asuntos relativos a la promoción de la democracia, definida ésta desde una perspectiva que privilegia los procesos electorales. El envío de una Misión de observadores para la preparación y la celebra-

ción de las elecciones en Nicaragua (ONUVEN), en febrero de 1990, fue un parteaguas en la historia de las actividades de Naciones Unidas en materia de mantenimiento de la paz. Es cierto que los temas de democracia y procesos electorales fueron parte central de los Acuerdos de Esquipulas para la pacificación de Centroamérica; cierto también que el gobierno sandinista solicitó al Secretario General de las Naciones Unidas el envío de la Misión de observación, solucionando así los problemas derivados de las estipulaciones contenidas en el Artículo 2, párrafo 7, de la Carta de la ONU, relativas a los asuntos que son de jurisdicción interna de los Estados. Sin embargo, el significado de la ONUVEN fue más allá de sus objetivos inmediatos. De hecho, alertó a un círculo de países occidentales sobre la posibilidad de abrir un nuevo frente

la Organización no podrá permanecer ajena a su evolución.

El tercer grupo de asuntos en los que Naciones Unidas tendrá un papel destacado consiste en aquellos conflictos para cuya solución sería necesaria, según los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, la legitimidad que proporciona el apoyo de la principal Organización Internacional. Tal fue el caso del Golfo Pérsico; es posible prever que no será el único, aunque las experiencias del futuro seguramente se presentarán con modalidades y demandas distintas.

En contraste con el dinamismo que puede adquirir la labor de las Naciones Unidas en los asuntos citados anteriormente, existen otros problemas frente a los cuales no tiene un margen de maniobra significativo. El caso más evidente es el del desarme. Los procesos que han tenido lugar en ese campo durante los últimos años han ocurrido fuera de la Organización; o bien responden al entendimiento directo entre las potencias nucleares, o se definen en el marco de mecanismos regionales, como es la Conferencia para la Seguridad Europea. En otro orden de cosas, no se advierte voluntad política entre los miembros permanentes del Consejo de Seguridad para otorgar a las Naciones Unidas un papel relevante en el tratamiento del difícil problema de los nacionalismos en Europa del Este y en la Unión Soviética.

Otro tema que permanece al margen de la acción de Naciones Unidas es el de la cooperación internacional para superar los obstáculos al desarrollo en la mayoría de los países del Sur. A nadie escapa que el mantenimiento de la paz no se refiere únicamente a la ausencia de guerra; se refiere, en gran medida, a la existencia de condiciones propicias para el libre desenvolvimiento de la mayoría de la humanidad hacia mejores condiciones de vida. Un esquema de paz y seguridad que no tome en cuenta ese requisito será errático y necesariamente vulnerable. Sin embargo, la persistencia de la pobreza en el mundo en desarrollo, así como la polarización económica entre los países del Norte y del Sur y al interior de las sociedades nacionales son el signo sobresaliente de la historia del fin de siglo. La contribución de Naciones Unidas para hacer frente a esos problemas es poco promisorio. La limitación creciente de los programas de cooperación técnica y financiera y la confusión de los debates sobre los obstáculos al desarrollo que se llevan a cabo en diversos foros de la Organización no ofrecen esperanzas respecto a la trascendencia que pueda adquirir esa contribución.

En resumen, las perspectivas para la participación de Naciones Unidas en el mantenimiento de la paz durante el decenio de los noventa son ambivalentes. De una parte, hay posibilidades para una presencia dinámica en ciertas áreas, con matices novedosos en la medida que se orienta hacia la solución de problemas que, en ocasiones, no están estrictamente relacionados con la paz y la seguridad internacionales. De otra parte, están quedando fuera de su campo de acción problemas que pueden dar el tono a los grandes conflictos de finales de siglo. Dependerá de los Estados miembros de la Organización, de su imaginación, capacidad de concertación y liderazgo, dar a sus labores una perspectiva equilibrada, que le permita contribuir a la construcción de un orden internacional menos inequitativo e impredecible que el que vivimos hoy en día. ◇

para las tareas de Naciones Unidas, acorde con un momento histórico en el que se avanza una propuesta, acertada o no, según la cual los procesos electorales están en la base de cualquier solución a problemas de paz o desarrollo económico. La tendencia anterior, signo de lo que algunos observadores llaman la "universalización de valores occidentales a través de Naciones Unidas", ganará terreno en los próximos años. El envío de una Misión de observadores para las elecciones en Haití, así como el interés por el tema de las Naciones Unidas y la democracia manifestado por algunos países en la Asamblea General y en la Comisión de Derechos Humanos, confirman esa suposición.

El segundo aspecto relacionado con la paz y la seguridad internacionales en el que la Naciones Unidas tendrán una presencia importante será el de los conflictos que han estado en la agenda del Consejo de Seguridad desde hace varios años y cuyo tratamiento, independientemente de los resultados que se obtengan, está relacionado con el prestigio y la credibilidad de la Organización. Tal es el caso de Chipre y, desde luego, de los territorios árabes ocupados. No existen en estos momentos indicios de un avance sustantivo en la búsqueda de soluciones a estos problemas por parte de Naciones Unidas. No obstante,



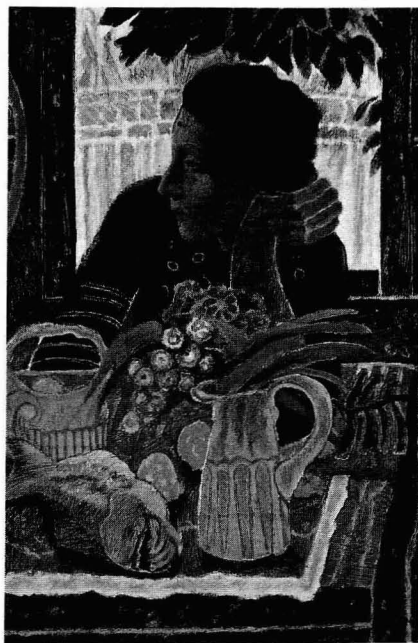
Reflexiones a partir de la pintura de Jorge Alzaga

La visión de un espacio corresponde a una concepción del mundo. Basta confrontar nuestra representación del transcurso del tiempo con aquella que tienen los chinos para comprobar esta evidencia: para ellos el futuro, por desconocido, está a sus espaldas. Frente a ellos se despliega lo ya vivido y la sucesión de los acontecimientos transcurre como cuando en un vehículo nos sentamos de espaldas al conductor.

Herederos de una concepción del mundo que tiene su origen en el Renacimiento –y más lejanamente en el pensamiento griego– sólo a través de la lección de los creadores contemporáneos hemos logrado aprender la diversidad de las posibilidades de rescatar nuestra experiencia del mundo.

En pintura, la lección de Cézanne, continuada por Matisse y Picasso, logra hacer visible una manera distinta de concebir el espacio que tiene su paralelo en el pensamiento bergsonian y que más tarde dará sus frutos en otras investigaciones extremas, en la misma pintura con Kandinsky (color) y Mondrian (forma), en la música con Schönberg y Stravinsky, o en la literatura con Apollinaire y Proust (y Joyce, Woolf, Eliot y Reverdy): ya nunca más la concepción del tiempo y el espacio como coordenadas autónomas sino, y aquí estaría su rescate, el valor otorgado a la comprensión sintética de la memoria y su análisis posterior reencontrado en el tratamiento de los materiales.

En el caso de Alzaga no deja de sorprender que el punto de fuga

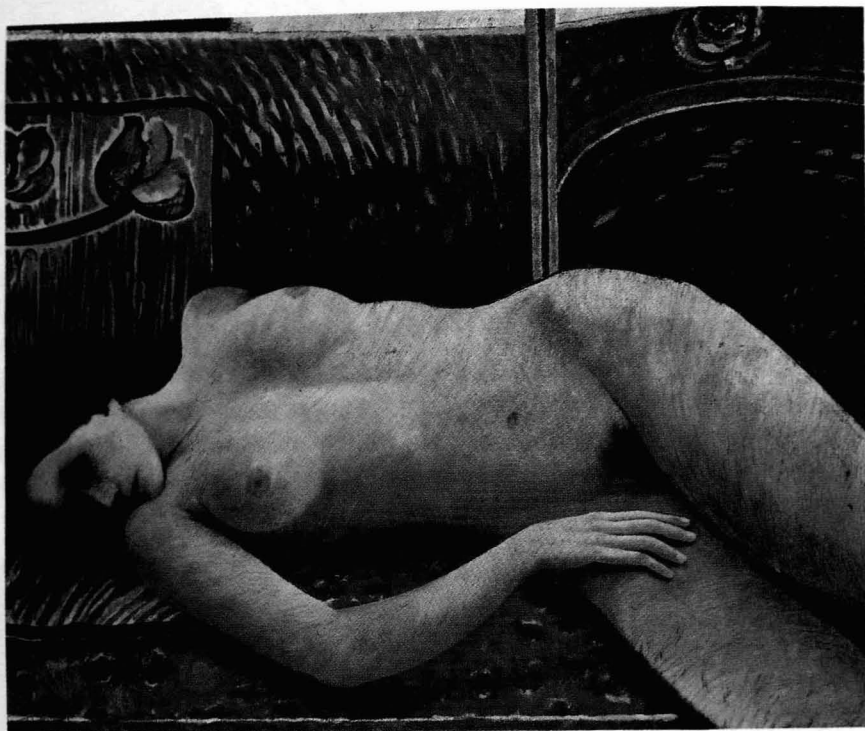


donde convergen los centros de perspectiva se encuentre detrás del espectador. Lo que determina una estructura con expansión de las formas sobre la superficie del cuadro, con lo cual quien las observa tiene la impresión de encontrarse en medio de una fuerza succionadora, un embudo de formas que se continúa más atrás de la retina y que después, al recordar su pintura, la memoria les otorga una dimensión mayor y una cercanía y presencia imposibles de olvidar. Y es que en Alzaga encontramos una aguda percepción de los poderes de la pintura y de la representación mediante el color, una experiencia que llega a volverse física en el sentido más directo, la apropiación con todos los sentidos, la aprehensión sinestésica y

mental de aquello que le atrae: ciertas cálidas densidades en Bonnard, las atmósferas de Turner, el equilibrio aunado a la simplicidad de las formas en el último Braque, y esa piedra de toque, inevitable en cualquier referencia a la figurativa actual, que es la pintura de Bacon. O esa inmensa sensación de plenitud del color en los nenúfares de Monet. Porque todo pintor es una síntesis de sus antecedentes: un desequilibrio estable mientras se gesta el cuadro.

A veces predominan ciertas corrientes expresionistas y en medio del espacio diurno –cierto calor, cierta ternura nostálgica después del desgarramiento que lo aleja de esas atmósferas oscuras, no necesariamente nocturnas, en las que Kokoschka y Soutine han situado sus figuras– surge la abstracción, no de la forma sino del color. Pero nunca como una abstracción total que disipe sus modelos originales, porque en Alzaga siempre hay el asidero de la “objetividad” pictórica. Si por un momento se aleja de ésta es sólo para regresar enriquecido con nuevas texturas y formas, o, mejor, más que con formas, porque en él hay casi una desaparición del volumen y de la línea (tanto que para Alzaga la línea es casi inexistente, no dibuja sino con el color), regresa con nuevas maneras de hacer vibrar la luz. Quizá, como dice él mismo, “ensuciando” el color para dejar que surja la luz de la tela: ese blanco resplandeciente más intenso que el del empaste sobre los colores.

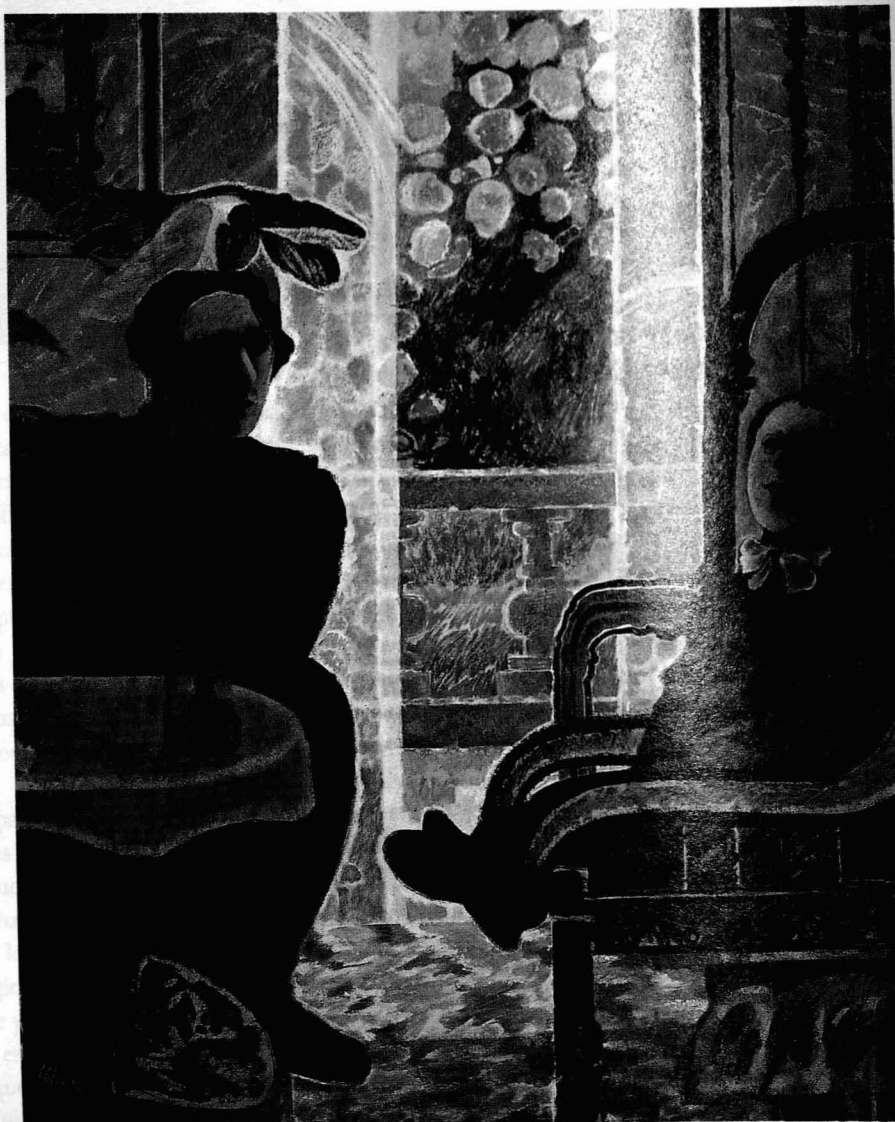
Característica recurrente en la pintura posterior a Cézanne es la de hacer evidente el color y la



indiscernible el lugar donde se definen cuello, seda y reflejos de la luz sobre los cabellos rubios en la más famosa de sus pinturas.

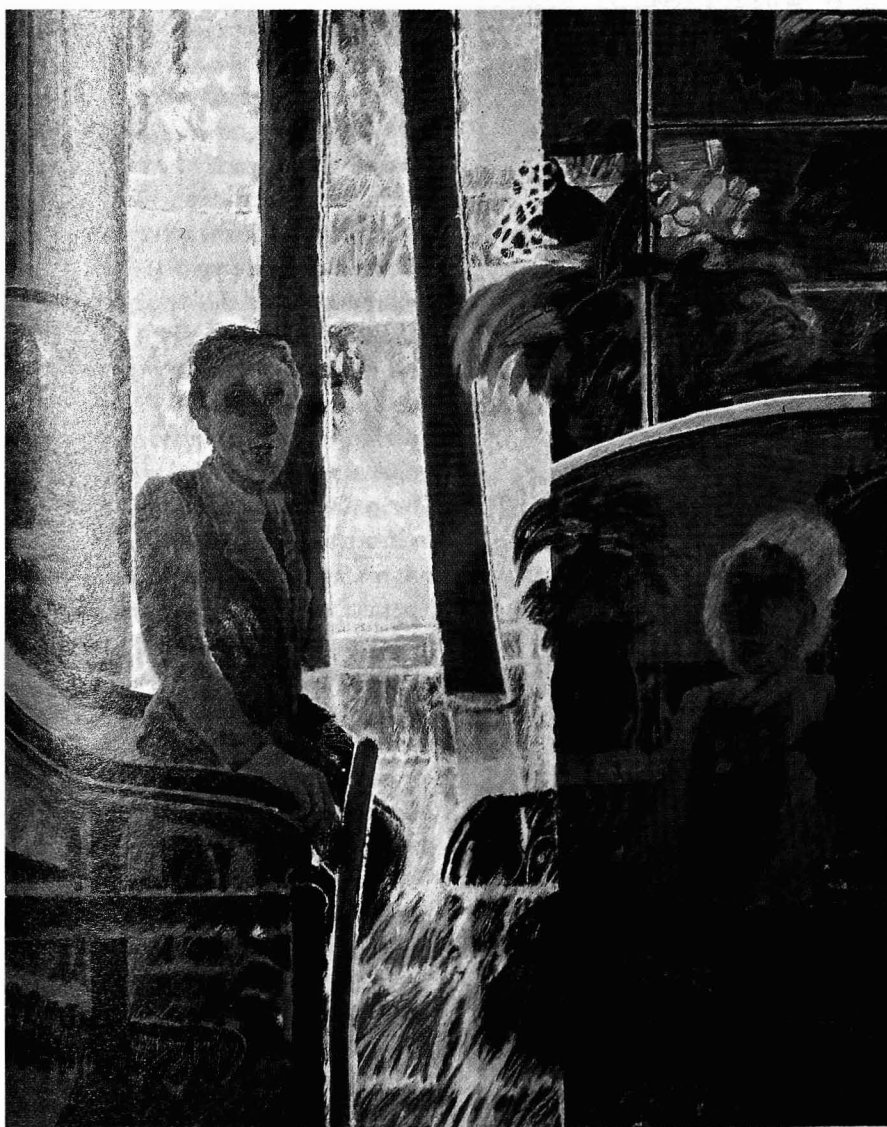
Si insistiéramos en este problema del tratamiento del color sobre los cuerpos en el espacio, se podrían tomar las reverberaciones de la luz en la superficie de las cosas, tal como lo hicieron los impresionistas, firmemente afincados en la tierra y los placeres del verano (su exaltación de la luz pocas veces se detiene en otras estaciones que la primavera y el verano, o, por lo menos, aunque las haya, su proporción no es en absoluto equivalente), y compararlas con esa inspección sensual de las texturas de la piel, el peso de la carne y los objetos envueltos por la luminosidad de la atmósfera casi húmeda de los pintores venecianos, ya

materialidad del soporte en el que se ha fijado la representación plástica. Y si de una parte tenemos la persistencia de una tradición que supone en el cuadro un marco que se abre a un espacio con la perspectiva del punto de fuga en el horizonte, tanto en el paisaje como en los "interiores", generalmente un cuarto, en cuyo caso se tiene, en Occidente por lo menos, la convención correlativa del carácter invisible de una de las paredes (lo que en la pintura japonesa se da mediante una convención diferente, la del techo invisible), por otra parte se hace patente el proceso de representación pictórica al unir dos o más formas, que en la realidad se encuentran en distintas profundidades espaciales, mediante el recurso del "pasaje". De esta manera Alzaga une cierto color que proviene del rostro al vestido o a la pared, o a un espacio cualquiera contra el cual ha ubicado la figura, tal como un trazo cezariano une mediante una pincelada horizontal las manzanas al frutero o las montañas a los árboles de un primer plano. Un recurso que sería posible remontar hasta Velázquez —en cuanto tratamiento del color, no de la estructura— cuando, por ejemplo, los cabellos de la infanta están unidos al vestido haciendo



sea en espacios cerrados o abiertos, la luz, el tacto calibrando las posibilidades del color más que el volumen y las formas es lo que importa en sus pinturas –todo parece flotar en la pintura veneciana–, para llegar a Bacon y observar cómo sus figuras tienen que vivir en un opresivo espacio oscuro, iluminado sólo por los reflectores de la conciencia, mientras su color es una metáfora, el reflejo material de la destrucción, un despliegue de vísceras, secreciones y pieles desolladas, cuando no es la pura negrura del vacío encuadrado por unas líneas que hacen más evidente la nada en que sobreviven.

Esta revisión de los antecedentes de Jorge Alzaga se ha hecho necesaria no para explicar sino para comprender dónde se inscribe su tratamiento del



color y el manejo de su expresión, similar tanto en sus pasteles y gouaches como en sus óleos.

Por otra parte, también en Alzaga tenemos el valor otorgado a los puntos de atracción y el movimiento rotatorio con el que obliga a la mirada. Ésta nunca se queda fija, pasea por su pintura. Aunque quietas, sus figuras tienen el movimiento latente del reposo entre dos actividades, un momento de ensoñación, de recuperación de lo vivido, no sólo por el adentramiento psicológico de sus rostros sino también porque está dado a través de la estructura misma de sus cuadros y el diseño de las figuras allí representadas. Se trata aquí de un equilibrio formal ejecutado por medio de una estructura espacial en distintos planos y un diseño, siempre con intervención del color, más frontal que volumétrico, puesto que en Alzaga su volumen tiene ciertas características especiales. Se trata más bien de una geometrización de distintos planos frontales. Es con ciertos ángulos y no con el claroscuro con lo que logra el volumen de las masas. Pero como en él las sombras no se dan sino a través del color –azules plúmbagos y cobaltos, verdes oxidados, rosas quemados y toda la gama de los grises– tenemos

una disposición colorística con distintas densidades que Alzaga soluciona gracias a una estructura en la que los valores fundamentales están dados por el espacio, la luz, las líneas direccionales y la distribución de los volúmenes, que no son sino masas de color, y siempre y otra vez el color: en el diseño de una línea, por ejemplo, que comienza del lado izquierdo y que alcanza el lado derecho después de haberse interrumpido al centro, en contraposición de ciertas líneas verticales y con un paralelismo que nos recuerda las construcciones de Giorgione y Pissarro; o cuando logra el balance de las formas con ciertos

colores mediante la continuidad o el contraste, compensando así los elementos en un tratamiento por acumulación –no por develamiento, como sucede con Cecilio Balthazar– sino por inclusión en una estructura previamente delimitada, lo que le otorga al cuadro un movimiento interno que lo aleja del estatismo petrificado de ciertos retratos tradicionales y que Alzaga ha resuelto siguiendo la lección de algunos grandes retratistas. Aunque en Alzaga sus “retratos” no tengan por modelo a ningún ser real en particular, a menos que uno quiera aceptar que todos sus rostros tengan

ciertos rasgos comunes entre sus familiares, lo que es más *wishful thinking* de su parte que otra cosa, pero, en fin, uno se pone a asociar su obra con ciertos retratos de Renoir y, por supuesto, con aquellos de Bacon, de quien provienen ciertos grafismos y texturas sobre los rostros, aunque no la ilusión de movimiento que éste le imprime a sus modelos, representados y deformados por medio de la prolongación de la figura sobre la tela, como en esas fotografías en donde el retratado mueve de pronto la cabeza, desenfocando así la imagen, lo que en Bacon es una referencia a Duchamp y, por supuesto, a los futuristas, en tanto que en Alzaga este resultado de la búsqueda baconiana se vuelve un medio más, un re-curso, un método, el camino a través del cual logra otorgarle a estos rostros una amplitud, penetración y persistencia psicológicas precisamente por haber destruido la representación o, mejor, organizándola de una manera nueva y extraordinariamente eficaz a la que ha agregado un elemento propio: cierto apartamiento ensimismado –esa distinción– equiparable a ciertos retratos de Sargent, el gran amigo de Monet, sobre todo aquel de Mrs. Frederick Mead en la Yale Art Gallery, excepcional por la riqueza y audacia de sus empastes, aunque el tratamiento de Sargent sea absolutamente diferente y lo recordemos más por contraste y calidad, ya que es, en suma, y con las limitaciones que eso significa, el gran representante de la pintura eduardiana, mientras lo que en Alzaga nos interesa es que haga visibles los signos de nuestra propia época, aquí y ahora, que su sensibilidad y su inteligencia nos den a través de las formas y colores de su pintura. Y de esta síntesis y apartamiento surgen sus figuras quietas, pensativas, como en un retrato de familia que la memoria hubiera retenido y que la luz hubiera rescatado poco a poco superponiendo distintos momentos para fijarlos en un plano único: el tiempo sobre los rostros en un espacio iluminado por el color. ◇



Los derechos humanos al inicio del tercer milenio

La justicia es al hombre lo que la estrella polar al marinero, por ella se guía, hacia ella se dirige, pero nunca la alcanza.
Stammler.

La única Ley valedera es la que nos conduce a la Libertad.
Juan Salvador Gaviota.

La protección internacional de los Derechos Humanos encuentra su momento estelar de despegue en 1919 al término de la Gran Guerra, con la celebración de distintos acuerdos que reconocieron los derechos de las minorías, esto es, de los grupos nacionales que quedaban dentro de las fronteras de Estados con otros grupos nacionales dominantes. También en ese año se fundó la Organización Internacional del Trabajo que desde entonces ha promovido un sinnúmero de convenios tendientes a tutelar a la clase trabajadora en materia de jornada de trabajo, igualdad de salarios, seguridad social, protección de menores, higiene en los centros laborales, etc. Si nos apegamos al caso de la Organización Internacional del Trabajo advertiremos que en el plano internacional el reconocimiento de los derechos económicos y sociales fue anterior al de los derechos civiles y políticos, en contraste con la evolución que tuvo lugar en las sociedades internas, donde éstos fueron el punto de partida incontestable de los derechos humanos, según lo evidencian la Declaración de Virginia de 1776 y la Declaración Francesa de los Derechos del Hombre y del Ciudadano en 1789.

En los años subsiguientes al de 1919 aparecieron algunos instrumentos como la Convención sobre Asilo de 1928 que



Sin fronteras. Banderas del mundo I

recogió la práctica humanitaria de los países latinoamericanos. En 1926 se había firmado la Convención sobre la Esclavitud que impuso a los Estados la obligación de terminar progresivamente y tan pronto como fuera posible con la esclavitud en todas sus formas. (No deja de molestar hoy el matiz de postular la abolición en forma progresiva y tan pronto como fuera posible. ¡La esclavitud debía de haberse abolido sin cortapisas y de inmediato!) De igual manera había progresos en el trato a los derechos de ciertas personas en tiempos de guerra. Ello salta a la vista desde la Segunda Conferencia de la Paz de la Haya de 1907 y con el Tratado de 1927 sobre el trato a prisioneros de guerra.

En lo demás los Estados se movían en un terreno baldío. El Pacto de la Sociedad de las Naciones no incluyó ninguna

mención sobre derechos humanos; se consideraba, como todavía lo postula una tendencia actual, que este ámbito material estaba reservado a los Estados y sujeto a los dictados de su soberanía. De esta suerte, la Carta de San Francisco de 1945 constituyó una innovación de enorme significado y trascendencia, al haber señalado en su preámbulo, como una de las directrices torales de la organización naciente el “reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana, en la igualdad de derechos del hombre y de la mujer y de las naciones grandes y pequeñas”. No es aislada la mención ni resultante de una inspiración inconexa. El Artículo 13 de la Carta concede facultad a la Asamblea General para promover y realizar recomendaciones tendientes a fomentar la cooperación internacional en materias de carácter económico, social, cultural, educativo y sanitario y para *ayudar a hacer efectivos los derechos humanos y las libertades fundamentales de todos, sin hacer distinción por motivo de raza, sexo, idioma o religión*. El subrayado pretende destacar la base normativa que ha facultado a la Asamblea General para conocer casos concretos de violación de derechos humanos en determinados países. En otras referencias se da competencia al Consejo Económico y Social para hacer recomendaciones sobre esta materia, así como establecer comisiones para la promoción de los derechos humanos. Atrás de estas disposiciones se encontraba la catástrofe humana inenarrable, todavía no asimilada a pesar de las imágenes reiteradas de la guerra total y del infierno de los campos de concentración. Si el mundo

tenía que reconstruirse era indispensable hacerlo a partir de la reconstrucción de la persona humana en sus ámbitos inalienables de libertad y dignidad. Así lo concibió Jaime Torres Bodet, Director de la UNESCO, en la memorable metáfora del niño que para reconstruir un mapa, armaba las piezas de la figura humana dibujada en el anverso de la carta geográfica. Despuntan aquí una nueva concepción del individuo y es otro el papel que jugará como sujeto tutelado y emergente en el Derecho Internacional.

En honor a la verdad, México, en los comentarios que formuló al proyecto de Organización que se elaboró en las Reuniones de Dumbarton Oaks de 1944, apuntó que el nuevo orden mundial debería constituirse por tres instrumentos, una Carta que definiera la estructura institucional, otra que contuviera los derechos y deberes de los Estados, semejante a la de Montevideo de 1933, y una tercera, con carácter obligatorio, que contuviera los derechos del hombre.

La idea de México lejos de perderse, se recogió, como quedó dicho, en las menciones que existen en la Carta de San Francisco, y más importante, quedó plasmada en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948, a tan solo tres años de haber sido fundada la organización. El brote filosófico original dio a luz uno de los grandes documentos de este siglo que resumió la visión de los Estados del mundo sobre los mínimos universales que se deben reconocer al individuo para su plena realización física y espiritual independientemente de ideologías, de troncos culturales diversos o de diferentes niveles de desarrollo económico. También condensa las concepciones de los pensadores de la época. Por ejemplo, el Artículo 29 se antoja decididamente inspirado por el Mahatma Gandhi, quien a una pregunta formulada por la UNESCO sobre los derechos que debía incorporar la Declaración, entonces en elaboración, repuso en palabras más o menos textuales: "Desde niño mi sabia e ignorante madre me enseñó que el hombre no tiene ante el mundo más

derecho que el deber de servir a sus semejantes."

Desde ese 10 de diciembre, en la Asamblea de París, existió una vertiginosa evolución en las categorías de derechos, en los numerosos acuerdos celebrados a nivel mundial y regional. Basta indicar que en la historia de la ONU, el documento más citado ha sido precisamente la Declaración, un verdadero parteaguas en la cooperación mundial. En pocas y sencillas palabras implicó la internacionalización de los derechos humanos.

El desarrollo del régimen lo ubico en tres apartados:

1) El tránsito de la naturaleza declarativa del régimen a su condición obligatoria. Ello aconteció por dos vías: la Declaración de 1948, siendo una resolución de la Asamblea General, tuvo valor únicamente de recomendación. Fue un importante punto que captó la opinión pública mundial sobre los derechos de la persona humana pero careció de obligatoriedad. No obstante, ya se consignó que el documento alcanzó un número inusitado de citas y de referencias que reflejaron un consenso cultural jurídico de la comunidad mundial. Entonces, por vía consuetudinaria —siendo la costumbre una de las dos fuentes principales del Derecho Internacional— alcanzó el rango de norma internacional. Así fue reconocido en la Declaración de Teherán de 1968.



Los otros del mundo

La segunda forma a través de la que el régimen alcanzó naturaleza obligatoria fue su traducción a instrumentos formalmente vinculantes. En 1966 la Asamblea General abrió a firma el Pacto de Derechos Políticos y Civiles y el Pacto de Derechos Económicos, Sociales y Culturales que entraron en vigor una década después, merced al depósito del número requerido de ratificaciones. Estos dos Pactos tuvieron la misión de darle fuerza obligatoria a los enunciados precursores de 1948 y simultáneamente ampliaron y precisaron su contenido. Junto con la Declaración, integran la famosa Trilogía de los Derechos Humanos.

Es oportuno destacar que en torno a esta Trilogía ha surgido un impresionante número de convenios sobre cuestiones específicas que la comunidad mundial ha considerado propicio fortalecer con reglamentaciones particulares: el Estatuto sobre los Refugiados, la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer, la Convención sobre la Prevención y el Castigo del Crimen de Genocidio, la Convención contra la Tortura y otros Tratos o Penas Crueles, Inhumanos o Degradantes, la Convención sobre los Derechos del Niño. De igual manera, en la escala regional han aparecido instrumentos como la Convención Europea de los Derechos Humanos y la Convención Interamericana de San José.

Es toda una constelación de documentos obligatorios. En el terreno declarativo se encuentran instrumentos reveladores de la conciencia planetaria sobre la protección debida a personas que sufren menoscabo de sus facultades: la Declaración de los Derechos del Retrasado Mental y la Declaración de los Derechos de los Impedidos, por ejemplo.

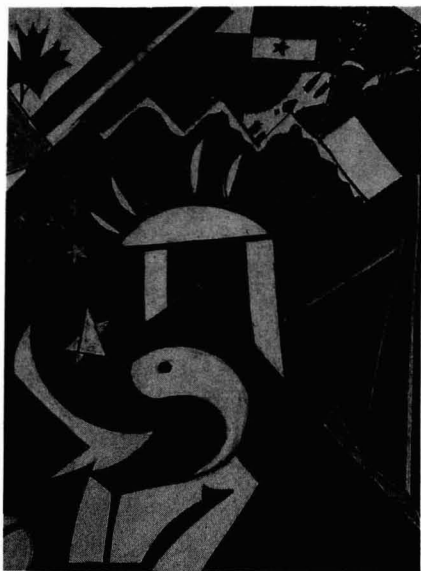
2) La segunda vertiente de evolución se da en lo que se han bautizado como las tres generaciones de derechos humanos.

La primera de ellas corresponde al reconocimiento de los Derechos Políticos y Civiles a partir de la Declaración Francesa de 1789 que trataban de garantizar la posición del individuo frente el embate arbitrario de las

tiranías y de la opresión del Estado absolutista.

El ciudadano nació a la par como una nueva categoría política y como el indicio vibrante de un nuevo orden societario. Si la guillotina rebanó la cabeza de Luis XVI, el Artículo 3 de la Declaración acabó con el principio de la legitimidad dinástica a pesar de sus estertores de varias décadas: "El principio de toda soberanía reside esencialmente en la nación". La pirámide del poder se invirtió drásticamente: su fundamentación giró del vértice supremo aristocrático al basamento popular de la nación. La ley que en diversas épocas se ha contemplado como un obstáculo al cambio fue la garante de la seguridad individual: "No puede impedirse nada que no esté prohibido por la ley, y nadie puede ser obligado a hacer lo que ella no ordena", "La ley es la expresión de la voluntad general". Dos siglos después resuena todavía la brillantez de la primera lectura de la Declaración en la Asamblea Nacional de París, el 26 de agosto de 1789: "Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos".

Sin embargo, la libertad individual en el siglo XIX ni fue plenamente respetada ni podía ser efectiva en el entorno de la Revolución Industrial que nulificaba al individuo en aras de la producción y de la acumulación de la riqueza. La libertad, en un sistema de injusticia social, significaba para los explotados trabajadores de las fábricas esclavizantes, la libertad para vender su mano de obra y para morir de hambre en los arrabales. La libertad política era menester que se correspondiera con la libertad económica y social. Cabe el orgullo a México de haber logrado con la primera revolución social del siglo XX, haber incorporado los derechos sociales en la Constitución Política de 1917. Quedaron plasmadas garantías tales como la igualdad en el trabajo y en el salario, el derecho de los trabajadores a asociarse, limitación para la jornada laboral, derecho al descanso, y algo que todavía escandaliza a algunos juristas y empresarios: el derecho de huelga. La sangre de los mineros mexicanos en Río Blanco y Cananea encontró una forma de redención universal para los obreros



Sin fronteras. Banderas del mundo II

de todas las latitudes. Los derechos económicos, sociales y culturales han sido la segunda generación de los derechos humanos.

Con todo, el mundo ha crecido en complejidad y ha acusado expresiones profundas de interdependencia. Mientras los derechos políticos y civiles demandan la abstención del Estado para hacer vigentes los espacios de libertad, y los económicos, sociales y culturales requieren para su implementación de la intervención del Estado en la construcción de escuelas, hospitales, viviendas, hoy se vive una problemática que trasciende la estrechez de las fronteras estatales y se hace indispensable la colaboración no sólo de todos los Estados sino de empresas transnacionales, de grupos organizados tales como partidos



Sin fronteras. Banderas del mundo III

políticos, movimientos pacifistas y ambientalistas y del individuo mismo para resolverla. Nace así la Tercera Generación de los Derechos Humanos o la Generación de los Derechos de Solidaridad. Repito ya no compete a un Estado resolver su implantación y respeto; a toda la humanidad incumbe ahora su promoción y defensa.

La Asamblea General de la ONU ha proclamado en esta tercera categoría el derecho a la paz, el derecho al desarrollo y a un nuevo orden económico internacional, el derecho a un medio ambiente digno. No es suficiente reconocer el derecho a la vida si una guerra nuclear puede acabar con toda forma de existencia en el planeta, si el deterioro del medio ambiente de cualquier parte del globo revela efectos mundiales y si un orden económico injusto impide contener las hambrunas vergonzantes de este siglo o las epidemias devastadoras. Son los derechos de solidaridad. A diferencia de los derechos correspondientes a las otras dos generaciones, éstos se encuentran todavía en una fase declarativa, y no es previsible que en el orden rabiosamente imperfecto de la sociedad internacional, alcance en el corto plazo obligatoriedad meridiana. Mas su germinación ha comenzado y no admitirá retrocesos.

3) La tercera nota de evolución se encuentra en los mecanismos de protección. Prevalece una proliferación formidable de normas sustantivas reconocidas, y ello, en sí mismo, es un avance contundente. Una misión que a veces no se descubre en la norma jurídica, al margen de la coercitividad, en su capacidad de educar. Promover una conciencia colectiva sobre la persona humana y sus escenarios de dignidad inalienables, es en su esencia, un mecanismo de protección.

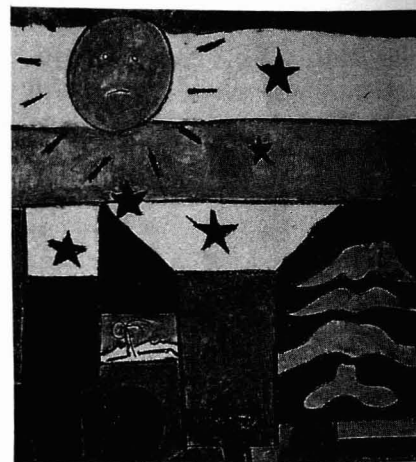
Sin embargo, procede reseñar los mecanismos adjetivos de protección, con la advertencia de que prevalece un contraste ostensible con el aparato regulador de carácter sustantivo.

El primer mecanismo es de tipo político y descansa en las atribuciones de la Asamblea General de las Naciones Unidas. El Artículo 2, párrafo 7 de la Carta, impide a la Organización intervenir en los asuntos que son de la jurisdicción

ción interna de los Estados. Sin embargo, ya se adelantaba al principio que el régimen auspiciado por las Naciones Unidas ha tenido por consecuencia sacar los derechos humanos del amurallamiento soberano de los Estados. Y aquí reina un cambio cualitativo o lo que podría llamarse una reforma virtual —no formal— a la Carta de las Naciones Unidas. Con el avance del régimen, la Asamblea General ha tomado cartas en asuntos específicos de violaciones flagrantes a los Derechos Humanos en Sudáfrica, Chile, El Salvador, Guatemala e Israel. De acuerdo con la letra original del citado Artículo 2 párrafo 7, esto no sería posible y los Estados objeto de censura recurren a la fácil opción de cobijarse bajo este precepto. A pesar de ello, y sobre la base de una reforma virtual, de carácter consuetudinario, la Asamblea General ha avanzado en un

importante trabajo de innegables efectos políticos beneficiosos para las poblaciones vejadas y oprimidas.

Segundo, pueden identificarse mecanismos de protección directa al individuo a través de la Corte Europea de Derechos Humanos, de la Corte Interamericana de Derechos Humanos y del Protocolo Facultativo del Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos. Con modalidades y restricciones, y, sobre todo, condicionado a la aceptación expresa del Estado, estas instancias tienen competencia para atender directamente quejas del individuo, lo que abre el espacio de la jurisdicción internacional a la persona humana que en el pasado quedaba enclavada en su país de origen. Consecuencia lógica de la "mundialización" de la sociedad internacional es que las querellas del individuo encuentren procedimientos e



instancias que lo hagan beneficiario de un régimen de derecho y de seguridad internacional. No dudo que los remilgos de los Estados para admitir procedimientos extranacionales serán vencidos en el mediano plazo. Es una apuesta segura.

Otro apunte sería la competencia del

MIEMBROS DE LAS NACIONES UNIDAS

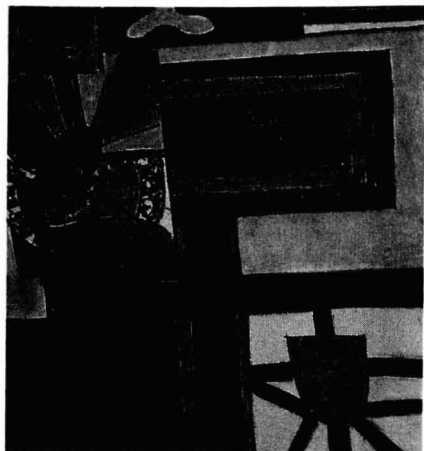
En 40 años, el número de Miembros de las Naciones Unidas se ha triplicado con creces, pues ha pasado de 51 a 159. Más del 98% de la población mundial se halla representada en la Organización.

- 1945 LOS 51 MIEMBROS FUNDADORES: Arabia Saudita, Argentina, Australia, Bélgica, Bolivia, Brasil, Canadá, Colombia, Costa Rica, Cuba, Checoslovaquia, Chile, China, Dinamarca, Ecuador, Egipto, El Salvador, Estados Unidos, Etiopía, Filipinas, Francia, Grecia, Guatemala, Haití, Honduras, India, Irán, Iraq, Líbano, Liberia, Luxemburgo, México, Nicaragua, Noruega, Nueva Zelandia, Países Bajos, Panamá, Paraguay, Perú, Polonia, Reino Unido, República Dominicana, República Socialista Soviética de Bielorrusia, República Socialista Soviética de Ucrania, Siria, Sudáfrica, Turquía, Unión Soviética, Uruguay, Venezuela, Yugoslavia.
- 1946 Afganistán, Islandia, Suecia, Tailandia.
- 1947 Pakistán, Yemen.
- 1948 Birmania.
- 1949 Israel.
- 1950 Indonesia.
- 1955 Albania, Austria, Bulgaria, España, Finlandia, Hungría, Irlanda, Italia, Jamahiriya Árabe Libia, Jordania, Kampuchea democrática, Nepal, Portugal, República Democrática Popular Lao, Rumania, Sri Lanka.
- 1956 Japón, Marruecos, Sudán, Túnez.
- 1957 Ghana, Malasia.
- 1958 Guinea.
- 1960 Benin, Burkina Faso, Camerún, Congo, Costa de Marfil, Chad, Chipre, Gabón, Madagascar, Mali, Níger, Nigeria, República Centroafricana, Senegal, Somalia, Togo, Zaire.
- 1961 Mauritania, Mongolia, República Unida de Tanzania, Sierra Leona.

- 1962 Argelia, Burundi, Jamaica, Ruanda, Trinidad y Tobago, Uganda.
- 1963 Kenya, Kuwait.
- 1964 Malawi, Malta, Zambia.
- 1965 Gambia, Maldivas, Singapur.
- 1966 Barbados, Botswana, Guyana, Lesotho.
- 1967 Yemen Democrático.
- 1968 Guinea Ecuatorial, Mauricio, Swazilandia.
- 1970 Fiji.
- 1971 Bahrein, Bhután, Emiratos Árabes Unidos, Omán, Qatar.
- 1973 Bahamas, República Democrática Alemana, República Federal de Alemania.
- 1974 Bangladesh, Granada, Guinea-Bissau.
- 1975 Cabo Verde, Comoras, Mozambique, Papua Nueva Guinea, Santo Tomé y Príncipe, Surinam.
- 1976 Angola, Samoa, Seychelles.
- 1977 Djibouti, Viet Nam.
- 1978 Dominica, Islas Salomón.
- 1979 Santa Lucía.
- 1980 San Vicente y las Granadinas, Zimbabue.
- 1981 Antigua y Barbuda, Belice, Vanuatu.
- 1983 San Cristóbal y Nieves.
- 1984 Brunéi Darusalaam.

SISTEMA DE LAS NACIONES UNIDAS

Los órganos y programas establecidos por las Naciones Unidas en los 40 últimos años les han dado una capacidad cada vez mayor para hacer frente a una amplísima gama de problemas internacionales. A continuación se indica la fecha de creación de los principales órganos y programas.



Consejo de Seguridad en este campo. Como es sabido el Consejo tiene atribuciones para el mantenimiento de la paz y de la seguridad internacional. Todo conflicto potencial o real conlleva violaciones a los derechos humanos y así el Consejo ha adoptado posiciones particulares sobre la materia. Ahora que se

discute el rol futuro de la Organización y de sus órganos, en este caso del Consejo de Seguridad, debe analizarse su participación en la defensa de los derechos humanos al margen de las situaciones de guerra o preguerra. Ello implica transformar las concepciones de la Carta de 1945, que por sí mismas fueron una transformación de la visión anterior, y compeler a los Estados a ceder esta franja cerrada de soberanía en aras de un principio de interés universal.

Encuentro a veces escepticismo sobre la materia de los derechos humanos. La realidad no corre pareja con los adelantos normativos, algo perverso en la levadura humana hace del hombre verdugo de otros hombres, pero la siembra cultural, filosófica, intelectual, ética, jurídica, estética, está dada. Toda utopía empieza como la conciencia solitaria

y hasta clandestina de un puñado desafiante de iluminados. Mi utopía hoy, para el Tercer Milenio, es que a pesar de la masificación, de la globalización, de las macroempresas, de los supramodelos, de la despersonalización que promueven los medios de comunicación comercial, el ser humano avanzará en el encuentro de sí mismo, y en el descubrimiento de su propia realidad interior en el rostro de sus semejantes, merced a la luz irradiadora de los derechos humanos. El escepticismo de no alcanzar nunca la justicia debe ser sometido por la certeza de arribar un día a la libertad. Desde el inicio del Primer Milenio con Jesús de Nazaret, el gran torturado de la Historia, nos acompañan Fray Bartolomé de las Casas, Carlos Marx, Bertrand Russell, tantos pensadores, tantos combatientes anónimos. No llegaremos solos al Tercer Milenio. ◇

1945 NACIONES UNIDAS.

- 1946 Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF).
- 1949 Organismo de Obras Públicas y Socorro para los Refugiados de Palestina en el Cercano Oriente (OOPS).
- 1951 Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR).
- 1963 Programa Mundial de Alimentos (PMA).
- 1964 Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD).
- 1965 Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).
- 1965 Instituto de las Naciones Unidas para Formación Profesional e Investigaciones (UNITAR).
- 1969 Fondo de las Naciones Unidas para Actividades en Materia de Población (FNUAP).
- 1972 Oficina del Coordinador de las Naciones Unidas para el Socorro en Casos de Desastre (ONUSCD).
- 1972 Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA).
- 1973 Universidad de las Naciones Unidas (UNU).
- 1974 Centro de las Naciones Unidas sobre Empresas Transnacionales (CTC).
- 1974 Consejo Mundial de la Alimentación (CMA).
- 1976 Instituto Internacional de Investigaciones y Capacitación para la Promoción de la Mujer (INSTRAW).
- 1978 Centro de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos (Hábitat).

COMISIONES REGIONALES

- 1947 Comisión Económica para Europa (CEPE).
- 1947 Comisión Económica y Social para Asia y el Pacífico (CESPAP).
- 1948 Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

1958 Comisión Económica para África (CEPA).

1973 Comisión Económica y Social para Asia Occidental (CEPAO).

ORGANISMOS ESPECIALIZADOS

Están vinculados a las Naciones Unidas diversos organismos especializados, algunos de ellos fundados el siglo pasado. La lista que aparece a continuación indica la fecha en que esas organizaciones fueron establecidas o se convirtieron en organismos especializados.

- 1865 Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT).
- 1873 Organización Meteorológica Mundial (OMM).
- 1874 Unión Postal Universal (UPU).
- 1883 Organización Mundial de la Propiedad Intelectual (OMPI).
- 1919 Organización Internacional del Trabajo (OIT).
- 1945 Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF).
- 1945 Fondo Monetario Internacional (FMI).
- 1945 Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO).
- 1946 Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO).
- 1947 Organización de Aviación Civil Internacional (OACI).
- 1948 Organización Mundial de la Salud (OMS).
- 1956 Corporación Financiera Internacional (CFI).
- 1958 Organización Marítima Internacional (OMI).
- 1960 Asociación Internacional de Fomento (AIF).
- 1966 Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial (ONUDI).
- 1974 Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA).

Crónica de la ONU No. 4, 1989.

Los nombres de los países son los que se usan en 1988.

Entrevista a Augusto Roa Bastos

Novelista y teórico de la novela

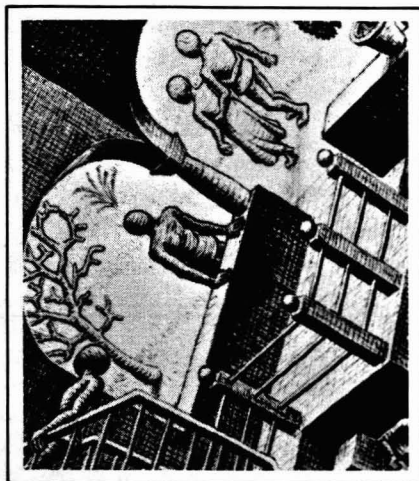
I. Novela y teoría

DANTE MEDINA: Muchas de las grandes novelas son también ideas sobre el objeto artístico que llamamos novela, e incluye en su escritura "apuntes", "notas", "métodos", en torno a la teoría de la novela en general, y a la "formación" de esa novela en particular. Por citar algunas: Jacques el fatalista, de Denis Diderot; El hombre sin cualidades, de Robert Musil; Tristram Shandy, de Lawrence Sterne; Terra nostra, de Carlos Fuentes.

En esta línea se inscribe Yo el Supremo de Augusto Roa Bastos. ¿Qué piensa Roa Bastos, profesor de Teoría de la Novela, Premio Cervantes de Literatura 1989, Doctor Honoris Causa por la Universidad de Toulouse, novelista excepcional, de la relación Novela y Teoría?

AUGUSTO ROA BASTOS: Una muy simple, para empezar. Yo creo que no se puede escribir una novela con una Teoría de la Novela en la cabeza. La novela es un género en la lengua. El dominio de la Literatura sigue siendo, creo, la única forma (para no hablar de género), la única forma totalmente abierta: sigue modificándose con las mutaciones de la cultura, con las mutaciones de la literatura. Ha andado más rápidamente que cualquier otro género literario, que la poesía, que el género prosa: los inevitables diarios íntimos, o toda esta variedad de formas que admite la literatura de ficción.

Pienso que tengo una gran ventaja en no haber profundizado en el estudio de la literatura como un sistema teórico.



Mi papel como profesor, aquí en la Universidad de Toulouse, se redujo a tratar de coordinar, durante casi quince años, un trabajo de grupo del cual yo era solamente coordinador. Y mi cátedra, que era una cátedra libre, que habían fundado justamente para contratarme, se llamó "Una teoría de las prácticas literarias"; de manera que la teoría allí estaba subordinada a las necesidades de las prácticas, de la elaboración, de los textos narrativos. Yo creo que —no sé si lo digo quizá por el sentimiento de inferioridad, o porque eso sea a medias verdad: yo no he estudiado nunca la literatura como una ciencia—, creo que no existe una ciencia de la literatura. El caso de Umberto Eco, por ejemplo, lo prueba; o de otros teóricos de la literatura que han pasado a la novela con gran facilidad. Lo que creo es que no tengo ningún bagaje teórico, salvo naturalmente lo que yo mismo he inventado.

A mí me gusta jugar, la literatura es realmente un "juego de espíritu"; es una actividad existencial —ontológica

también— y se realimenta de sí misma, y cuando le falta material busca otros campos de caza guardada. La prueba quizás estaría... Yo no puedo tampoco afirmar apodícticamente esto que estoy diciendo, tengo que dar algunos ejemplos, porque usted tiene todo el derecho de dudar de mí. Pero pienso que una de las pruebas sería que nunca he podido tener un estilo. Para mí cada libro, cada relato, cada cuento corto, ha sido siempre el comienzo de toda la literatura. Por un lado, históricamente, culturalmente, en el Paraguay no existe una tradición literaria. La novela comienza —la narración como tal— cuando estaba comenzando ya la nueva novela; veinte años después vendría el Boom y esas cosas. De manera que en el Paraguay no tenemos una tradición literaria. Hay unos buenos libros y hay una buena producción, un corpus ya bastante numeroso, no torrencial, pero en fin, está ahí. Pero no tenemos lo que yo creo que es necesario en toda gran literatura: una tradición, cuando uno lee Shakespeare y sabe que hay toda una línea de gente que desemboca y que sigue. O incluso los creadores de idiomas, de lenguas, como el caso del Dante... Son ejemplos eminentes que nos dan esa seguridad de que la literatura es una actividad de las más libres del intelecto y del espíritu humano.

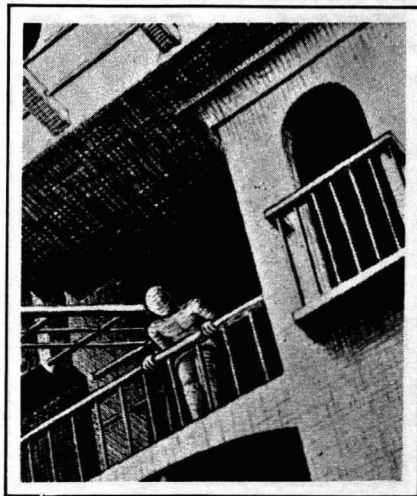
Evidentemente creo que el poseer un bagaje de cultura teórica no estorba, en todo caso sirve para ordenar los materiales. Yo pienso que todo lo que puede haber de influencia en mí, ha sido un "aire del tiempo". Soy lector, un lector muy concienzudo, un lector muy lento también: un libro me lleva

meses y a veces años y hay algunos que los estoy leyendo siempre. De modo que hay un aire del tiempo donde flotan ideas generales que son también como formas del espíritu del hombre de un determinado momento histórico, o de una época... uno se mueve en esas coordenadas. Por supuesto, la literatura contemporánea hace que sus cultivadores se parezcan bastante, porque hay intercambios y todo eso. No estoy defendiendo ni una posición ni la inversa. Un caso, para mí de los casos más significativos, sería, por ejemplo, el caso de Borges, o el de Umberto Eco. Borges, generalmente un lector omnívoro, por momentos demencial —especie de demencia lúcida que quiere abarcar todo el universo—; y no se ve en su obra, al menos yo nunca lo he percibido, la huella de ninguna teoría literaria, salvo la que él va desarrollando, en ese vasto sueño que es la literatura. Pero está el otro caso cuyo exponente máximo para mí es Umberto Eco, quien con una formación teórica, académica, y lector también omnívoro, no encontró dificultad para pasarse a la parte creativa, sin que esto suponga decir, en contra de Umberto Eco, que haya puesto su teoría literaria en forma novelesca, o que haya hecho la biografía novelesca de sus ideas literarias, de sus teorías literarias. Sólo quiero confesar que en este aspecto a mí me interesa más su obra teórica que su novela, por lo menos las dos que yo he leído. Es un arte artificioso muy... realmente que demanda una gran inteligencia, una gran percepción; pero yo sigo prefiriendo a Rulfo como novelista.

DM: Milan Kundera defiende encarnizadamente, en su libro *El arte de la novela, el europeísmo de la novela*. Octavio Paz ("un poeta con una verdadera reflexión sobre el arte", como lo define Tzvetan Todorov) llama a la novela la *épica de la sociedad moderna, producto de una sociedad burguesa hoy en crisis*. ¿Cómo, la novela, siendo tan europea, se transplanta tan bien en América y toma algunas de sus mayores cualidades de sus ingredientes americanos? Y, la novela que se produce ahora, ¿ha sido realmente arrastrada

por las crisis de la sociedad que la engendró?

ARB: Yo creo que habría que comenzar con unas referencias orientadoras sobre este problema, que es un problema complejo. Podría partir de muchos puntos, pero yo elegiría al azar uno. La novela es por excelencia el género burgués; el individuo que está creciendo en una sociedad donde la colectividad va desapareciendo en favor y en función del individuo, y el individuo es



el que toma la parte preeminente en la estructura novelesca como autor y como personaje.

Toda la novela, desde el Renacimiento, tiene un personaje que en cierto modo es el *altar ego* del novelista; no solamente la novela europea sino la novela en general. Yo pienso, por ejemplo, en la novela norteamericana: nosotros somos producto más que de la novela europea de la novela norteamericana, que es europea también, puesto que a la Nueva Inglaterra llegaron con más rapidez los maestros de literatura inglesa y, por lo tanto, universal. Nuestros verdaderos maestros, los maestros de esta generación a la que yo pertenezco, fueron los norteamericanos. Yo he leído mucho a Cervantes y a los españoles, pero mis verdaderos incitadores a la aventura novelesca han sido los grandes norteamericanos: Faulkner que es inevitable, precisamente Hemingway, Scott Fitzgerald, o el caso de Salinger, que a mí me interesa mucho. Y después la gran novela en cierto modo romántica inglesa que a mí me

interesó siempre mucho también. Hablábamos de *Tristram Shandy*, por ejemplo, que es una novela increíble en su tiempo y que parece prefigurar todo lo que viene un siglo después. Y la gran novela rusa, Dostoievski, Tolstoi, los cuentistas rusos, el caso de Chéjov... Hay un cuentista ruso que a mí me interesa mucho; así como a Rulfo le interesaba un novelista prácticamente olvidado como era Ramuz, a mí me interesaba mucho un cuentista ruso, Leónidas Andreev. Andreev, un maravilloso cuentista que ahora nadie menciona; por supuesto yo no lo leía en ruso, lo he leído en traducciones. Todo eso creo que ha formado el humus de la tradición novelística latinoamericana sobre todo después de la independencia.

La literatura latinoamericana, contra la opinión de los teóricos del Boom, no comienza con el Boom, comienza un siglo antes. Tenemos todas esas cosas, que no podríamos extirpar, que no podríamos sacar de nuestro corpus literario porque nos faltaría la base de la pirámide: toda la obra novelística latinoamericana que ha recorrido también las épocas, los estilos, las escuelas. Y están ahí, son una prueba de la fertilidad que tuvieron estas formas literarias en el suelo americano para forjar nuevas literaturas; no se parecen nada ni a la norteamericana, ni a la española, ni a la inglesa. Es una novela que ya tiene su carta de ciudadanía. En la cultura todos los elementos son transferibles, transmisibles, es la funcionalidad misma de la cultura. De modo que no creo que haya nada absolutamente nuevo u original que decir. Estamos en el arte de la variación o de las variaciones, y eso se hace con mayor o menor fortuna. El caso de Borges: él manejó el arte de la variación con una sutileza y un genio extraordinario, hasta el punto que algunos cuentos, algunos relatos de él, son pastiches con una infinita capacidad de elaboración artística, con algunos maestros que él omitió sistemáticamente, ya sea por olvido o... el caso por ejemplo de Marcel Schwob que está muy presente en algunos cuentos de Borges.

Nuestra literatura es una literatura madura, densa, que ha podido absorber la sabiduría y el arte de Occidente. Quizás también a través del arte de Oc-

cidente ha venido la de más allá, lo del Oriente lejano, los libros canónicos que todo el mundo conoce; pero también ha dejado que toda esta cosa venida de fuera, sedimentara, adquiriera una especie de metamorfosis muy peculiar, y ha dado de nuevo el crecimiento de una literatura que se ha incorporado a la literatura universal, con cartas de nobleza como dirían los franceses.

Por eso pienso, con respecto a la pregunta de la novela: la novela es un género burgués, eminentemente, que entroniza por primera vez de manera definida la cuestión del individuo como héroe en el cual seguramente el autor ha buscado proyectarse, como el caso de Cervantes con Don Quijote, en fin... todos los grandes novelistas han tenido sus *alter egos* antagónicos o afines. De esa manera yo creo que se ha producido la primera parte de un género que para mí tiene mucha importancia porque es, como decía hace un momento, el único género totalmente abierto a las mutaciones que pueden tener las estructuras literarias. Y esta epicidad del individuo —porque hay que hablar del individuo como sujeto épico— ha logrado también incluir a la sociedad.

Toda época de decadencia produce algo así como la *agudización* de todas las virtudes y los males, eso se da en todos los campos. Las épocas de decadencia han sido siempre las épocas de la hermosura. Gibbon lo relató muy bien en su *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*. Y bueno, las decadencias en general de Grecia, Roma; las épocas de decadencia, además de que definen de una manera muy concreta el acabamiento de una época (como lo que está ocurriendo ahora en todas partes para el mundo occidental), producen la exasperación y la sublimación de las formas, las llevan a su frenesí más tremendo, y en torno a ese fenómeno pululan los desprendimientos, todas esas cosas que actualmente los españoles llaman “posmodernismo”. Hay una ebullición de los restos de esta gran riqueza que en algún momento se desintegra para, seguramente, ir a otra metamorfosis, impredecible aún: no sabemos qué va a ocurrir o si la humanidad va a dejar de ser, estamos oscilando en dilemas de todo o nada. Yo amo mucho las

épocas de decadencia, porque esas épocas son las que nos dan al trasluz toda la sublimidad y la miseria también de la condición humana.

DM: *Italo Calvino en su libro Lezioni Americane, concibe la novela como un método de conocimiento que no puede ser sustituido por ningún otro. ¿Piensa usted que la novela (y toda la escritura de ficción en general) amplía el campo de conocimiento de la ciencia, o más bien que trabaja en un nivel que no*



corresponde a lo que llamamos comúnmente “conocimiento científico”?

ARB: Pienso que son dos universos incluso a veces antagónicos, pero que trabajan con una función de complementación, de enriquecimiento progresivo y también de intercambio. No creo que ningún sistema científico se pueda trasponer literalmente a la función creativa de la novela. Estoy totalmente de acuerdo con Calvino —que es uno de mis escritores preferidos. Yo estoy totalmente de acuerdo con él en que la novela es un método de conocimiento, pero un método de conocimiento que no recurre a las ciencias, aunque el autor esté imbuido de ideas científicas.

Yo creo incluso, con respecto a ciertos aspectos, que la novela no tuvo nunca la ambición de crear el microcircuito integrado o la cibernética, pero tampoco el microcircuito integrado o la cibernética pueden interrogar las profundidades existenciales del ser humano. Son dos órganos de conoci-

mientos que no se interfieren —o se interfieren quizás cuando buscan lo mismo en dos caminos diferentes que tienen también objetivos diferentes. Yo creo que para el conocimiento de nuestra condición humana, del enigma permanente que late dentro de esta condición miserable y a veces también muy sublime, los dos caminos de interrogación más profundos de ese enigma son la novela y la poesía. Y cuando hablo de interrogación pienso que lo que propone una gran novela son grandes cuestiones, grandes preguntas que la novela misma no puede responder, y su grandeza quizás está en eso: en su imposibilidad de responder a las grandes cuestiones, en su capacidad de plantearlas, porque una pregunta bien hecha ya tiene su rol cumplido y todas las respuestas que vengan van a ser simplemente abundamientos, expresiones pleonásticas, porque incluyen forzosamente la pregunta.

DM: *¿Cree usted que el futuro (¿y el pasado por qué no?) de la novela —ahora que tanto se habla del ya próximo siglo XXI— sea una novela que se aleja del modelo novela comúnmente aceptado, tal como Goethe lo preconizaba con estas palabras: “Todo lo que es perfecto en su género trasciende ese género para devenir otra cosa, incomparable”?*

ARB: Sí, yo estoy de acuerdo con eso. Pienso que justamente estas mutaciones que se producen por ley dialéctica y por distintos procesos de la mente humana, o de la historia humana, llegan a un extremo en que esa transformación solamente es posible a través de un salto más, y ahí se produce una cosa nueva, que a veces incluso no tiene nada que ver con lo anterior, el salto en sí es un salto de calidad muy alto que trabaja en otra dimensión.

Con respecto a la intraevolución de los géneros, y de su distinción o transformación, pienso que hace medio siglo que los novelistas vienen trabajando sobre la novela misma como materia. El hecho mismo de interrogarse sobre las estructuras novelescas, sobre las teorías literarias que forman todo ese mundo del metalenguaje de la narrativa, o lo que sea... han cambiado simplemente de

sujeto, han encontrado de pronto que este instrumento de la novela se ha enriquecido tanto que forma de por sí un continente y que vale la pena explorarlo. Este es uno de los recursos que a mí me guiaron para elaborar *El Supremo*: de pronto encontré que era mucho más interesante todo eso que bullía dentro de la palabra, dentro del lenguaje, para expresar algo, casi con más importancia que el tema mismo de la novela. Me han preguntado (sin yo poder responder por supuesto) si *El Supremo* era una meditación sobre el poder absoluto, sobre... ¡bueno sí, seguramente todo eso o ninguna de esas cosas! Pero pienso que mi esfuerzo mayor fue investigar en esta opacidad de las estructuras, de los elementos que se fueron acumulando sobre ese catalizador primero, que a veces es un elemento temático a veces casi sin importancia –ningún tema tiene importancia por sí mismo sino por lo que entorna; y claro uno se siente muchas veces seducido por lo trascendental, por lo sublime.

Yo creo que el elemento infinitesimal tiene también su tragedia y su dramatismo, solamente que en otra dimensión donde las medidas de los macrosistemas no funcionan, funcionan otras medidas. Pienso que eso también ocurre en la elaboración literaria: hay como un macrocosmos que trata de ser expresado a través de una zaga narrativa, y hay otro universo (una especie de puesta en abismo de ese macrocosmos) que es completamente diferente, para el cual ya no sirven las medidas ni las teorías, ni los conceptos que prevalecieron para reflejar esa otra dimensión mayor.

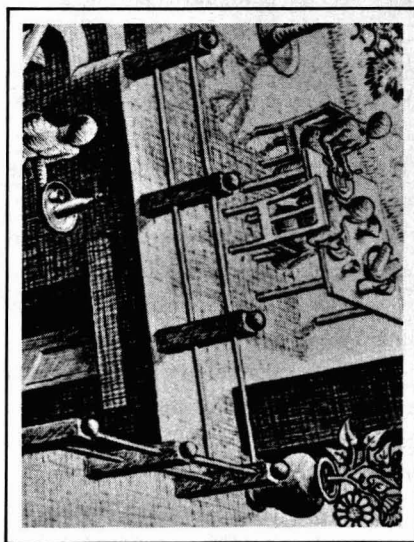
II. Yo el Supremo

DM: *El lector de Yo el Supremo tiene la impresión (cierta, presumo) de que una de las líneas directrices, dorsales de la novela, es el movimiento continuo-discontinuo: la escritura que se interrumpe y sin embargo continúa, el estilo que se modifica pero regresa páginas después, la lengua de metamorfosis bruscas que sigue siendo la misma, la historia que se interrumpe porque esa es su manera de avanzar, el tiempo que corre normalmente (continuamente) pero que se*



permite la discontinuidad de volverse mítico, el Supremo moviéndose a todos los niveles entre lo-que-tiene-una-sucesión y lo-que-no-tiene-sucesión... ¿Qué opina Roa Bastos de este “procedimiento” de su literatura?

ARB: Un autor es generalmente, y lo es sobre todo en mi caso, un lector que no ha leído su novela, y que por supuesto no la recuerda, solamente recuerda que ha escrito en algún momento algo cuyas intuiciones, cuyas pulsiones más secretas ya no puede reproducirlas, incluso ni interrogarlas. Muchas veces a mí me... es más, yo no he vuelto a leer *Yo el Supremo*, ninguna de mis obras porque... no por temor y... quizás por cierto temor de descubrir de pronto la inanidad de la literatura –en la mía–; de manera que entonces para prevenir esa especie de “desilusión” de la literatura o con la literatura a través de la mía, quizás por una cuestión de higiene, he procurado no releer mis



obras. A veces he tenido que, no leerlas pero corregir, por ejemplo, las pruebas, poniendo la total concentración de mi mente en cada letra, pero no en el texto para no equivocarme.

Yo no sabría muy bien explicar en el sentido más corriente y en el sentido también más complejo, mi texto. Yo creo que fue alimentándose de mi necesidad, de mi propia necesidad de interrogarme sobre las cuestiones, no solamente fundamentales del ser humano sino también sobre las pequeñas cosas. El problema mismo en un país donde la lengua castellana no es la más importante, es la lengua artificial, la lengua heredada. Nosotros tenemos en el Paraguay un problema muy complicado que es el de la cultura bilingüe. Se dice “bilingüe” porque no hay otra forma de expresar la coexistencia de dos lenguas: no hay un bilingüismo perfecto, pero decimos bilingüe para entendernos. Es el único país de América Latina donde toda la población (que no ha tenido muchos cambios por emigración y esas cosas) habla dos lenguas: la lengua derivada de la lengua autóctona, que sigue llamándose guaraní aunque ya no es guaraní, es decir, es un guaraní que dejó de ser guaraní y que lucha en un duelo terrible, que no ha cesado nunca, con una lengua que también ha dejado de ser.

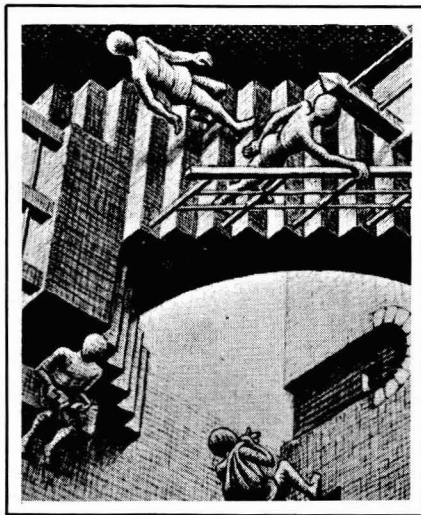
Imagine usted la complejidad de un país, de una colectividad, que no tiene dos lenguas, que simula tenerlas pero que no las tiene. Es un vacío por momentos vertiginoso. Cuando estoy escribiendo en castellano, que trato de hacerlo en castellano correcto, castizo, estoy bombardeado por las pulsiones del guaraní: yo miro la página en blanco, y cuando escribo “bosque”, repentinamente me salta a la cara la palabra “Ka’aguy” que en guaraní significa eso. “Ka’aguy” es “bajo la sombra del árbol”: lo define, define lo que hay en el bosque con esa característica de nuestras lenguas vernáculas. Yo creo que esto probablemente interfirió en el surgimiento de una literatura fuerte, intensa, porque el Paraguay es un país con una experiencia vital y colectiva muy fuerte; hubiera podido tener también una literatura pienso, igual a la mexicana o a la latina, o a la de los

demás países de América Latina, y en cambio, no surgió sino hasta los años de la década del cuarenta la primera novela del Paraguay, lo cual ya de por sí es la prueba de una anomalía, con Gabriel Casaccia. *Guahú* –“Ladrido de perro”, en guaraní– y *El bandido*, son los primeros atisbos narrativos; después vienen creo cuatro novelas de la Guerra del Chaco, muy mediocres, inferiores en todo caso a las buenas novelas que produjo Bolivia en el mismo tiempo; es incomparable la calidad de la novela boliviana de la Guerra del Chaco con las cuatro novelas o cinco que produjo el tema de la Guerra del Chaco en el Paraguay.

Hubo siempre una resistencia que los sociólogos de la literatura, los historiadores de la cultura en Paraguay, no han podido todavía ni siquiera plantear y menos averiguar. Yo les pregunto a veces, incluso un poco diabólicamente: ¿cómo, qué te parece que pasa aquí? Ah no, no; dan cualquier explicación; menos la de tomarse el trabajo de investigar este fenómeno que es uno de los fenómenos más interesantes que ha producido la literatura latinoamericana, por el hecho mismo de que no sea un hecho logrado sino una falla estructural de la cultura, y este es un tema que los paraguayos no vamos a poder explicarnos, esto lo van a ver mejor desde afuera, los expertos de afuera.

La cuestión lingüística es muy importante: una literatura se produce en una lengua, si esa lengua está quebrada, tiene anomalías, esas consecuencias las sufre la novela. Después está la cuestión de un destino trágico, de un país que fue totalmente devastado pocos años después de su independencia. De 1865 a 1870 se produce la primera guerra de América Latina, una guerra internacional, internacional porque los intereses que instigaron esta guerra de tres países, Argentina, Brasil y Uruguay, fueron intereses extraños a nuestra cultura latinoamericana. Esta guerra de cinco años destruyó completamente el Paraguay: de una población de 800 mil personas, quedaron unas 300 mil mujeres, niños, ancianos, inválidos, algunos centenares de hombres que después tomaron los puestos directivos en la política. Se salvaron los hombres que no

tenían ninguna posibilidad de enseñar la cultura, de enseñar a leer; de modo que este país fue destruido en sus valores más sensibles. Después, claro, esto originó una especie de agonía de la mente paraguaya con respecto a la explicación (que no la hay) de sus infortunios, y esto determinó el crecimiento monstruoso de un material constituido por folletos, la mayor parte anónimos, que es otro género desconocido en América Latina. Es el tema que yo llamo la “folletería paraguaya”, con



burla y risa de mis compatriotas, porque da la impresión de que uno está haciendo un juego de palabras: folletería como folletín o folletón. No, el folleto es la pequeña monografía sobre un tema histórico.

Los folletos se han encontrado incluso bajo tierra; los hay en bibliotecas privadas, públicas, nadie sabe la cantidad. Este es otro trabajo que tendrían que hacer los paraguayos porque ahí están, mal o bien expresadas, las vivencias de un siglo de historia nacional. Ya que no hay literatura, ya que no hay una historia oficial válida, puesto que la historia oficial es la de los vencedores. Yo he incitado mucho a mis colegas universitarios, a que estudien esos folletos, a mis amigos estudiosos de la literatura como es el caso de Ángel Rama, yo fui muy amigo de Ángel.

Hay una zona como de caza privada en la literatura latinoamericana que es la paraguaya: el punto de partida es la impresión de que no existe nada; esto desanimó bastante a los críticos y a los investigadores... En un terreno baldío

qué es lo que puede haber: huececillos, desperdicios, yerbas muertas. Pero no, hay una colectividad viva y hay, por lo menos, un tramo de la historia latinoamericana que no está registrada; y este hueco, esta falla, es decir la fractura que hay en la historia de la literatura latinoamericana, no perjudica solamente al Paraguay, afecta a toda la unidad de la historia latinoamericana en general, así como puede afectar el hecho de que se ignore la historia de la Revolución Mexicana, por ejemplo, a toda América Latina, no solamente a México. Somos a pesar de que estamos balcanizados, fragmentados, separados, un sistema de vasos comunicantes, porque yo no puedo pasarme sin las novelas de la Revolución Mexicana, porque entonces una gran parte de la verdad histórica latinoamericana se me esfumaría; como no puedo pasarme sin Borges –aunque mucha gente no lo lea–; no puedo pasarme sin Rulfo o sin sectores enteros de la novelística latinoamericana, y no solamente de la novelística, sino de la producción cultural en general.

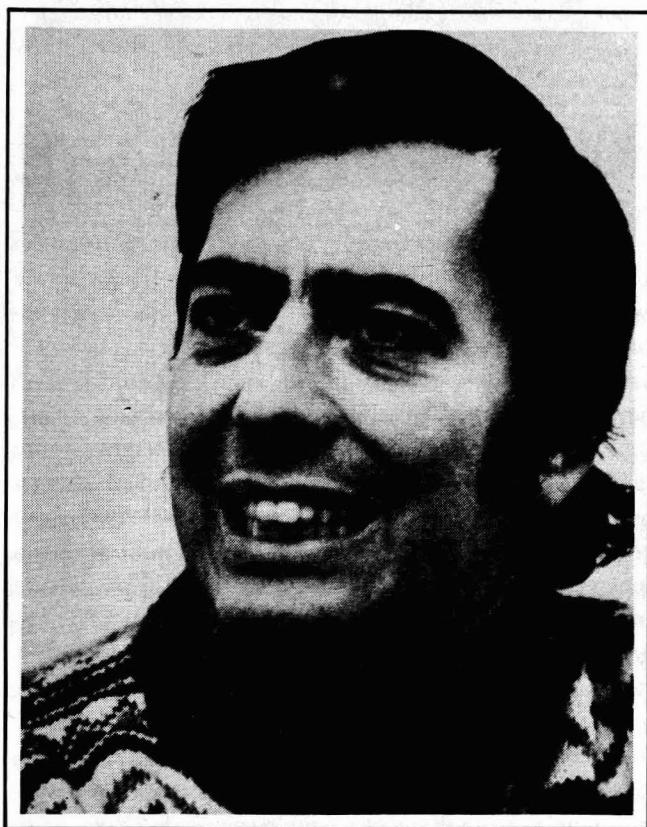
Pienso que este tema de la incógnita del Paraguay que formuló Alberto Sánchez sigue siendo una incógnita, no ha sido despejada esa incógnita ni por los paraguayos ni por los estudiosos de otros países. Esta existencia precaria de una literatura que no tiene todavía una tradición; en México, en Argentina, en Brasil, hay tradiciones riquísimas. Yo últimamente me estaba poniendo a leer literatura brasileña, me dediqué bastante porque pienso que hay una especie de giro en el Brasil hacia sus hermanos de América Latina, que es muy importante para nuestro destino y futuro. Encuentro que es una de las literaturas más ricas y más orgánicas de América Latina; tiene una fuerza, pero además todos los huecos se van cubriendo de una manera orgánica, y hay épocas enteras con valores de primer orden que van como transmitiendo una tradición y una herencia literaria muy rica y que no tiene igual. Nosotros tendríamos que estudiar la literatura brasileña con mucho interés y descubriríamos cosas que realmente nos hacen falta. Bueno, esto son ya digresiones... ◇

Apostillas al boom novelístico de América Latina

A estas alturas escribir sobre el *boom* de la novela en América Latina parece un estricto anacronismo; algunos de los críticos y novelistas más representativos de esta América se han encargado ya de construir una rica y sugerente serie de trabajos que perfila, a veces de manera polémica y visceral, a veces con notable precisión y acertados juicios críticos, lo que es, lo que contiene y lo que significa ese momento literario.

Con este trabajo pretendo retomar y destacar algunas líneas de reflexión que completen y complementen el arduo y laborioso trabajo que falta por realizar para el deslinde histórico y cultural de este acontecimiento, notable clave de la historia literaria de América Latina, y simultáneamente elemento de confusión para su estudio: "Una primera imagen de la arbitrariedad que caracterizaría al *boom*: el conocimiento de Mario Vargas Llosa fue anterior al de Julio Cortázar y el de éste anterior al de Jorge Luis Borges, lo que contribuyó a un notable aplanamiento sincrónico de la historia de la narrativa americana".¹

Para ello inicialmente revisaremos algunos de los trabajos ya publicados y con ellos ahondaremos en la búsqueda de elementos que permitan una interpretación más precisa y nítida y que contribuyan también a definir y a organizar articuladamente el proceso histórico de este género. Así en 1980, Ángel Rama publica una aguda reflexión: *El boom en perspectiva*² que constituye, sin la menor duda, el estudio más documentado e incisivo de aquel acontecimiento de la novela. Rama recoge y comenta en este ensayo las opiniones de algunos de los más célebres protagonistas de aquel suceso de la narrativa; de Mario Vargas Llosa destaca la perspectiva de creación individual que impone y define a la caracterización de la nueva novela; de Julio Cortázar subraya la importancia que le otorga al crecimiento y desarrollo del público lector en América Latina y la marcada búsqueda de identidad que, con algunos tintes políticos, está presente en las creaciones narrativas de la época: "La pluralidad de orientaciones políticas que ellas representan, entre el liberalismo y el socialismo, evidencia que la política no fue sino un componente secundario de



Mario Vargas Llosa

este nuevo y escurridizo planteo que cifraba el problema de la nueva generación de la identidad,"³ acota Ángel Rama.

Un tercer testimonio proviene de José Donoso, a quien comenta con el siguiente juicio: "En su ensayo se superponen y se desencuentran dos enfoques; según uno, el *boom* es una estética, aunque ejercida por talentos distintos; según otro es un movimiento vagamente generacional donde, por lo tanto, conviven estéticas tan disímiles y aun opuestas como la suya y la de Carlos Martínez Moreno, la de Julio Cortázar y la de Mario Benedetti";⁴ el ensayista uruguayo concluye la glosa de este testimonio al calificarlo de documento excesivamente particular, subjetivo y parcial.

Por otro lado destaca la importancia del desarrollo y auge

¹ Ángel Rama, "El boom en perspectiva", *La novela en América Latina, Panoramas 1920-1980*, México, Fundación Ángel Rama; Universidad Veracruzana, 1986, p. 236.

² *Op. cit.* Este texto fue presentado originalmente como ponencia al Coloquio *The Rise of Latin American Novel*. Wilson Center, Washington, octubre, 1979.

³ *Op. cit.*, p. 246.

⁴ *Op. cit.*, p. 248.

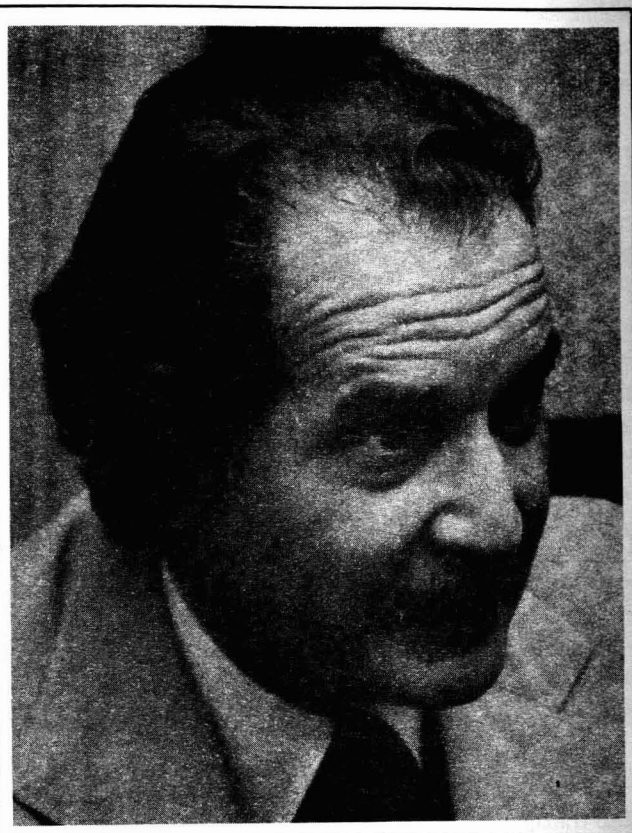
de las empresas editoriales que constituyeron un factor fundamental para la explicación de este fenómeno de las letras americanas; así, de manera muy clara, expone la notable proliferación de obras narrativas y de lectores:

El lector común, poco avezado en referencias bibliográficas ni ducho en ordenamientos generacionales, se vio en presencia de una prodigiosa y repentina floración de creadores, la cual parecía tan nutrida como inextinguible. De hecho no estaba presenciando una producción exclusivamente nueva, sino la acumulación en un decenio, de la producción de casi cuarenta años que hasta la fecha sólo era conocida de la élite culta. Se sumaron dos factores: la producción era realmente mayor y aún se volvió intensa por esta misma demanda, y además resultaba abultada por la reposición de los títulos anteriores de los escritores que volvían al mercado.⁵

Con particular incisión, Ángel Rama analiza el hecho y establece tres grandes articulaciones que contribuyen a una delimitación bastante rigurosa: el *boom* se aplicará exclusivamente a la narrativa contemporánea de América Latina; el aspecto comercial no es el factor determinante y exclusivo de este acontecimiento: "Es obvio que las ventas no puedan extrapolarse al campo de los valores artísticos"⁶, inclusive, insiste en que detrás de todo este auge existe un criterio de carácter estético y cultural, aspectos de valorización y jerarquización cuyos juicios nunca fueron suficientemente definidos ni identificados pero que se sustentaban en determinados valores intrínsecos de las obras narrativas; juicios que respondieron muchas veces a grupos y dejaron al margen a innumerables autores de alto significado en la producción novelística y poco contribuyeron al deslinde de una imagen armónica, integral y bien estructurada de la historia de la novela.

Otro muy rescatable ensayo, balance hasta el año de 1972, lo constituye el texto de Emir Rodríguez Monegal *El boom de la novela latinoamericana*,⁷ que había aparecido en cuatro entregas en la revista *Plural* con el título común de "Notas sobre (hacia) el boom", estudio rebotante también de informaciones de un crítico, que como Rama, fue testigo directo de aquella notable circunstancia cultural. Con precisión Rodríguez Monegal analiza aspectos como: El origen, Los orígenes; Una mirada retrospectiva; Los maestros de la nueva novela; Nueva y vieja nueva novela, y Los nuevos novelistas. Este trabajo establece una secuencia de observaciones que configuraron, en su momento, un análisis de carácter panorámico muy certero. De este estudio, indispensable para el conocimiento de este apogeo, se puede destacar una muy elocuente observación:

En medio de tanto ruido, tanto furor y estrépito que significan nada, hay toda una literatura que el *boom* ha servido



Carlos Fuentes

para revelar, para ayudarla a no ser folklórica y marginal, para hacerla saltar al centro del ruedo. Es esa literatura lo que importa y no las retumbantes resonancias del *boom*; esa literatura la que conviene analizar y no las incoherencias de una carrera de algunos hacia una meta ilusoria. El *boom* (cualquiera sea el juicio que con una perspectiva histórica llegue a merecer) no es sino el fenómeno exterior de un acontecimiento mucho más importante: la mayoría de edad de las letras latinoamericanas. Esa mayoría de edad no ha sido otorgada por el *boom*: ha sido puesta en evidencia por el fenómeno publicitario. Si no hubiese existido esa literatura, el *boom* habría sido imposible.⁸

Otros trabajos que comentan de manera parcial o tangencial aquel periodo son: *Los nuestros*⁹ de Luis Harris, conjunto de entrevistas realizadas a diez escritores latinoamericanos, que incluye un prólogo con una visión general que el propio Harris ajusta y corrige tres años más tarde con un "Epílogo con retracciones"; de John Brushwood, *La novela hispanoamericana del siglo XX, una vista panorámica*,¹⁰ que incluye un prólogo donde reflexiona de manera sinóptica sobre este deslumbrante hito de la narrativa en nuestro continente; *Nueva novela latinoamericana I*, colección de ensayos recopilados por Jorge Lafforgue, que hace un valioso prólogo donde él mismo se pregunta y se responde: "Ante todo, ¿qué es esto de la nueva

⁵ *Op. cit.* pp. 270-271.

⁶ *Op. cit.*, p. 262.

⁷ Emir Rodríguez Monegal, *El boom de la novela latinoamericana, ensayo*. Caracas, Tiempo nuevo, 1972.

⁸ *Op. cit.*, pp. 57-58.

⁹ Luis Harris y Bárbara Dohmann, *Los nuestros*, Buenos Aires, Sudamerica, 1966.

¹⁰ John Brushwood, *La novela hispanoamericana del siglo XX, una vista panorámica*, México, FCE, 1984.

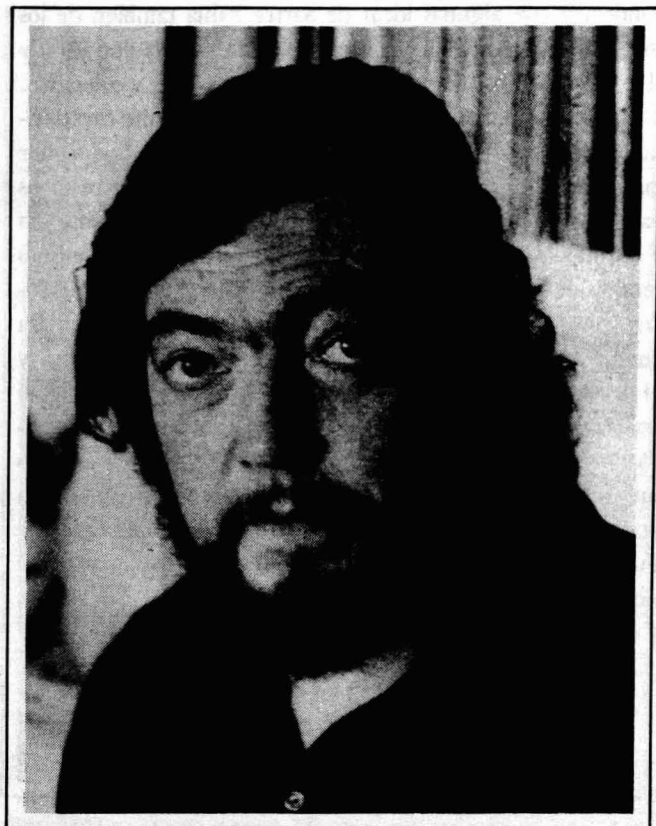
novela latinoamericana? Hay dos respuestas previsibles: la primera, se vive un presente pletórico; la segunda, nos hallamos ante una mera maniobra publicitaria. Desde ya ni lo uno ni lo otro. Y si ambas cosas a la vez; y muchas otras también."¹¹ Con estas palabras introduce una exposición muy compendiada sobre el fenómeno literario que nos ocupa.

Ahora bien, entre los narradores, ensayistas y críticos de ese suceso, ya se ha mencionado a Mario Vargas Llosa, autor del artículo "Novela primitiva y novela de creación en América Latina",¹² a José Donoso con *Historia personal del boom*¹³ y a Carlos Fuentes con *La nueva novela hispanoamericana*,¹⁴ trabajos críticos cuya difusión y repercusiones, al igual que sus novelas, han sido exhaustivamente utilizados, citados y referidos como notables contribuciones para la caracterización de este clímax novelístico latinoamericano.

Este espectro de novelistas que se enfrentan a la obra narrativa de su momento y que ensayan un discurso intelectual, trabajo crítico y de interpretación, constituye otra de las muy notables características de los escritores de esa época; como intelectuales, narradores o poetas, se enfrentan a trabajos ensayísticos donde exponen con notable imaginación y rigor múltiples aspectos de la sociedad contemporánea; así el mismo Ángel Rama, sustento de esta serie de comentarios, los califica de:

Intérpretes, grandes mediadores entre su público literario y la problemática global de la época. Esta capacidad intelectual los dotó de una mayor audiencia y les permitió actuar sobre el medio en diversas formas. Sus opiniones fueron recabadas para diversos aspectos de la vida nacional y los discursos que produjeron se soldaron a su obra estrictamente literaria dotándola de una fundamentación explícita.¹⁵

Con esta advertencia cabe señalar que novelistas como Agustín Yáñez¹⁶, Augusto Roa Bastos¹⁷, José María Arguedas¹⁸ y Alejo Carpentier, entre otros, han dejado, en mayor o menor grado, ensayos que enfrentan el fenómeno literario; de los mencionados narradores me referiré al cubano Alejo Carpentier, quien "de insaciable curiosidad intelectual y de aguda



Julio Cortázar

penetración en asuntos de cultura moderna"¹⁹ lega una amplia obra narrativa y ensayística; este escritor construye un juicio protagónico, da cuenta del fenómeno desde dentro. A pesar de haber sido, en innumerables ocasiones, excluido de este privilegiado y exclusivo grupo, su obra recibió los beneficios pero también los daños y perjuicios que ocasionó este fenómeno.

Desde su colección de ensayos *Tientos y diferencias*²⁰ enfrenta el discurso novelístico como motivo de sus reflexiones; en el libro mencionado incluye varios textos: "Problemática de la actual novela latinoamericana", "Literatura y conciencia política en América Latina" y "De lo real maravillosamente americano" (este último fue en parte prólogo y sustento teórico de su novela *El reino de este mundo* (1949):

De este libro pionero de los trabajos ensayísticos de los novelistas que coincidieron en el *boom* y de la reflexión específica de Carpentier, se destaca inicialmente su rechazo a la tradición nativista, en la que el propio novelista había incursionado en 1932 con *Ecué-Yamba-O*; en este sentido el propio Carpentier propone que "Al ver cuán pocas veces han dado los novelistas cubanos, hasta ahora, con la esencia de La Habana, me convenzo que la gran tarea del novelista americano de hoy está en suscribir la fisonomía de sus ciudades en la literatura universal, olvidándose de tipicisms y costumbrismos."²¹

De alguna manera, Carpentier está ubicando y definiendo el nuevo sentido de la narrativa de América Latina. En corres-

¹¹ Jorge Lafforgue, (comp.) *Nueva novela latinoamericana, I*, Buenos Aires, Paidós, 1972.

¹² Mario Vargas Llosa, "Novela primitiva y novela de creación en América Latina", *Revista de la Universidad de México*, vol. XXXIII, n. 10, jun. 1969, pp. 29-36.

¹³ José Donoso, *Historia personal del boom*, Barcelona, Anagrama, 1972.

¹⁴ Carlos Fuentes, *La nueva novela hispanoamericana*, México, Joaquín Mortiz, 1971.

¹⁵ Ángel Rama, *Op. cit.*, p. 248.

¹⁶ Agustín Yáñez, *El contenido social de la literatura iberoamericana*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociales, 1943 (Jornadas, 14).

¹⁷ Augusto Roa Bastos, "Imagen y perspectivas de la narrativa latinoamericana actual", Aurora Ocampo, *La crítica de la novela iberoamericana contemporánea*, México, UNAM, 1973.

¹⁸ José María Arguedas, "La novela y el problema de la expresión literaria en el Perú", "La narrativa en el Perú contemporáneo", Juan Larco, *Recopilación de textos sobre José María Arguedas*, La Habana, Casa de las Américas, 1976, pp. 397-420.

¹⁹ Ángel Rama, *Op. cit.*, p. 284.

²⁰ Alejo Carpentier, *Tientos y diferencias*, México, UNAM, 1964.

²¹ Alejo Carpentier "Problemática de la actual novela latinoamericana", *Tientos y diferencias*, México, UNAM, 1964. p. 14.

pondencia con algunas ideas de Sartre habla también de los contextos específicos con los que debe trabajar la literatura y el arte: contextos políticos, científicos, materiales y colectivos.

Como un señalamiento certero y verdaderamente caracterizador del proceso novelístico de su época, Alejo Carpentier marca para los años de 1950 a 1970, el cambio de recursos nativistas y técnicas narrativas tradicionales por la afirmación y búsqueda de nuevos recursos narrativos.²² En este mismo sentido define la búsqueda individual de mecanismos narrativos como una tarea esencial de la novela de esa época. Da cuenta también de la notable presencia de la literatura y el arte latinoamericanos en países y centros de cultura donde tradicionalmente habían tenido escasos o nulos reconocimientos. En esta reflexión destaca cómo la novelística alcanzó un magnífico desarrollo en América Latina y logró una gran aceptación, repercusión e influencia fuera del continente. De manera ya específica, sobre el momento que comentamos, este novelista cubano sienta en el banquillo de los acusados al *boom* y da su punto de vista:

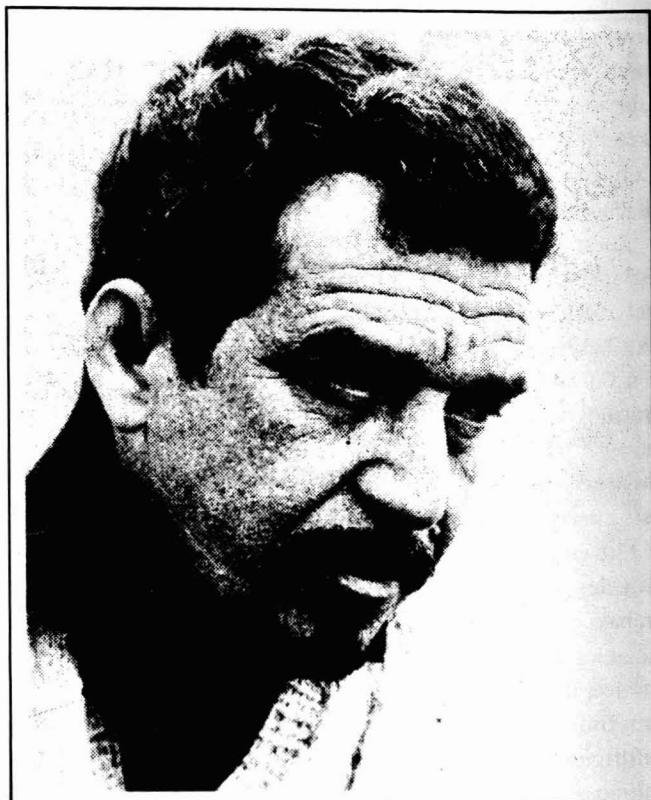
Los que llamaron *boom* al éxito simultáneo y relativamente repentino de un cierto número de escritores latinoamericanos, les hicieron muy poco favor, porque el *boom* es lo que no dura. (...) Lo que se ha llamado el *boom* es la coincidencia en un momento determinado, en el lapso de unos veinte años de un grupo de novelistas casi contemporáneos.²³

Una primera premisa que marca Alejo Carpentier para este hito literario es la delimitación de un periodo de dos décadas donde confluyen innumerables novelistas, sin límite de edad, ni peculiaridades específicas; este auge novelístico, centralizado originalmente en unos cuantos novelistas, incluyó a final de cuentas a autores de muy diverso cuño y calidad, sin discriminación de preocupaciones estéticas o compromisos ideológicos.

Como señal de relativa homogeneidad, el narrador cubano marca el aspecto de la desprovincialización a cambio de una postura de carácter más general y universal; alude, sin entrar en matices, a otros elementos caracterizadores de este nada homogéneo conjunto de narradores:

Porque son de buena técnica, son interesantes de técnica, y porque tratan temas americanos en casi todos los casos. Temas americanos, con una apertura de visión sobre el mundo de las ideas, sobre el mundo, sobre las cosas en general, con una universalización de los personajes que hacen que esos personajes puedan ser entendidos fuera del ámbito hispanoparlante.²⁴

Con precisión y con un directo conocimiento de causa, el propio Carpentier invoca, como mencioné con anterioridad, la amplia divulgación de esta literatura en otros países,



Gabriel García Márquez

circunstancia que se sustenta en la notable madurez y fino acabamiento de la novelística americana:

Y por eso es que todos esos escritores son traducidos al francés con un éxito enorme, en una colección específica que es *Croix du Sud*, la Cruz del Sur, de Roger Caillois, que fue la primera colección en Francia dedicada exclusivamente a América Latina.

Se tradujeron al inglés, se tradujeron casi todas en la Unión Soviética, con muy grandes tiradas, en los países socialistas, donde hay un interés muy grande hacia América Latina, y se ha llamado *boom* a lo que es un legítimo éxito, en un momento dado, por una convergencia y coincidencia de novelistas que se manifiestan en dimensión mayor, es decir, en plena madurez, en un momento dado. Pero eso es un fenómeno, casi diríamos generacional.

Por lo tanto no hay ningún *boom*, hay una cuestión de calidad. Ahora, que dentro de eso que llamamos *boom*, y que se transformó durante dos o tres años en un pequeño cenáculo, me hayan dejado fuera, yo me alegro mucho, porque no me gusta pertenecer a algo que no existe. Me parece que pertenezco sencillamente a una época en que se produjeron grandes novelas y yo en mi terreno he tratado de ser lo que he podido, pero yo no creo en el tal *boom*.²⁵

De manera rotunda, Alejo Carpentier niega la existencia del *boom*, pero esta negación se orienta más al nombre inglés que tanto ruido causó a muchos críticos por su identificación con aspectos meramente comerciales, que a la realidad objetiva e indiscutible: época y épica dorada contemporánea,

²² Cfr. Alejo Carpentier, *Op. cit.*, p. 14.

²³ Alejo Carpentier, *Afirmación literaria americanista, Encuentro con Alejo Carpentier*, Caracas, Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 1978, p. 28.

²⁴ Alejo Carpentier, *Op. cit.*, p. 29.

²⁵ *Op. cit.*, pp. 29-30.

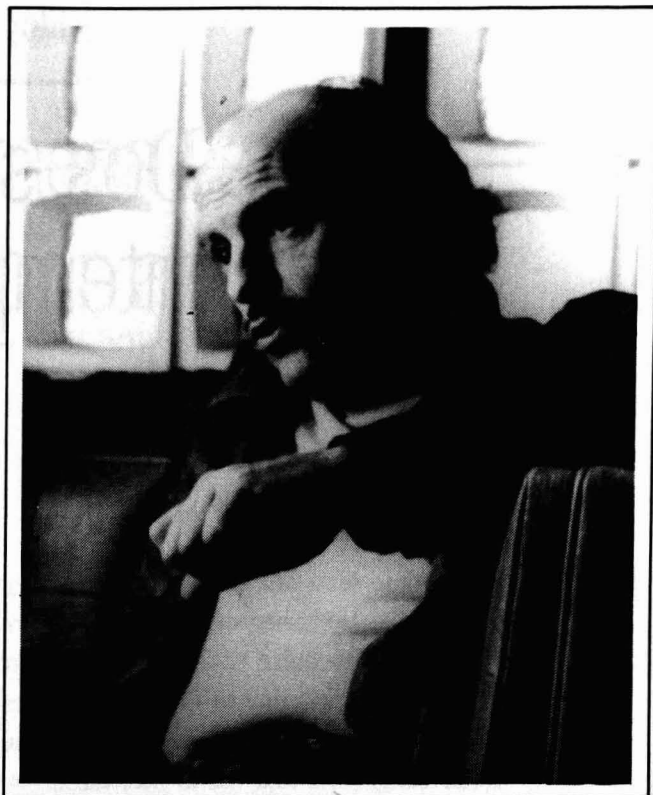
momento de grandes obras y de grandes autores para la historia de la novela en América Latina.

El auge de nuestra novela, que se realizó fundamental y sorprendentemente, durante la década de 1960-1970, estuvo determinado por múltiples aspectos sociales: un notable crecimiento demográfico, un mejoramiento en los niveles de vida y educación, un magnífico desarrollo de la industria editorial (Losada, Emecé, Sudamericana, Compañía General Fabril Editora, Jorge Álvarez, La Flor, Galerna, FCE, Era, Joaquín Mortiz, Nascimento, Zig-zag, Alfa, Arca, Monte Ávila, Seix Barral, Lumen, Anagrama); el surgimiento de revistas y suplementos culturales; pero de manera esencial, la existencia de un grupo de escritores cuyas obras son el resultado de un minucioso y elaborado proceso de maduración, cuyos verdaderos antecedentes se gestaron, prodigiosamente, varios siglos antes; Carlos Fuentes en "Los hijos de Don Quijote"²⁶ habla de esta circunstancia que parece una verdad de perogrullo pero que es necesario subrayar y caracterizar: "Eran portadores de valores propios, de tradiciones pacientemente urdidas a lo largo de los siglos y de renovaciones sólo compatibles con estas tradiciones, pero capaces, al mismo tiempo, de contribuir a la acción común de la humanidad."²⁷

El ensayo de Carlos Fuentes, elegante e inteligente reflexión sobre la cultura y la novela contemporánea de América Latina, apunta la continuidad asombrosa en la historia de nuestros quehaceres intelectuales, el vigor magnífico de la vida cultural y el exceso y la excelencia de la imaginación que caracteriza a la novela latinoamericana, al mismo tiempo que establece la rica trabazón, cúmulo de influencias y deudas, con los pasados inmediato y mediato de la narrativa contemporánea de nuestro continente.

Cabe destacar también que anteriormente, por lo menos en tres momentos, la literatura de América Latina ha tenido ya, en menor escala y con menos resonancias y repercusiones, momentos protagónicos: a fines del siglo XIX, el modernismo con Rubén Darío a la cabeza, las vanguardias poéticas (Vallejo, Huidobro y Neruda) y el nativismo narrativo (Gallegos, Quiroga, Güiraldes, Rivera, Martín Luis Guzmán), presencias preeminentes por lo menos en el ámbito de las literaturas hispánicas.

Al margen de las consideraciones sociológicas e ideológicas derivadas de este sólido y sustancial fenómeno cultural conocido como el *boom*, se debe proceder a desarticular ese conglomerado de nombres y obras que de manera tumultuosa y confusa lo configuran. Algunos críticos e historiadores han iniciado, con investigaciones señeras nada desdeñables, este monumental trabajo: John S. Brushwood ofrece un vasto panorama sobre la evolución de la novela de 1900 a 1970²⁸; Jean Franco²⁹ ha establecido algunos lineamientos para



Ángel Rama

la comprensión de la cultura moderna de América Latina; Cedomil Goic³⁰ contribuye con una historia colectiva que constituye una nueva modalidad y aporte para el estudio de la literatura de nuestro continente; Ángel Flores³¹ mediante una amplísima selección antológica delinea un perfil para la narrativa, y, entre otros, Fernando Alegría que reescribe su *Historia de la novela hispanoamericana*³² (con una nueva tercera parte que atiende las épocas más recientes: La ruptura, Los años setenta, Carnaval: la dictadura y el exilio; la novela de la liberación). "Hoy, escribe Alegría, enfoco centralmente la novelística del siglo XX y, en particular, las obras cumbres de los últimos cuarenta años."³³

Se trata, entonces, de desglosar esa aparición simultánea, de explicar ese aparente milagro, de revisar los criterios existentes para organizar y estructurar nuevas líneas de investigación que permitan entender, con diaphanidad, el proceso y la continuidad de este género, tan caro ya a nuestra tradición literaria; de establecer un método idóneo que permita mostrar los vínculos y relaciones con la historia cultural y social y establecer otros principios de análisis y de síntesis y nuevas propuestas que permitan mostrar y contar esta prodigiosa historia de la novela de América Latina, que el bien o mal llamado *boom* puso en un sitio de indiscutibles privilegios e inagotables asombros. ◇

²⁶ Carlos Fuentes, "Los hijos de Don Quijote", *Nexos*, año 14, vol. XIV, n. 157, ene-1991.

²⁷ Carlos Fuentes, *Op. cit.*, p. 43.

²⁸ John S. Brushwood, *La novela hispanoamericana, una vista panorámica*, México, FCE, 1984.

²⁹ Jean Franco, *La cultura moderna en América Latina*, México, Joaquín Mortiz, 1971. *Historia de la literatura Hispanoamericana, a partir de la independencia*, Barcelona, Ariel, 1975.

³⁰ Cedomil Goic, *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana, III, época contemporánea*, Barcelona, Crítica, 1988.

³¹ Ángel Flores, *Narrativa hispanoamericana, 1816-1981, Historia y antología*, ocho volúmenes, México, siglo XXI, 1981-1985.

³² Fernando Alegría, *Nueva historia de la novela hispanoamericana*, Hanover, Ediciones del Norte, 1986.

³³ Fernando Alegría, *Op. cit.*, p. 1.

Dos sonetos contemporáneos

A XAVIER VILLAURRUTIA

Decir cómo sentí una vez la muerte
y estimarla. No haber sino querido
abrazarme a su dulce voz sin ruido
y tentar su caricia que es inerte.

Decir cómo sentí una vez la suerte
de morir, y quizás haber sentido
puntual, súbitamente, del nacido
la ternura, el cariño de la muerte.

Decir cómo primero un resquemor
y la sombra de un dios que te reclama
el cuerpo tibio aún, oña se inflama

y no obtienes cauterio de su ardor.
Casi idéntico halago y peor temor
el del pecho deseado si te llama.

A JORGE CUESTA

*en la lectura de A pesar
del oscuro silencio de
Jorge Volpi*

Por el deseo todo es movimiento,
por su nube es que observo y se difunde
lo que veo. Mirar es que se funde
en el espacio intacto el pensamiento.

Sentir es contemplar el sentimiento
en ese espacio, es ver que se le infunde
vaivén a lo que siento y pronto se hunde
si sé que observo fijo el movimiento.

La realidad velada soy yo mismo,
yo mismo quien por dentro lo de fuera
observa y sabe escruta siempre afuera

que es adentro. Soy yo que me enmismo
en mi alma y reconozco lo que veo.
Es mi mirada asiendo su deseo. ◇

Dos homenajes pasados por agua

1

El pez león, extravagante y ocre
y blanco caramelo de arrecife,
perfecto casi de tarea, en su bizarrería
abigarrada de estandartes únicos,
con unos ojos gachos, muchas lanzas
ponzoñosas, muchas, maravillosas y se va,
siempre se va –con la actitud del que se sabe
aterradoramente hermoso y despreciado–
siguiendo en sus pucheros su mandíbula,
su labio bajo de tristeza enorme, infinita,
a ver a quién saetea, pa que sepa.

2

Anguila lobo, anguila lobo, pues
¿qué hiciste cuando gente, qué pecados
de omisión te trajeron a penar
con ese gesto, en tanto frío? ◇

La mandíbula del tiempo

Moi-même me détruisant et me consumant sans cesse
en moi-même dans une grande fête de sang.

La pratique de la joie devant la mort.

Je suis moi-même la guerre, proclama Bataille en un artículo redactado durante la Segunda Guerra Mundial. A través de la guerra el hombre es capaz de *crear* el horror en toda su plenitud. Acto en el que se cobra una venganza merecida contra lo imposible. Esta capacidad de crear el horror ciertamente lo dignifica, pues ya no sólo tiene que *soportarlo*, sino que lo *produce*. La guerra restituye el orgullo del hombre, liberándolo por un momento de la humillación a la que su destino lo tiene condenado. Un modo efectivo de burlarse de la muerte es correr hacia ella.

Así, la guerra levanta el cerco de los límites, se contagia entre nosotros como no lo hace ninguna otra clase de horror. La verdad del mundo es una verdad guerrera, orgiástica. "...el arco, pues, tiene nombre de vida, pero obra de muerte", aseveraba Heráclito. Y es en este sentido heracliteano que Bataille habla de la verdad trágica del mundo, de los seres que en él viven:

Me represento un movimiento y una excitación humanos cuyas posibilidades carecen de límite: ese movimiento y esa excitación no pueden ser *apaciguados* más que por la guerra.

Me represento la dádiva de un sufrimiento infinito, de la sangre y de los cuerpos abiertos, a imagen de una eyaculación, derribando al que sacude y abandonándolo a un agotamiento ahito de náuseas.

Me represento la Tierra proyectada en el espacio, semejante a una mujer que grita con la cabeza en llamas¹.

La guerra es el ámbito natural del sacrificio y de la muerte. Este mundo, de pronto furioso, súbitamente sacudido por la mayor de las convulsiones, una devastación sin tregua extendida por todos sus rincones, se convierte en un suplicio, cuyos miembros dispersos son otros tantos cuerpos desgarrados, mutilados, masacrados. Atroz resulta el suplicio

Leng-Tch'e porque es iluminador de nuestra verdad trágica. Ocurre lo mismo con la guerra; más la aborrecemos cuanto más nos enfrenta a dicha verdad. Por eso, la infamia pierde en ella su sentido péfido. Por eso también todos, hombres y naciones, la consideran odiosa.

Ayer, cobardes y avariciosos; en tiempos de guerra los hombres gastan, dilapidan, aun sus propias vidas. Bataille ahonda en el significado de este acto insoportable, revelándonos con crudeza lo que ningún moralista ni idealista ha querido admitir. Que la paz se establece bajo la condición de un no-consumo de todas las energías, incluidas aquellas que son rechazadas por patológicas. El orden se conserva por su empecinamiento en excluir lo infame. De cualquier modo, estas dos artimañas no engañan al que sabe que la vida humana atrae la inmundicia. Por resistirse a integrar en su curso procesos que la amenazan —la pérdida, la ruina—, la paz provoca contra sí la guerra, justamente cuando se define como guardián protector de tales procesos. Este mundo lánguido, deprimido, temeroso de la disolución, no es lo bastante fuerte para oponerse a la convulsión. Toda sociedad que sólo se preocupa por acumular, vive expuesta a catástrofes considerables, impotente para organizar depresiones *ritualizadas*. Y esas catástrofes poseen dos nombres: revolución y guerra. La primera, fractura de un conjunto de energías heterogéneas dentro de un mundo siniestramente homogéneo. La segunda, una clamorosa explosión de las mismas energías, cuya finalidad es el gasto inútil, el despilfarro de una exhuberancia extrema. Por tanto, la revolución consiste en una depresión previsible, casi local, con metas más o menos definidas. En cambio, la guerra desconoce cualquier límite. El desorden que la anima no intenta marcar el rumbo hacia un nuevo orden, característica que la convierte en un acto enigmático y fascinante.

No cabe duda. La guerra es el éxtasis. A la par, la muerte consume estrepitosamente lo que vive y respira; consume la alegría de *existir* de todo lo que florece en el mundo. La vida de cada ser exige que todo lo vivo se ofrezca como dádiva, que se aniquile sin cesar. "Me represento cubierto de sangre, destrozado, pero transfigurado conforme al mundo, al mismo tiempo como una presa y como una mandíbula del TIEMPO...", observa Bataille. Dispuesto a exterminar y ser exterminado, el hombre *quiere* decir sí al mundo y al horror que éste conlleva. Sin embargo, esta actitud es esporádica. Al igual que el ojo humano rehuye la visión frontal del sol,

¹ Georges Bataille, *Oeuvres Complètes*, Gallimard, NRF, París 1970, t. I, p. 557.

cuando el cráneo de Dios estalla, nadie oye. Holocausto no es otra cosa sino el cráneo de Dios reventando con estrépito. La razón hecha trizas, despedazada en jirones, aplastada como un insecto en el campo de batalla.

Por supuesto, el tema de la exterminación plantea el problema acuciante de la racionalidad y de la irracionalidad. ¿Acaso no es también necesaria la razón para que exterminemos? En ningún momento se preocupa Bataille en dictaminar cómo debería ser el mundo. Un trabajo así corresponde a los moralistas. Muy diferente es lo que emprende: la disección del mundo como él lo ve. ¿Que la guerra es detestable porque pone al descubierto la irracionalidad del hombre? Pocas aserciones causan un alud de risotadas como ésta. Comparado con los animales salvajes, el ser humano y sus sentimientos equívocos son más irrisorios que en ninguna otra comparación. “Tantos animales en el mundo y todo lo que hemos perdido: la crueldad inocente, la opaca monstruosidad de los ojos, apenas distintos de las pequeñas burbujas que se forman en la superficie del lodo, el horror vinculado con la vida como un árbol con la luz”².

Aceptémoslo. La guerra fascina a los hombres. Acuden a ella como si asistieran al maravilloso espectáculo de una hierofanía, la llegada a este mundo de lo sagrado más tenebroso. Es un error juzgarla en términos políticos. Política es lo que la justifica; políticos son sus resultados. Pero no ella misma. La guerra es el juego donde los individuos ofrecen aquello que la sociedad civil no les permite entregar. Y como juego inevitable, algún día estalla. Los apetitos, la rabia, la violencia que la paz frena con enorme esfuerzo, son liberados por la guerra. En suma, la prodigalidad insensata del hombre encuentra su cauce en el transcurso de esta fiesta igualmente pródiga, igualmente insensata.

Bataille llega a opinar que la paz no es un aspecto natural de la sociedad, o mejor, de *todas* las sociedades. Sus miembros evitan darse cuenta de que están a tal punto desvinculadas, que sólo la guerra, paradójicamente, las salva de su desaparición. Sólo ella es capaz de liberarlas del tiempo, de su esclavitud al trabajo y del cálculo que implica su preocupación desmedida en producir riqueza, de los proyectos y fines con los que dirigen la vida de los individuos. La guerra posee este poder que consiste en develar un hecho: la paz miente al pretender regir el mundo como si en él la muerte no existiera. Peor aún, como si la muerte no tuviese un claro sentido político. Bataille advierte en un breve ensayo, *L'obélisque*: “El ‘soplo del espacio vacío’ es lo que se respirará ALLÍ —allí donde las interpretaciones hechas en el sentido de la política inmediata ya no tienen sentido— donde el suceso aislado no es sino el símbolo de un acontecimiento más grande. Pues lo que ha caído en un vacío sin fondo es el *cimiento* de las cosas. Y aquello que se propone una conquista impávida —no ya un duelo en el que se juega la muerte del héroe contra la muerte del monstruo, a cambio de una duración indiferente— no es una criatura aislada, es el vacío mismo y la caída vertiginosa; es el TIEMPO. Pues el movimiento de toda la vida coloca ahora

al ser humano en la alternativa de esa conquista o de un retroceso desastroso. El ser humano llega al umbral: allí es necesario precipitarse vivo en lo que ya no tiene ni cimientos ni cabeza”.

Hoy, las sociedades desprecian el valor esencial del sacrificio. Por ello están desarticuladas, porque el sacrificio es el acto que hace de la muerte el elemento unificador de una comunidad social. En lugar de encubrir el poder disolvente que la muerte posee, lo conduce a su nivel más alto de intensidad. Esto que los pueblos “primitivos” sabían de sobra, ha querido ser olvidado por las sociedades “avanzadas”. La muerte a través del sacrificio es el origen y fundamento de la heterogeneidad social. De ahí su sentido político. Cualquier sociedad



obtiene de la muerte la trascendencia que le asegura una continuidad de generación en generación. Miserable es el hombre no porque muera, sino por querer escapar al destino. El miedo a morir es el principio universal de la avaricia. Morir ricamente o morir pobremente, es la única opción que tenemos, “vivir la muerte florida de mayo o la muerte sombría de noviembre”.

“La muerte es el gasto total”, comenta Bataille en *La limite de l'utile*, libro incompleto que escribe entre 1939 y 1945, primera versión inédita de su obra posterior titulada *La part maudite*. La guerra es también dilapidación. Una muerte humana es el quejido de la Tierra moribunda, puesto que toda pérdida que sucede en su superficie es señal de agotamiento. Mediante la guerra, los hombres pagan a la muerte un tributo real a la vez que simbólico por el olvido que antes mencioné. La guerra adquiere sin duda una dimensión sagrada. Los inocentes pagan ese tributo, arrastrados por la prodigalidad devastadora que anhela sepultar todo bajo ruinas. Y pagan debido a que los muertos en guerra no son ni más ni menos inocentes que cualquier otro muerto. Por otra parte, el sacrificio representa el pago de ese mismo tributo, pero de un modo simbólico. ¿Cómo? Ritualizando la muerte. Dicha ritualización une a los vivos por medio de un pacto, armoniza su poder de conflagración, tanto individual como social, convocando a la muerte a instalarse entre ellos.

En tiempos de guerra, para qué juzgar. O se actúa, o uno se contagia de la fascinación silenciosa que pronto se apodera de

² *Ibid*, p. 208.



todos los vivos. La conciencia nada puede hacer. La guerra desborda por mucho sus límites. "Campo de concentración", la llama Bataille. En efecto, campo de una concentración siempre incompleta, nunca cerrada, que únicamente reúne lo que reflejan los innumerables espejos de la vida. Para experimentar los valores que propone el combate, el acto de ofrecerse como dádiva, es preciso dejarse zamarrear por el sinsentido, no reflexionar.

Je suis moi-même la guerre. Quien profiere esta frase lo hace con justificada razón. Recordemos el carácter de Pólemos inseparable del nombre de Bataille. Durante los seis años que dura la Segunda Guerra Mundial, no sorprende que haya dado su consentimiento a la guerra. Aunque no participa, tampoco la rehuye. Sobre todo, se dedica a *observarla*. Descubrirá que el éxtasis y el terror son idénticos. La guerra, el sacrificio ritual, la vía mística, son el remedo humano de los juegos del cielo que siempre nos han cautivado. Gracias a ellos disponemos del fuego y de la muerte. Bataille no predica, no se ocupa en alertarnos, no enjuicia el homicidio de unos hombres a manos de otros hombres. Con los ojos abiertos, sin parpadear, recorre la extensión de una tierra convertida en osario. Allí se experimenta, mejor que en cualquier otro sitio, el lazo que une al placer con la angustia. Es la verdad desgarrada del amor. En *Le bleu du ciel*, Troppmann y Dirty-sí, Dirty, Sucia- hacen el amor en el cementerio de Trèves. Francia, Europa entera, transformadas en un gigantesco osario. ¡Qué gloria! En esos seis años, Bataille viaja por los territorios de la Francia ocupada y libre. En más de una ocasión habrá tenido oportunidad de verificar la seducción infecta que emana de los cuerpos muertos. La proximidad del horror, las ejecuciones sumarias, los fusilamientos, los cadáveres pudriéndose por doquier en las fosas, configuran un universo humano que baja por voluntad propia a los infiernos. Presa y mandíbula del tiempo, el hombre se eleva a la dignidad de un animal que mata sin cesar y es matado sin tregua.

Pese a sentirse fascinado por la guerra, Bataille fue discreto. En sus textos donde aborda el tema, no hay el menor rastro de una grosera apología. Los fragmentos más sobrecogedores no le pertenecen; son párrafos del libro *La Guerre, notre Mère*, escrito por Ernst Jünger en torno a la Guerra del 14, que Bataille transcribe por extenso en *La limite de l'utile*. Añade, además, una nota: "El hecho de que, después de la última guerra, una edición de este libro [el de Jünger] haya podido venderse en pocas semanas, recuerda el juicio lúcido de Nietzsche 'Las guerras son los únicos estimulantes de la imaginación, ahora que los terrores y los éxtasis del cristianismo han desaparecido'". Traduzco el siguiente fragmento copiado por Bataille:

El olor de los cuerpos que se descomponían era insoportable, pesado, dulzón, repulsivo, penetrante como una pasta viscosa. Flotaba tan intensamente sobre las llanuras, luego de grandes batallas, que los hombres más hambrientos olvidaban alimentarse. A menudo se veían grupos de combatientes heroicos, aislados en las nubes de la batalla, aferrarse durante varios días al borde de las trincheras o de

hoyos dejados por los obuses, como los náufragos se agarran en la tempestad a los mástiles rotos. En medio de ellos, la Muerte todopoderosa había plantado su bandera. Los campos, cubiertos de hombres abatidos por sus balas, se extendían ante su vista. Los cadáveres de sus camaradas descansaban a su lado, mezclados con ellos, el sello de la muerte sobre los párpados. Esos rostros hundidos recordaban el realismo espantoso de las viejas imágenes del Crucificado. Los combatientes heroicos, casi cayéndose de inanición, permanecían en cuclillas, entre un hedor que se hacía intolerable cada vez que la tempestad de acero volvía a inaugurar la danza trágica de los muertos, proyectando en el aire los cadáveres en descomposición. ¿De qué servía recubrir los colgajos de carne con arena y cal? ¿De qué servía esconderlos en las tiendas de campaña para evitar ver los rostros negros y abotagados? ¡Había de verdad tantos! el zapapico tropezaba en todas partes con la carne humana. Todos los misterios de la tumba se revelaban tan atroces que, comparados con ellos, los sueños más infernales parecían insignificantes. Mechones de pelo se desprendían de las cabezas al igual que caen las hojas de los árboles en el otoño. Los cuerpos putrefactos adquirían ese tinte verdáceo de la carne de pescado, y brillaban en la noche bajo los uniformes hechos jirones. El pie, al aplastarlos, dejaba huellas fosforescentes. Otros se reseocaban como momias calcáreas que se deshacían lentamente en polvo. En otros más, la carne se desprendía de los huesos en forma de una gelatina color rojo marrón. Durante las pesadas noches de verano, los cadáveres hinchados parecían despertarse como fantasmas, escapando de sus heridas emanaciones de gas que silbaban. Pero el espectáculo más horrible era el pulular de los gusanos... ¿Acaso no nos quedamos cuatro días en un camino, entre los cadáveres de nuestros camaradas? A todos, vivos y muertos, ¿acaso no nos cubría ese mismo torbellino de moscas azuladas? ¿Hay algo más espantoso en el dominio del Horror? De aquellos que dormían para siempre, ¡más de uno había compartido nuestras noches en vela, nuestra botella de vino, nuestro pedazo de pan! Al cabo de esos días, cuando los soldados encorvados, harapientos, se iban a descansar a la retaguardia en largas columnas grises y silenciosas, su desfile helaba hasta el corazón más despreocupado. "Parece que salen de un ataúd", murmuraba un paseante a su hija.³

La guerra nos sitúa en el umbral de una iglesia donde hablamos el lenguaje del auténtico misticismo. Horror es la palabra que allí balbuceamos, la única que estamos en condición de pronunciar, la única que comprendemos. Palabra sagrada que revive en cada eco suyo, así como cada acto que realizamos perpetua nuestra conciencia de la muerte. Querámoslo o no, el mundo es la enfermedad del hombre. Demasiado pusilánimes, somos la ridícula comedia de los dioses en la medida en que somos incapaces de crear catástrofes en serie. A causa de nuestra cobardía, mereceríamos ser expulsados de este universo que habitamos. O mejor, *exterminados*. ◇

³ O. C., t. VII, pp. 252-53.

La Guerra como Historia

Esa rara costumbre de amar lo muerto

Situaciones de violencia institucional como la que vive el planeta ahora, actualizan un interrogante muy antiguo: el de la incapacidad del mundo para acceder a alguna forma estable de preservar la vida.

Frente a una insoportable avalancha de diagnóstico sobre guerra ganada o perdida, bombas que de verdad matan y petróleo derrochado para nada, el drama sigue siendo el mismo: la sociedad planetaria no ha podido desarrollar una vocación seria para proteger el porvenir.

El pacifismo, una flor exótica

El problema es capaz de enfoques múltiples. No se puede admitir ninguna respuesta simple. Lo cierto es que el mundo se acerca a sus conflictos con cierta naturalidad. La destrucción parece una alternativa biográfica que los pueblos escogen con un gesto muy parecido al que ejercen cuando eligen un gobierno o aceptan resignadamente su destino.

El pacifismo sigue siendo una manera de ser exótica. Las razones para la violencia alcanzan, casi siempre, una fuerza de convicción irreversible. Tal vez este sea el momento de admitir, con los psicólogos, que las pulsiones destructivas forman parte de la vida de los pueblos: es el amor a la muerte, que repugnaba a don Miguel de Unamuno, y que ganó un sitio en el diccionario como "necrofilia". En el sucio comercio entre pulsiones destructivas, el genocidio es la alternativa del poder.

La moral de las situaciones excepcionales

La ética se había muerto mucho antes de que Nietzsche anunciara la muerte de Dios. El problema fue, entonces, no haberse dado cuenta. Ahora, como siempre de frente a las catástrofes, la gente se pregunta cuál es la moral de las situaciones excepcionales. Y se contesta, como hacía André Malraux, que ninguna. Las catástrofes son amorales. Y ya es tarde para advertir el conflicto moral básico que significa propiciar la destrucción de una parte del planeta para asegurarnos el bienestar que nos proporcionará el petróleo. Siempre y cuando todavía quede futuro disponible para disfrutar de algo.

Lo importante es poder dilucidar ahora cómo se ha producido el analfabetismo ético que domina las mentes. Ahora se vive la contradicción más fascinante de los tiempos modernos.

Se trata de algo muy comentado con cierta superficialidad, algo que, bien entendido, puede tener perfiles de catástrofe: la inteligencia técnica es —muy claramente— abrumadora; la inteligencia ética es prácticamente nula.

La guerra contra Iraq constituye un despliegue magnífico de sofisticación cibernética destinada a matar más y mejor. Se han inventado giros neológicos que el idioma apenas aguanta: "armas inteligentes" y "muerte suave"—*soft kill*— en el curso de la guerra electrónica. Las atrocidades de Von Clausewitz son ahora apenas tímidas lecciones para aspirantes a guerreros; todo adquirió, en los actuales procesos destructivos, un sentido de muerte en microchips, y, por lo mismo, más fría: "Control de Emisión Electromagnética" (EMCON), cacería de emisiones eléctricas, calóricas y acústicas, misiles que buscan blancos por sí mismos, misiles antirradar, aviones furtivos, "bibliotecas electrónicas" de mensajes bélicos, emisión de "engaños activos" con señales sintéticas para confundir al enemigo mediante la radiación de nubes de cintas de aluminio, sistemas de contramedidas (ECCM), rayos láser, máscaras y pantallas infrarrojas para ver de noche, cámaras de video en las puntas de los misiles para asistir —por televisión, en cadena y a todo color— a la disolución de los seres y las cosas, y sobre todo velocidades que duplican la del sonido (350 Ms/seg) para llegar al infierno más rápido que Dante.

El derroche de inteligencia para crear, implementar y ajustar estas delicias es innegable. Lo que está en discusión es la microcefalia que opera en el momento de utilizar todo esto en beneficio de Thanatos.

No cabe repetir el análisis de las verdades de superficie y lugares comunes que nadie ignora: la guerra beneficia a enormes y familiares *trusts* del negocio en cuestión, que fue desatada para resolver la recesión norteamericana, que Europa no bloqueó Manhattan después de la invasión de Panamá, que las armas las vendieron los ofendidos, y todo el acervo monoteístico que la prensa pronuncia a los gritos como si fuera una novedad.

Los orígenes oscuros del conflicto moral no están en la provisión de armas que Occidente llevó a cabo tan alegremente con Iraq, o en el silencio prolongado que acompañó al despotismo kuwaití. El conflicto puede ser, si es por llegar más lejos, el de una antigua venganza. Por cierto, los países asiáticos formaban parte, hasta la I Guerra Mundial, del Imperio Otomano que perdió esa guerra. Los países vencedores se

repartieron la región con la misma indisciplina con que se habían repartido África en 1885, y con que repartieron Europa después de 1945. América Latina había sido y sería y sigue siendo objeto de un reparto parecido. Si ha de buscarse una paradoja, ésta es más simbólica que la de los arrepentidos vendedores de armas: nadie pensó seriamente en el antiguo rencor de pueblos sometidos a un despotismo ininterrumpido desde 1914, organizado por ventajas económicas.

La islámica sería entonces la rebelión de los amargados, que podría haberse previsto, sin satélites, desde la mitad de este siglo.

Lo que ocurre es muy serio en términos de amplios procesos históricos. Es muy difícil advertir la historicidad de los hechos que se viven. Los revolucionarios franceses nunca imaginaron que iniciaban una tradición de libertades y derechos cuyos rumores se oyen todavía hoy.

Está ocurriendo un movimiento drástico en la forma de gravitación del poder. Por ejemplo: la II Guerra Mundial terminó con los restos del predominio británico: Churchill, acaso mal convencido de sus palabras, dijo al jurar, que no aceptaba el cargo de Premier para presidir la decadencia del Imperio de Su Majestad Británica, y esa fue justamente la misión que le tenía reservada la historia. Nunca más la desvelada isla recuperó la grandeza perdida en una guerra ganada. De Gaulle, para salvar a Francia, la hizo renunciar a sus pretensiones transatlánticas.

Pero no es cierto que se trate de ciclos metafísicos: la historia circular de Pitágoras (o de Hegel, da lo mismo) no es el juez que nos está conminando. Se trata de procesos mucho más humanos que una historia que se repite.

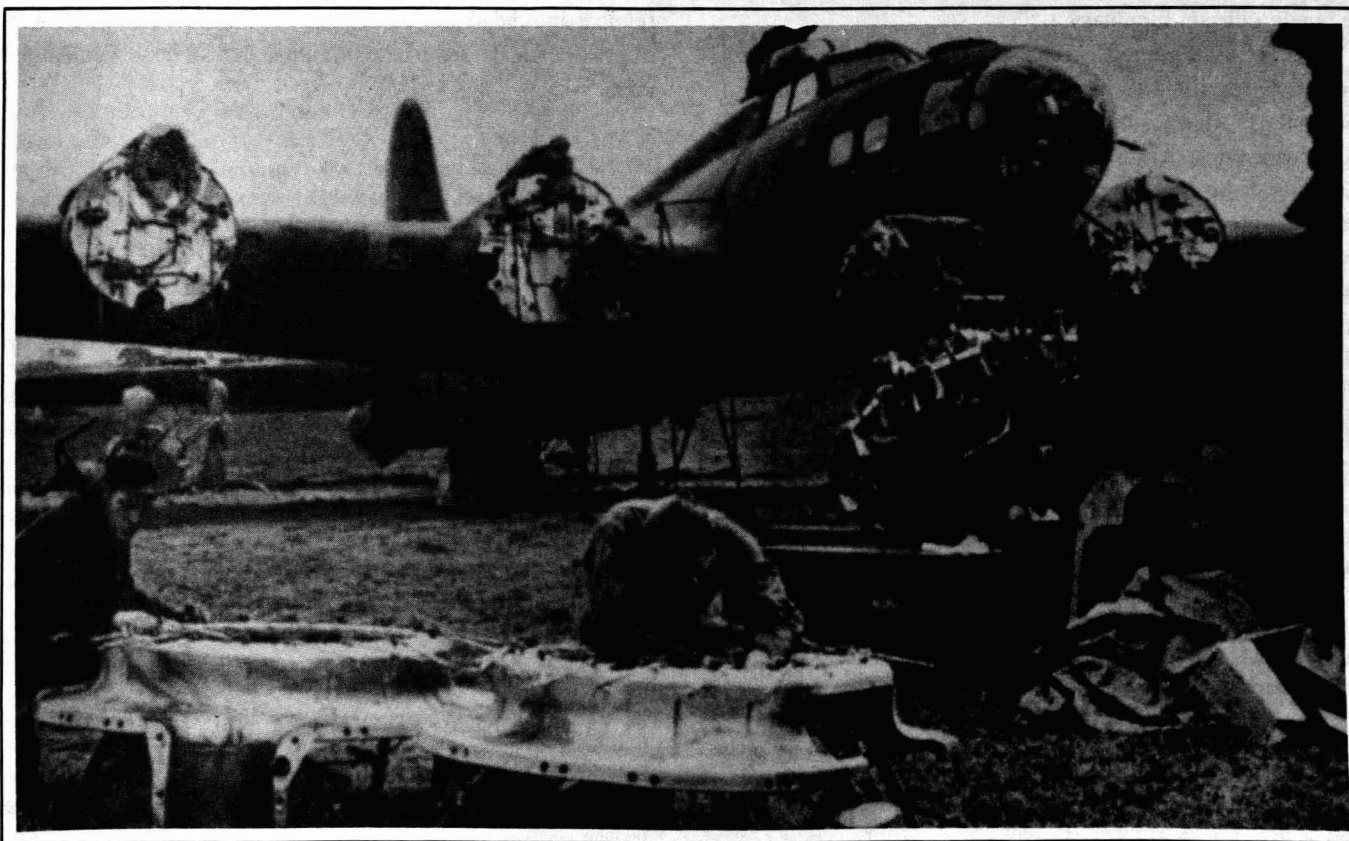
Los perdedores de las guerras suelen encontrarse más fácil-

mente con sus fuerzas reconstructivas: Alemania y Japón son dos palabras que casi no pueden oír los Estados Unidos. Los pueblos de triunfal beligerencia, en cambio, parecen quedar exhaustos después de los festejos.

También está la novedosa aparición del protagonista que hasta ahora había sido actor de reparto. Por primera vez está a la vista el verdadero poder que gravita en torno a los pueblos islámicos y países árabes en general. Ya no será posible planear una estrategia internacional sin ellos, tal y como venía haciéndose hasta hoy. Los problemas de la región deben ser resueltos pacíficamente, o serán resueltos por la fuerza. Es indudable que la guerra fría contenía estas crisis, y las dejó surgir con el desmayo de la grandeza soviética. El poder vacante nos regresó a un orden internacional selvático. El que tiene armas se puede sublevar aprovechando la soledad del gendarme único. Esta situación debe desaparecer, y habrá que generar hacia el futuro un orden internacional distinto. Ya no puede admitirse el libre tráfico de armas. Los próximos tratados han de tener esa única preocupación.

Israel, cuya existencia, propósitos y motivaciones sagradas respetamos con fe no mentida,¹ ha seguido una política errá-

¹ Cf. Daniel E. Herrendorf, "No hallarás rosas para tu madre - (carta a los judíos)", México, 1991; *El Nacional*, 19 de enero, primera plana. "Indira Gandhi", Buenos Aires, 1984; *Nuevo País*, segunda quincena de noviembre, págs. 14-15. "Traficantes de guerra", Buenos Aires, 1986; *La Vanguardia*, 1ro. de mayo, pág. 8. "Filosofía de la destrucción", Buenos Aires, 1986; *La Vanguardia*, 8 de noviembre, pág. 8. "Los Nihilistas a medias", Buenos Aires, 1985; *La Vanguardia*, 5 de septiembre. "Reflexiones relativas al porvenir", Buenos Aires, 1985; *La Vanguardia* 25 de julio, pág. 8. "Nosotros, los de siempre", Buenos Aires, 1987; *La Vanguardia*, 4 de junio, pág. 5. "Desde esta noche inmensa y radioactiva", Buenos Aires, 1986; *La Vanguardia*, 8 de mayo.





tica. La intransigencia política de los gobiernos posteriores a Begin – y en especial la administración Shamir – ha servido para enardecer los ánimos de los propios judíos progresistas, y, en grado superlativo, los ánimos de los árabes.² Su política fue la negación: no ver el problema. Pero quien se niega a ver un conflicto se lo encuentra finalmente sentado en la sala de su casa. Nadie ha evitado ejecutar gestos imperdonables, y es casi un suicidio entrar claramente en situaciones de las que no se puede salir sin humillación.

Ni Israel ni el mundo pueden negar que la situación palestina ha de ser discutida lúcidamente con los árabes. El diálogo de fusiles es –si no – la alternativa. Y esto va dicho con independencia de la famosa “vinculación” entre la invasión de Kuwait y el problema palestino, exigido por Iraq como parte de su estrategia.

Como previeron todas las mentes lúcidas, ahora los problemas son simplemente irresolubles. Es la consecuencia de llegar tan lejos en el manipuleo de las conciencias y el abuso de las tácticas. Tanto que hasta las Naciones Unidas creyeron en que ya no es posible purificar la zona sin destruirla. Decisión que las Naciones Unidas podrán pagar con su virtual desaparición, y con la evaporación de su dignidad, ya consumada.

Las tonterías que se dicen sobre los pueblos árabes –iguales a las que decían los españoles de los indios en el siglo XVI: inferioridad sustancial, religión primitiva, violencia ontoló-

² La peculiar situación del Estado de Israel y la ancestral y vergonzosa persecución de los judíos, convierte en algo muy complicado poder condenar las actitudes del gobierno judío. En mala hora Enrique Krauze recordó el término acuñado por Theodor Lessing, “jüedischer Selbsthass” (autoodio judío) –para calificar a los judíos que atacan a Israel– en el curso de una discusión periodística que no merece ninguna atención académica (Cf. *La Jornada*, 22 y 23 de enero de 1991). Lo cierto es que separar la paja del grano es muy difícil en la crisis de Israel con los territorios ocupados.

gica– harían reír a carcajadas a los antropólogos y los historiadores serios. Ahora que las formas del poder se demuestran bajo la máscara de una furia contenida desde hace décadas, descubrimos las Indias Orientales: Asia también existe. Y Occidente está indignado porque nadie le había dado autorización a esa zona del atlas para hacer otra cosa que no fuera vender petróleo barato. Por eso el discurso occidental pareció decir “¿Qué hacen Ustedes aquí, que deberían estar tan callados?”. Pues siempre estuvieron aquí. Aquí, no allí. El mundo reaccionó como si hubiera empezado a hablar la loca de la casa, que tanto apreciaba Santa Teresa.

Nadie pareció escuchar el enorme consejo de Santo Tomás de Aquino: “Huye de las cosas que te exceden”.

Otra gran vergüenza habrá que admitir: la terrible ignorancia que, en la porosa era de la información, teníamos sobre los países árabes y los pueblos musulmanes. Gandhi mundializó a la India por el amor, y Saddam a su pueblo por el odio; pero lo cierto es que fue necesaria una situación fronteriza para que el mundo descubriera una región con la que nunca se atrevió a convivir.³

La guerra sucede. El problema será cómo reorganizar este planeta cuando este conflicto se acabe. No es impensable que la sociedad política norteamericana –que no siempre sabe lo que hace– haga un gesto de hartazgo y su sistema político se fisure. Tal vez Bush, que en la soledad de su torpe audacia se atragantó con dos miserias contradictorias –la invasión de Panamá y la oferta de sangre joven para condenar una invasión idéntica–, se convierta en otro Churchill decadente dispuesto, a su pesar, a presidir el agotamiento de una forma de ejercer el poder que ha causado ya medio año de repudio. Esa sería una cuestión menor: los enormes problemas de Medio Oriente no lo son. Tampoco lo será el debate sobre la temible inutilidad de los organismos internacionales, ni una nueva forma de seguridad mundial que deberá implementarse. ◇

³ Las editoriales de los Estados Unidos registraron ventas desmesuradas de libros y revistas sobre el Islam, los pueblos árabes, los chiitas, los mahometanos, la historia de Allah, el *Corán* y hasta *Las Mil y Una Noches*. Entre nosotros, la polución no es menos intensa; confrontar solamente la oportuna (?) publicación de ensayos al respecto: “Un oriente que se aproxima” por Edward W. Said, *El Nacional*, “Cultura”, pág. 9, México, 15 de enero de 1991. “El Islam es el chivo expiatorio”, por Mohamed Arkoum, *El Nacional*, “Cultura”, pág. 11, México, 15 de enero de 1991. “Los países de las hadas también son espantosos”, por Anthony Burgess, *El Nacional*, “Cultura”, pág. 13, México, 14 de enero de 1991. Aquí se habla, por ejemplo, de “La estupidez de los traficantes de muerte islámicos”. En este caso el oportuno enemigo es Irán, cuya persecución de Salman Rushdie no debería ser utilizada para ridiculizar a TODO el Islam –y menos en esta hora– como si la religión católica pudiera medirse sólo por la Inquisición, o la judía sólo por la ocupación de territorios palestinos. “Mujeres árabes”, texto reproducido del libro “Women: in all Ages and in all Countries”, 10 vol., George Barrie and Sons, Filadelfia, 1907; *El Nacional*, “Lectura”, pág. 9, México, 19 de enero de 1991; véase que el texto fue editado en 1907; la crítica bibliográfica con la transcripción correspondiente se realiza 84 años después: en 1991 y en medio de la guerra. Una nota marginal: el eco de la superchería: nadie se ha perdido la oportunidad de retorcer los párrafos del Antiguo Testamento y hacer hablar a Jeremías sobre la guerra del golfo. El Director del Instituto de Investigaciones Religiosas de Israel, Jorge Pleskof, tomó a su cargo la tarea en detalle. Sin duda, la ubicación de Babilonia en Iraq fue muy oportuna.

Carlos Montemayor y la guerrilla en México

Ruy Pérez Tamayo

Es de elemental justicia advertir al amable lector de estas líneas que soy antiguo y buen amigo personal del autor del libro que comento. Mi trato de años con Carlos Montemayor ha enriquecido mi vida generosamente; en él siempre he admirado su profunda vocación literaria, su riguroso profesionalismo en el manejo del castellano, su fácil e insaciable vena poética, su amor por otras lenguas y su fidelidad para traducirlas, pero sobre todo su espíritu amplio y receptivo, permanentemente abierto a cualquier expresión genuina de nuestra condición humana. Considero que esta advertencia debe preceder a todo lo que sigue, porque como en buena parte es elogioso, si yo no lo digo de entrada y el amable lector lo descubre por su cuenta, podría con toda razón poner en tela de juicio la objetividad de mis comentarios. De hecho, confieso que yo mismo no estoy convencido de que sean objetivos, lo que tampoco creo que les reste validez, porque la objetividad completa no es ni nunca ha sido una característica sobresaliente del ser humano.

Desde hace muchos meses (años) Carlos venía hablándonos de "su novela". Al principio tímidamente (no mucho, porque Carlos no es tímido) y con cierta reticencia, después con más apertura, y finalmente en forma casi obsesiva. Desde el principio supe que el relato tenía que ver con la guerrilla en México en los años setenta, que buena parte de la trama se desarrollaría en la sierra del estado de Guerrero, que Lucio Cabañas sería uno de los personajes centrales y que el ejército mexicano sería el otro. Durante largas temporadas Carlos desaparecía, para regresar a nuestros encuentros tostado por el sol, con los ojos brillantes y su ancha sonrisa, diciendo suavemente, como en secreto: "Estuve en la sierra..." La investigación sobre la guerrilla de los setenta no sólo se desarrolló en la montaña, sino también en archivos y hemerotecas, así como en los recuerdos de muchos de los participantes directos en la epopeya. Carlos se enfrentó con una maraña tejida con todo: recuerdos, hechos, leyendas, mitos y mentiras; además, la maraña estaba mezclada con miedo y con silencio, con parsimonia y desconfianza, con rencor y con olvido. Armado de una pa-

ciencia infinita, con actitud suave pero persistente, Carlos logró abrirse un caminito que al principio lo llevó a muchas desilusiones y bocas cerradas, pero que al final le permitió subir a la sierra de Atoyac y hablar con los campesinos, obtener de ellos su visión de la terrible tragedia.

Guerra en el Paraíso es una novela basada en un episodio real de la vida reciente de nuestro país. El episodio sólo se conoce a medias y nunca se conocerá completo, porque gran parte de la verdad se oculta en archivos militares a los que nadie que no pertenezca al ejército tiene acceso. Pero *Guerra en el Paraíso* es quizá la mejor aproximación que hasta hoy se tiene sobre lo que ocurrió entonces. En vista del tema, hubiera sido fácil tratarlo como un reportaje, dándole la dinámica y la vehemencia que caracteriza al periodismo. Pero Carlos Montemayor ha escrito una novela, no un reportaje. La estructura de la obra, una serie de estampas más o menos breves que se van alternando desde el principio hasta el fin, muchas con diálogo realista y entrecortado, le da un carácter ágil y fácil de leer. Además, el espíritu poético de Carlos asoma en sus descripciones de la sierra, del clima, de la vegetación, de la muerte. La historia se va integrando conforme el lector avanza de una viñeta a la siguiente, alternando episodios tranquilos con otros bárbaramente crueles, conversaciones políticas con emboscadas nocturnas, aguaceros torrenciales con soles incandescentes, estoicismos épicos con traiciones arteras. No es una novela para espíritus delicados: las descripciones de la bestialidad más atroz de que es capaz el *Homo sapiens* no sólo son detalladas sino numerosas. La guerra es infernal y Carlos escribe sobre ella como es, con toda su crueldad ciega y destructiva, con toda su barbarie salvaje.

Hay muchas páginas memorables en *Guerra en el Paraíso*, pero yo sólo mencionaré tres episodios que me impresionaron más que el resto del libro por su fuerza literaria y por su verosimilitud dentro del tejido de la novela. El primero es el senador Figueroa contemplando desde una terraza la imagen nocturna de la bahía de Acapulco, después de haber sido rescatado de su secuestro por Lucio Cabañas y antes de que fuera

gobernador del estado de Guerrero; los pensamientos, las sensaciones y las emociones del senador están descritos con tal discreción y maestría que el lector se convence de que así debería haber sido, de que así fue. El segundo es una cena en un comedor privado del Casino Militar, a la que asisten varios personajes de la milicia y en donde se discute el significado real *versus* el político de la guerrilla; hay un general viejo y medio filósofo cuyas reflexiones sobre la identidad real del enemigo en esa guerrilla ("...nosotros decimos que estamos protegiendo al pueblo, pero resulta que ahora el enemigo es el pueblo mismo...") son inolvidables. Para mi gusto, éste es uno de los mejores y más logrados episodios de *Guerra en el Paraíso*, porque siendo totalmente ficticio tiene la fuerza de la realidad. El tercero es la muerte de Lucio Cabañas en una emboscada, con lo que termina el libro; tanto el episodio como el texto me recordaron la esencia de las tragedias griegas, en las que a pesar de todos los esfuerzos, de todos los trabajos y de todas las virtudes del héroe, el destino se cumple inexorablemente.

Carlos ha comentado que en su novela intentó alejarse todo lo posible de un maniqueísmo demasiado esquemático, que en *Guerra en el Paraíso* no hay ni "buenos" ni "malos", como no los hay, para los observadores neutrales, en ninguna otra guerra. Aquí el problema, como en cualquier otra guerra, es que no hay observadores neutrales. Desde luego, Carlos no lo es, ni yo tampoco, ni sus militares, sus campesinos, sus maestros guerrilleros, sus miembros del Partido Comunista, sus políticos, sus policías judiciales, sus traidores, sus héroes. Leyendo *Guerra en el Paraíso* todos tomamos partido no por lo que cuenta la novela sino por lo que recordamos y creemos saber de la Liga 23 de Septiembre, del Comité de Huelga del 68 y la Plaza de las tres Culturas, de Lucio Cabañas y sus guerrilleros. Carlos repasa una época reciente y una historia que polarizó a la sociedad mexicana en dos posturas extremas: los que estaban del lado de la ley y del orden, y los que estábamos por el cambio y la verdadera democratización de la vida pública. *Guerra en el Paraíso* no es una denuncia ni mucho menos un mensaje ideológico; es, como ya he dicho, una novela. Pero como es una muy buena novela, está fielmente basada en la realidad (de hecho, yo creo que es *mejor* que la realidad) y sus lectores también pertenecemos a este mundo. Desafío a cualquier amable lector a que lea *Guerra en el Paraíso* y logre conservarse neutral en relación con el conflicto; si por sus venas

circula sangre verdadera seguramente que antes de las primeras 10 páginas ya habrá tomado partido. Incluso estaría dispuesto a apostar que si por sus venas circula atole también tomará partido, aunque quizá le cueste 20 páginas.

Nota bene. Cuando le dije a Carlos que en su novela los "buenos" eran los campesinos y los "malos" eran los militares, me contestó sonriendo: "Pero los soldados también eran campesinos, sólo que con uniformes..." En otra ocasión, en que comenté con Carlos una de sus viñetas más crueles (los pozos en los que se arrojaban los cadáveres de los guerrilleros y sus partidarios, que morían en las mazmorras infernales de los separos policiacos de Acapulco), me dijo: "Ahí estuve, a 100 metros de la Costera, con algunos agentes judiciales que participaron en más de uno de esos entierros macabros". Desde el bordo de los pozos se veían las luces de los grandes hoteles y edificios que siguen el dibujo maravilloso de la bahía más hermosa del mundo.

Tengo muchos otros comentarios sobre el libro *Guerra en el Paraíso*, pero ya sólo haré uno más: se trata de una historia casi sin mujeres y carente por completo del toque amoroso. El elemento femenino sólo está representado por el nombre (clandestino) de varias guerrilleras y la presencia de algunas madres campesinas; la guerra es asunto de hombres, como podía esperarse en una novela que pretende recrear la realidad de un país machista como México. Aquí el libro de Carlos se aleja de la realidad, o por lo menos eso espero. Me gustaría creer que un hombre joven como Lucio Cabañas era sensible a la belleza femenina, que detrás de algunos de los episodios de la cruenta lucha guerrillera hubo motivaciones más eróticas que ideológicas, que a pesar de su deslumbramiento ideológico los guerrilleros seguían siendo hombres, y que a pesar de la disciplina militar y de sus uniformes los soldados también seguían siendo seres humanos.

Recomiendo al amable lector que incluya *Guerra en el Paraíso* entre sus proyectos más próximos. Repito que no es un libro de lectura rápida y que sus conclusiones dependen más del tipo de usuario que lo lea que del autor. Y quisiera terminar esta nota insistiendo en que *Guerra en el Paraíso* es, en mi opinión, uno de los libros más bien escritos y más importantes de nuestra generación, y por lo tanto de todas las generaciones por venir. ♦

Montemayor, C.: *Guerra en el Paraíso*. Diana, México, 1991.

La Parodia de Sergio Pitol

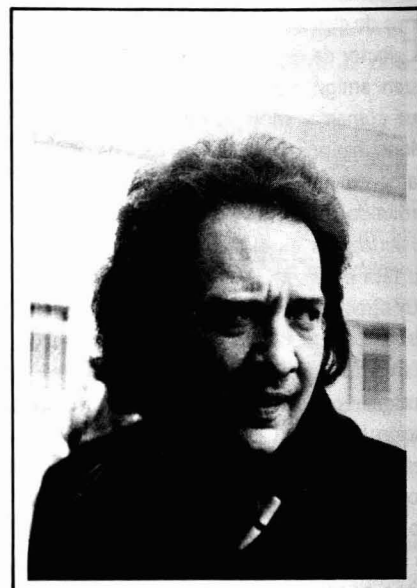
Leonardo Martínez Carrizales

Poco tiempo después de dar al público, bajo el título de *Cuerpo presente*, una antología de los cuentos de Sergio Pitol que recupera textos de cinco libros publicados entre 1964 (*Infierno de todos*) y 1972 (*Los climas*, en su edición española), Ediciones Era hizo circular la novela más reciente del mismo autor, *La vida conyugal*. Con el relato de las tribulaciones e infortunios de su protagonista, Jacqueline Casco, Sergio Pitol pretende haber concluido una trilogía cuyos capítulos restantes son *El desfile del amor* (1984) y *Domar a la divina garza* (1988).

La cercanía de ambos acontecimientos editoriales permite reconsiderar un criterio que propone una separación radical entre las novelas de la trilogía mencionada y el resto de la obra de Sergio Pitol. Esta nota juzga tal criterio como impreciso y apunta en dirección contraria. En Pitol es difícil señalar ciclos autónomos: el primero de sus cuentos compromete los mecanismos de sus novelas más recientes, a pesar de que el puente que conduce a *El desfile del amor*, primera estancia de su trilogía, tenga soporites insólitos.

La relectura de los materiales de *Cuerpo presente* ratifica que, a contrapelo de la distancia anecdótica que separa la cocción lenta de los odios familiares de "Victorio Ferri cuenta un cuento" (México, 1957) de las realidades innominables del protagonista de "El regreso" (Varsovia, 1966), los trabajos de Pitol frecuentan obsesivamente las mismas regiones.

El personaje ideal de sus cuentos corresponde, si obedecemos una de las señales de sus páginas, a la imagen de *La pareja* de Masson, o quizá, aventuro, a las figuras humanas de Tamayo: un hombre postrado, abortido, una silueta *desintegrada* por cuyos costados fluye sin pausa el vacío humano. El tiempo y el espacio de este hombre han dejado de poseer valor narrativo. Sergio Pitol disminuyó cuanto pudo la presencia de las anécdotas en sus estructuras narrativas. El personaje ideal de que hablamos ingresa a otro escenario del movimiento: la conciencia, el trabajo lento e incisivo de la imaginación, la memoria y el sueño. Así es como Pitol incluyó su nombre en la lista de quienes intentaron renovar los proble-



Sergio Pitol

mas narrativos de nuestro tiempo. Sus cartas credenciales más visibles son, en lo que se refiere al sustento episódico de las historias, la complicada constitución anímica de sus personajes; en lo que toca a las soluciones técnicas del relato, la densidad narrativa que trabaja tales estados de ánimo. Sin embargo, queda pendiente el recurso fundamental de la narrativa de Pitol, la piedra de toque de sus cartas credenciales, aquella que hace posible el encuentro natural con su trilogía y que, además, se revela con una claridad inusitada luego del examen de estas páginas festivas. Adelanto que el recurso consiste en la *textura peculiar del punto de conciencia* que articula el desarrollo de sus historias.

...

En un artículo recientemente publicado en México ("Los marcos de la 'libertad' cómica"), Umberto Eco dispuso de pocos párrafos para combatir una noción ampliamente aceptada: la vocación transgresora de la comedia. La conducta del héroe cómico, piensa Eco, es rebelde sólo en apariencia. En rigor, los mecanismos dramáticos de la comedia ratifican pautas de conducta convencionales. El defecto o la virtud cómicos son extraordinarios, una excepción; también son, y es quizá lo más importante, fugaces. La abstinencia de las

mujeres griegas es el armisticio propuesto por Aristófanes a una historia labrada por la guerra; los empeños de la casa de Sor Juana duran tan sólo tres jornadas. Una vez concluido el espectáculo, actores, asistentes y dramaturgo continúan el tejido absurdo de sus existencias. Nada nuevo les ha sido revelado. Acaso sí: una íntima convicción conservadora.

Por lo que une los postulados de la comedia al carnaval (nombre con el que Pitol bautizó su trilogía), esta liturgia pública tampoco es fundamentalmente transgresora: niega menos de lo que afirma; su mensaje más perdurable está inscrito en el reverso de sus días.

Quizá la actitud crítica de Eco frente a comportamientos humanos habitualmente juzgados como transgresores sea el capítulo accesorio de una crítica mayor en nuestro tiempo: la de la revolución. Si en el ámbito de lo político y de lo social las inteligencias que antes prefirieron la obediencia a los impulsos absolutos hoy deambulan por los laberintos de la cautela y la penumbra de las convicciones, la confianza en la rebeldía cómica ha cedido el lugar a un discurso cauteloso que reflexiona en torno de los límites y las posibilidades de esa rebeldía. Desde hace varios años quienes más han negado y destruido son quienes han frecuentado el matiz del humor y de la ironía.

El acierto de Umberto Eco, de serlo, es invaluable: por lo que se refiere a la narrativa, ofrece un instrumento para comprender la arquitectura del punto de conciencia de las narraciones de Pitol, y la sonrisa que en las novelas de su trilogía lo hace evidente al, paradójicamente, enmascararlo.

"Hablando semióticamente, si lo cómico (en un texto) se da en el nivel de la fábula o de estructuras narrativas, el humor funciona en los intersticios entre la estructura narrativa y la discursiva". El héroe de la comedia comparece ante nosotros: al margen del texto que Sor Juana o Tirso han depositado en su boca es preciso contemplar el bulto de su carne. En cuanto al humor, el encuentro que la obra propone es con el autor, con el discurso de su inteligencia que matiza, altera, articula y, al fin, concluye por restar peso a la función estrictamente narrativa. Bajo esta luz es posible explicar algunos fenómenos contemporáneos de la novela: la disminución de la presencia del personaje y el acrecentamiento de la figura del autor, la crítica de la idea de realidad positiva, la meditación del acto de escritura sobre sí mismo, el acercamiento entre ensayo y novela. Las ramas centroeuropeas del edificio de la novela del siglo XX conocen en pro-

fundidad estos recursos; junto a ellos, Sergio Pitol.

...

En *La vida conyugal*, el ambiente, las situaciones, los personajes comportan una comunidad entre las novelas de la trilogía. Lo que en su momento algunos críticos expresaron sobre la publicación simultánea de las primeras dos novelas vale para esta última. Los registros del horror, el absurdo, los ribetes cómicos, cursis, los recursos paródicos aparecen una vez más en la historia de una mujer que, luego de conocer "durante buena parte de su vida las experiencias conyugales de rutina", se convirtió "en una mujer de muy malas ideas". ¿Cuáles son sus malas ideas? Ultimar a su marido como coronación de un proceso psicológico que Pitol narra varias veces con mínimas variaciones. Jacqueline no mata a su marido pero se lesiona a sí misma y envejece; Nicolás Lobato, el esposo, se perfila en cada uno de los círculos concéntricos de esta historia recurrente como un personaje de disimulada pero robusta, implacable voluntad. Por lo demás, esta novela es aquello que su autor quiso que fuera: "un juego muy ligero, un típico divertimento de escritor". Pero es algo más, y aquí empiezan los atributos autónomos de este librito: es la parodia de las novelas que le antecedieron en la trilogía, y más aún, la parodia del propio Pitol como narrador.

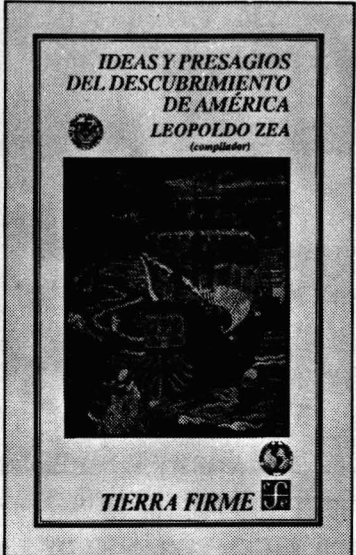
La parodia es el privilegio de los maestros, el trayecto de regreso por los caminos ya recorridos del conocimiento. Los textos que Pitol publicó a partir de 1958 conocen en esta trilogía su reverso: la parodia de aquellas complejidades anímicas, de aquella densidad atribulada, de aquellas estructuras narrativas. Por su aparente condición deletenable, *La vida conyugal* es la culminación de este proyecto paródico.

Si la recapitulación burlesca de personajes, tramas y situaciones destruyó por completo el valor de verosimilitud del mundo narrativo de Sergio Pitol, en su lugar permaneció la única verdad que podía quedar a salvo: el autor. Y junto al autor, la vicaría de ese extraño punto de conciencia, esa textura narrativa difícil de situar pero que quizá pueda ser explicada por la crítica de Eco a la "libertad" cómica: el narrador poblano en pie sobre aquellos "intersticios entre la estructura narrativa y la discursiva", mientras contempla una trama, unos personajes que, él lo sabe, nosotros también, son más falsos que nunca. ◇

Sergio Pitol. *La vida conyugal*. Ediciones Era. 1991. 134 págs.

Leopoldo Zea
(compilador)

IDEAS Y PRESAGIOS DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA



• La extraña fascinación que ejercieron los presagios infaustos entre los pobladores de América, en cuanto al arribo de seres con poderes asombrosos.

• Un panorama del origen y los antecedentes marítimos que harían posible la llegada de aquellos navegantes.

Otros títulos del autor en el FCE:

- EL POSITIVISMO EN MÉXICO
- EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA Y SU SENTIDO ACTUAL
- DISCURSO DESDE LA MARGINACIÓN Y LA BARBARIE
- FILOSOFÍA DE LA HISTORIA AMERICANA

De venta en librerías




Radio UNIVERSIDAD

xeun 860 A.M. 96.1 F.M.

PROGRAMACIÓN DE RADIO UNAM AGOSTO

AM/FM

8:00 **NOTICIARIO**
De lunes a viernes (30')

15:00 **NOTICIARIO**
De lunes a viernes (30')

11:30 **PALABRAS SIN REPOSO**
Por Tomás Mojarro. Martes y jueves (30')

13:00 **BICENTENARIO DE LA MUERTE DE MOZART**
Viernes (60')

13:30 **LAS CIUDADES Y SU ARQUITECTURA**
Por Alberto González Pozo. Miércoles (30')

15:30 **CARTELERA CINEMATOGRAFICA UNIVERSITARIA**
Coproducción con la Dirección General de Actividades Cinematográficas. Lunes a viernes (5')

AM

17:30 **LA GUITARRA EN EL MUNDO**
Por Juan Helguera (30')

17:15 **EN LA CIENCIA**
Coproducción con el Centro Universitario de Comunicación de la Ciencia. Martes y jueves (15')

17:30 **ROCK MARGINAL**
Por Walter Schmidt (30')

17:30 **MÚSICA EN IMÁGENES**
Coproducción con la Dirección General de Actividades Cinematográficas. Viernes (30')

19:00 **EL ESPACIO LITERARIO**
Coproducción con la Dirección de Literatura de la UNAM. Martes (30')

19:00 **MUNDO DE METAL**
Por Juan Arturo Brennan. Miércoles (30')

18:00 **PANORAMA DEL JAZZ**
Por Roberto Aymes. De Lunes a viernes (60')

19:00 **EL BLUES INMORTAL**
Por Mario Compañet. Jueves (60')

19:00 **BRASIL. ENCUENTRO Y MAGIA**
Por la Embajada del Brasil. Viernes (60')

AM/FM

21:00 **TON Y SON**
Conductor: Xorge Chargoy. (Martes). En vivo (60')



DIPINE

Adquírela en las siguientes librerías

- SANBORN'S
- CINETECA NACIONAL
- GANDHI
- PARNASO
- EL JUGLAR
- EUREKA
- FONDO DE CULTURA ECONOMICA
- DE CRISTAL
- PALACIO DE BELLAS ARTES
- LA CASA DE LAS BRUJAS
- FORO CULTURAL
- LUIS BUÑUEL
- GALLO ILUSTRADO

- EL COLEGIO DE MEXICO
- PARROQUIAL
- EL RELOX
- EDICIONES QUINTO SOL
- POLANCO
- SALVADOR ALLENDE
- CENTRO CULTURAL REFORMA
- SUPER LIBROS
- MADERO
- SOR JUANA
- EL SOTANO
- MUSEO CARRILLO GIL
- CASA DEL LIBRO
- REFORMA

LA REVISTA DE CINE



Editorial



Vuelta

Julián Meza

La huella del conejo

Contra el ángel

Hernán Lara Zavala

NOVEDADES

DE VENTA EN LIBRERÍAS Y EN LAS OFICINAS DE EDITORIAL VUELTA:

Presidente Carranza 210, Coyoacán,
México, 04000 D.F.

Publicaciones
Entrevistas
Ciencia
Arte
Cultura



Se distribuye
lunes y jueves
550-59-06

18

La cruzada

Rory Pérez Tamayo

Hace un par de semanas se anunció que el Premio "Príncipe de Asturias" de este año se lo había concedido al científico mexicano Francisco Bolívar Zapata, actual Director del Centro de Ingeniería Genética y Biotecnología de la UNAM, en Cuernavaca, Morelos. Como Paco Bolívar ya son tres los miembros de la UNAM que han alcanzado tales honrosas distinciones: Basilio Rombalho, Marcos Moshinsky y ahora el mencionado Paco. Otro mexicano que ha sido igualmente premiado es el Dr. Pablo

Redondo, investigador del CIN-VESTAV. Para los científicos mexicanos la noticia del premio otorgado a Paz Ballester es motivo de nuevo orgullo y alegría, entre otras razones porque la distinción se alcanza en competencia con algunos de los investigadores más prestigiosos del mundo hispanoparlante.

El que ya sean cuatro los mexicanos que han ganado el Premio "Príncipe de Asturias" es algo que debe satisfacer mucho a la comu-

riedad científicas de nuestro país, pues es un índice de la calidad y del impacto de su trabajo. Y el que tras de esos cuatro investigadores sean universitarios, también debe enorgullcernos a los miembros de la UNAM, pues igualmente señala los alcances del esfuerzo de nuestra institución en el campo de la ciencia. Pero además Peco Bolívar se todavía un hombre joven, con toda la vida por delante y con muchas ganas de continuar trabajando.

Alfonso Villa Rojas

La caba recitaba el nombre de *yandé* como significaba o simplemente *yandé* que significaba "el primer árbol del mundo" o "el árbol que siempre verde" y también "el árbol de la vida". Profundamente los Ramanas así porque entendía la creencia de que de sus raíces se había originado la raza maya. Nuevas de la Vega, F. (1902, p. 9), "Constituciones diocesanas del obispado de Chiapas", Roma) nos dice que "su adoración abunda a la Selva que se un árbol que tienen en todas las plazas de sus pueblos a vista de la casa del Cuñado y debajo de ella hacen sus elecciones de Alcaldes, y el sahemun con braceros, y



**Conceptos de la Cofin con los 7 planes
esbeltas, según varían entre los mayas
actuales de Yucatán**

José Ruiz de Esparza G.



Charles Darwin (1809-1882), *The Origin of Species*

Si estamos de acuerdo en considerar a la ciencia como el producto de los esfuerzos realizados por la humanidad para entender y en lo posible dominar la Naturaleza, podríamos estar de acuerdo en considerar esos esfuerzos como un proceso necesario para comprender de qué manera han revolucionado las relaciones económicas, las religiones, la filosofía, las artes, además de miles y miles de aspectos de la vida cotidiana.

José Ruiz de Esparza G.
independientemente del ángulo desde el que se enfoque el estudio de la historia, si se pretende una apreciación cabal de una época se imperiosamente referirse en algún momento a la historia de la ciencia.

La ciencia, tal como la concebimos actualmente, supone un cuerpo sistematisado a base de construcciones teóricas elaboradas con demostraciones, interpretaciones y fundamentadamente con experimentos.

NOVEDADES

León Rodríguez Zahar
**La Revolución Islámica-Clerical
de Irán, 1978-1989**

Textos y pre-textos: once estudios sobre la mujer

Centro de Estudios Históricos
Familias novohispanas.
Siglos XVI al XIX
Seminario de Historia de la Familia

David R. Mares

La irrupción del mercado internacional en México





FLORES

ROBERT MAPPLETHORPE

Prefacio de Patti Smith

ANAGRAMA

TURNER



PICASSO

S U I T E V O L L A R D

↓
SIRUELA
↓

★ **EL JUEGO DE AJEDREZ
O DECHADO DE FORTUNA**

Jacobo de Cessolis

★ **JUGANDO EN LOS
CAMPOS DEL SEÑOR**

Peter Matthiessen

★ **CONTAD, HOMBRES,
VUESTRA HISTORIA**

Alberto Savinio

★ **MEMORIAS DE ABAJO**

Leonora Carrington

★ **EN TIERRAS BAJAS**

Herta Müller

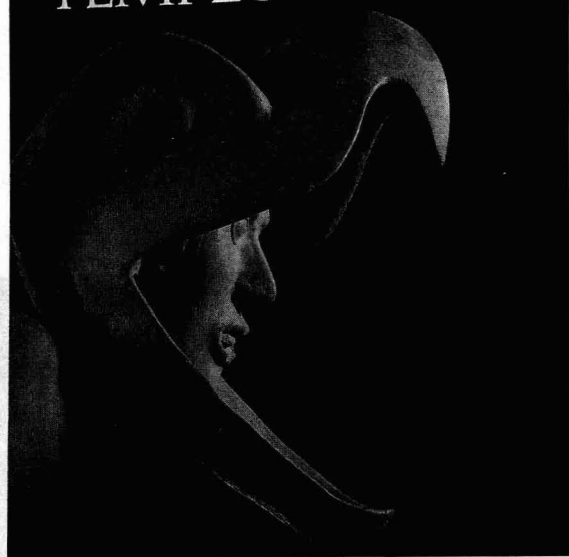


CENTRO DE DISTRIBUCIÓN INTERAMERICANO S.A. DE C.V.

Botticelli 52 Mixcoac México D.F.

☎ 611 3811 Fax 563 8607

OBRAS MAESTRAS DEL TEMPLO MAYOR



OBRAS MAESTRAS DEL TEMPLO MAYOR

Un recorrido que nos transporta a la grandiosidad de nuestro pasado prehispánico y que nos revela manifestaciones de una cultura que trasciende más allá de lo puramente estético. Lo que somos es, en parte, continuidad de lo que fueron e hicieron nuestros antepasados. Por ello, las obras de arte legadas por aquella sociedad nos permiten reconstruir sus formas de vida encontrándoles un sentido actual de identidad.

Autor: Eduardo Matos Moctezuma

Fotografía: Michel Zabé

188 páginas con ilustraciones a color

Precio pacto: Piel 203,700 Guaflex 164,900

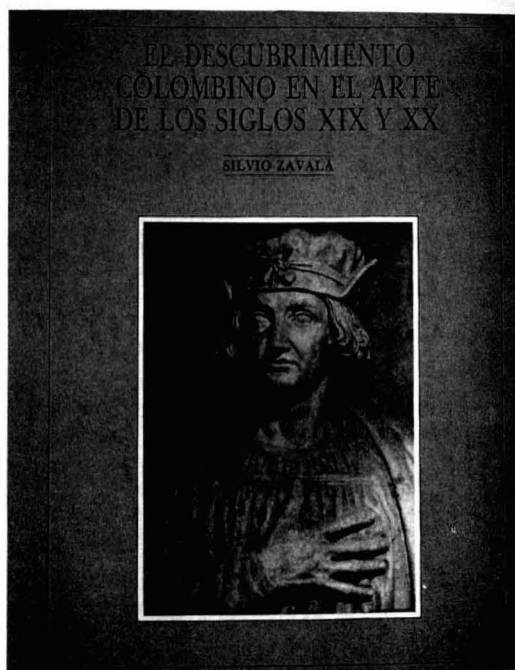
EL DESCUBRIMIENTO COLOMBINO EN EL ARTE DE LOS SIGLOS XIX Y XX

La celebración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, en 1992, ha propiciado el surgimiento de innumerables esfuerzos encaminados a enriquecer los conocimientos sobre el magno acontecimiento. En este sentido, el presente estudio del prestigiado historiador Silvio Zavala constituye una invaluable contribución. La investigación contiene incontables referencias a la iconografía colombina dicimonónica y contemporánea de México y otros países.

Autor: Silvio Zavala

231 páginas con ilustraciones en blanco y negro

Precio pacto: Tela 125,000 Rústica 110,000



PUBLICACIONES DEL FONDO EDITORIAL DE



Banamex

Fomento Cultural Banamex, A.C.

FOMENTO CULTURAL BANAMEX, A. C.

Madero 17 C.P. 06000 México, D. F. / Administrativo de Ventas Tel.: 512-76-70

Distribuidor autorizado: Guías Turísticas Banamex, S. A. de C. V.

Tels.: 202-49-33 520-81-56

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

ha publicado:

Enero, 1990 ♦ 468

Literatura:
Creación y Crítica

Febrero, 1990 ♦ 469-470

Nuevas ideas
para una vieja Tierra

Abril, 1990 ♦ 471

Fronteros de México

Mayo, 1990 ♦ 472

Animales en peligro
de extinción

Junio, 1990 ♦ 473

Poesía en voz alta

Julio, 1990 ♦ 474

Varia poesía

Agosto, 1990 ♦ 475

La mente humana

Septiembre, 1990 ♦ 476

Ciudad de México:
historia y presagio

Octubre, 1990 ♦ 477

Comunidades
indígenas

Noviembre, 1990 ♦ 478

La Europa literaria

Diciembre, 1990 ♦ 479

Una década de narrativa
mexicana

Enero-febrero, 1991 ♦ 480-481

Las ciencias en la UNAM

Marzo, 1991 ♦ 482

Poesía brasileña

Abril, 1991 ♦ 483

Depresión y
melancolía

Mayo, 1991 ♦ 484

Comunicación en
México

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La revista *Universidad de México* puede adquirirse en las siguientes librerías

♦ PARNASO COYOACÁN,

Carrillo Puerto 2

♦ DISTRIBUIDORA MONTE
PARNASO

♦ LIBRERÍA IBERO

Prolongación Paseo de la Reforma 880

♦ LIBRERÍA GANDHI, S. A.

Miguel Ángel de Quevedo 134



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
COORDINACION DE HUMANIDADES
DIRECCION GENERAL DE FOMENTO EDITORIAL



**SISTEMA DE LIBRERIAS DE
FOMENTO EDITORIAL DE LA UNAM**

LIBRERIA CENTRAL CU

Corredor Zona Comercial, Ciudad Universitaria,
C. P. 04510, México D. F. tel. 550-5378

LIBRERIA JULIO TORRI

Centro Cultural Universitario, C. P. 04510,
México D. F. tels. 665-1344 y 665-6271 ext. 7098

LIBRERIA PALACIO DE MINERIA

Tacuba No. 5, Centro D. F. tel. 518-1315

LIBRERIA JUSTO SIERRA

San Ildefonso No. 43, Centro D. F. tel. 542-4703

LIBRERIA ENEP ACATLAN

Av. Alcanfores y San Juan Totoltepec, San Mateo
Naucalpan, C. P. 53240. Edo. de México.

LIBRERIA ENEP ARAGON

Av. Central y Rancho Seco, San Juan de Aragón,
C. P. 57170. Cd. Nezahualcóyotl, Edo. de México
tel. 796-0488 ext. 152

LIBRERIA ENEP IZTACALA

San Juan Iztacala, Fracc. Los Reyes Tlalnepantla,
C. P. 54160. Edo. de México

LIBRERIA ENEP ZARAGOZA

Col. Ejército de Oriente, Deleg. Iztapalapa
C. P. 09230. México, D. F.

CASA UNIVERSITARIA DEL LIBRO

Orizaba y Puebla Col. Roma, México D. F.
tel. 207-9390

**50% DE
DESCUENTO A
UNIVERSITARIOS
EN EDICIONES
UNAM**

**NOVEDADES EDITORIALES
UNAM**

**POESIA NEOLATINA EN MEXICO
EN EL SIGLO XVI**

José Quiñones Malgoza
58 p.

**HISTORIA DE LAS IDEAS E
INSTITUCIONES POLITICAS**

Andrés Serra Rojas
417 p.

**IMAGENES DEL CONGRESO
UNIVERSITARIO**

Arlette Trujillo y otros (comp.)
126 p.

**LA ARQUITECTURA DE SAN
CRISTOBAL DE LAS CASAS**

Juan B. Artigas
151 p.

**ECLIPSE TOTAL DE SOL EN MEXICO.
1991**

GUSTAVO CURIEL
56 p.

**TEATRO DIECIOCHO EN
NUEVA ESPAÑA**

Germán Viveros
258 p.

Ventas de mayorista:
Atención a librerías, bibliotecas,
centros de documentación y
empresas distribuidoras de
publicaciones

DIRECCION GENERAL DE FOMENTO EDITORIAL
Av. del IMAN #5 Ciudad universitaria, México D. F.
c. p. 04510 Tel. 665-1344 ext. 7730, 7740, 7741.
Directo: 550-7473
Fax 550-7428.